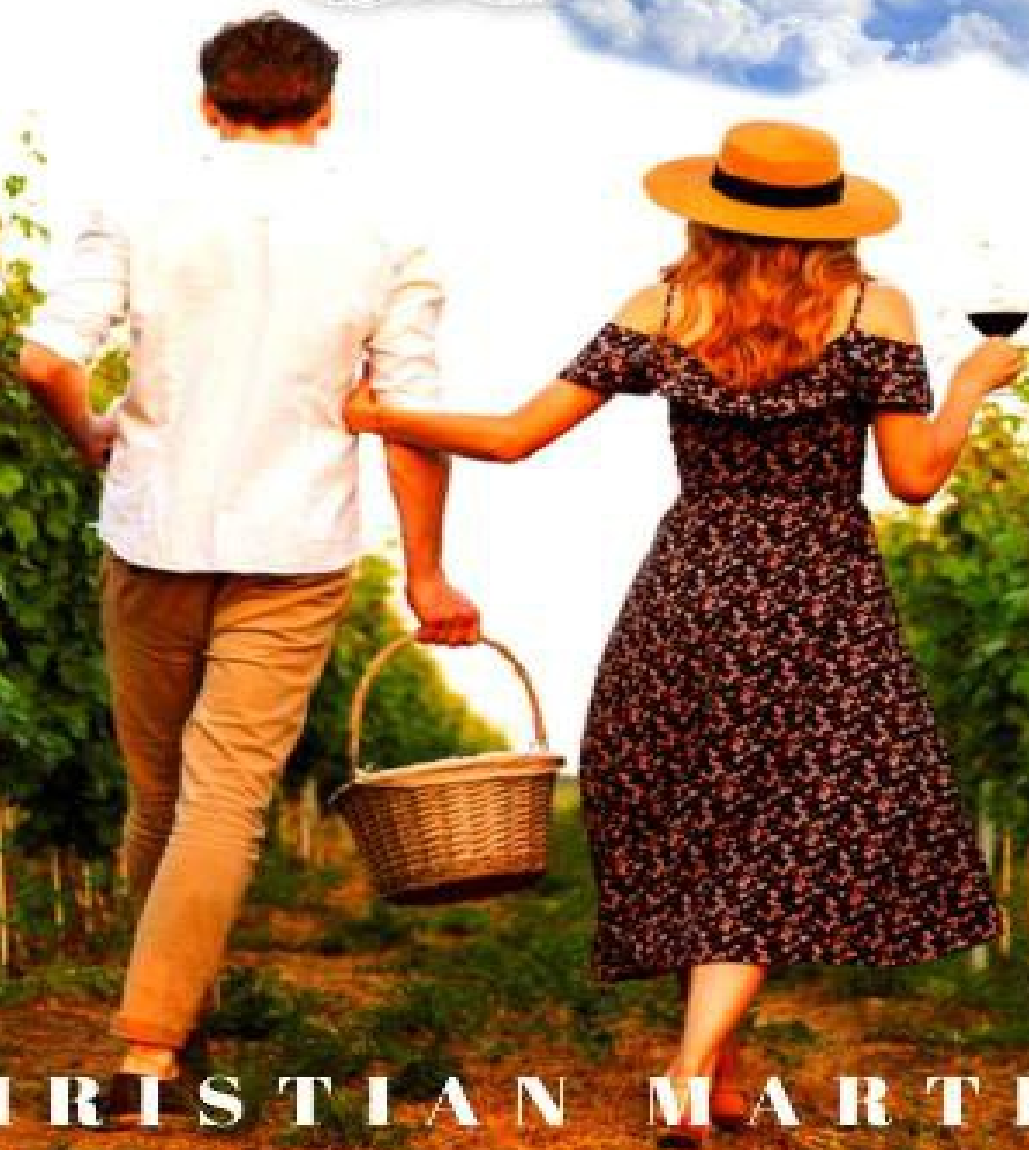


Con cariño,

para

*Sailor's
Rest*



CHRISTIAN MARTINS

**Con cariño, para
sailor's rest**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN SEPTIEMBRE 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

Para mis chicas Martins, que día tras día siguen ahí, al pie del cañón. Gracias a vosotras, cada historia una de mis historias cobra vida y se vuelve realidad.

“Un hogar no es un edificio, ni una calle ni una ciudad; no tiene nada que ver con cosas tan materiales como los ladrillos y el cemento. Un hogar es donde está tu familia.”

John Boyne

1

Siempre he tenido la increíble capacidad de diferenciar los sueños de la realidad. Es un don que poseo desde mi infancia. Además, también es la razón por la que sé que ahora mismo estoy dormida a pesar de estar corriendo entre los viñedos de los Harris. La risa infantil y nerviosa de Brett resuena por todas partes mientras mis pies se embarran, impregnándose del olor a humedad y tierra mojada que ha dejado la lluvia tras su paso. Me tropiezo con una de las cestas de la vendimia y me caigo al suelo sin poder remediarlo, golpeándome el codo desnudo con una de las piedras del sendero principal que hay entre los viñedos. Me incorporo lentamente, observando mi vestido cubierto de barro y mi codo sangriento. Es solo un rasguño, pero he de confesar que siempre he sido muy aprensiva con la sangre.

—¿Estás bien, Julie? —me pregunta Brett, tendiéndome la mano con una enorme sonrisa en su rostro.

La imagen del Brett que tengo delante no es, precisamente, la última que recuerdo de él. El Brett de mi sueño debe de tener unos dieciséis años. No es el chico joven y elegante que me dijo adiós en Sailor's Rest, si no el adolescente cariñoso, risueño y enamorado con el que compartí mi juventud. Acepto su mano y me levanto del suelo, quejándome del dolor. En realidad, no me duele, pero este tipo de artimañas suelen funcionar de maravilla para que Brett me envuelva entre sus brazos y me acaricie con amor. Y funciona. Cierro los ojos y aspiro el aroma de su caro perfume mientras presiono mi cuerpo contra el suyo. Sé que le estoy ensuciando, pero a él no parece importarle lo más mínimo. Alza mi barbilla con su dedo índice y me mira a los ojos con tanta intensidad que tengo la sensación de que está a punto de confesarme algo muy importante. Pero no dice nada. Solamente presiona sus labios contra los míos, dejándose llevar. Brett sabe a zumo, a cítricos, a fruta. Una gota de lluvia cae sobre nosotros y ambos alzamos la mirada al cielo, riéndonos, para observar las nubes grisáceas que amenazan con descargarse sobre nosotros.

—Deberíamos entrar —me dice, acariciándome la mejilla con ternura.

Yo asiento con la cabeza, en silencio, mientras la lluvia comienza a intensificarse.

Ninguno de los dos nos movemos, así que suelto una risita nerviosa.

—Deberíamos...

—Deberíamos... —confirmo, risueña.

Pero en vez de echar a correr hacia la bodega, volvemos a besarnos. Sus labios carnosos, húmedos y cítricos sobre mis labios secos y agrietados. Presiona con suavidad y un cosquilleo recorre mi vientre. Sus manos se pasean por mi espalda y se detienen en mi cadera con timidez, deseosas por continuar descendiendo, pero todavía demasiado inexpertas para hacerlo.

—Te quiero, Julie —asegura, separándose unos centímetros de mi boca para poder decírmelo.

Y entonces, el sueño llega a su fin.

Me incorporo en la cama con el pijama empapado, como si en realidad esa lluvia me hubiera calado la ropa. Pero no, es sudor. Y lo que humedece mi rostro son las lágrimas saladas que he derramado mientras dormía.

“Maldito Harris”, pienso, apartando las sábanas de mi cuerpo a manotazos para salir de la cama. Paseo hasta la ventana de mi pequeño dormitorio y observo cómo la capital duerme en paz. O, al menos, una pequeña parte de ella. A lo lejos, escucho unas sirenas de policía y consigo atisbar las

luces azules de los coches patrulla.

El despertador de la mesilla me indica que aún son las cinco de la madrugada, pero sé muy bien que, aunque me acueste en la cama no conseguiré volver a conciliar el sueño. Me arrastro con los pies descalzos hasta la cocina y pongo una cafetera en el fogón, pensativa. Saber que lo que estoy viendo es un sueño no ayuda lo más mínimo a que sea menos doloroso.

2

Un par de horas después consigo ponerme en marcha. Para hacerlo necesito tres cafés más. Sí, son muchos. Pero hace tiempo que le perdí el miedo a la sobredosis de cafeína.

Abro las dos únicas ventanas que existen en mi minúsculo apartamento —que está compuesto por dos estancias: salón-cocina, habitación con baño— para que cuando regrese del trabajo el ambiente no sea insoportable y salgo de casa.

¿Hacía cuánto tiempo que no soñaba con Lake Chelan? ¿O con la bodega de los Harris? ¿Hacía cuánto tiempo que no pensaba en mi hogar? Demasiado. Supongo que este tipo de sueños únicamente acuden a mí en fechas señaladas. Como, por ejemplo, el cumpleaños de mi madre o el día del aniversario en el que le dije adiós a Brett. Sobresaltada, me apresuro a mirar el calendario en mi teléfono móvil, rezando internamente porque hoy no sea el cumpleaños de mi madre. Y no lo es. Suspiro aliviada cuando el autobús pega un frenazo para no saltarse un semáforo en rojo y yo salgo disparada hacia delante. Me sujeto al asiento que tengo en frente y el abuelo que va sentado en él me lanza una mirada asesina. “Lo siento”, murmuro, recolocándome donde me corresponde. Retomo mis pensamientos de forma turbada y me recuerdo a mí misma que esta fecha, en particular, tampoco me dice nada que pueda estar relacionado con Brett. Ni con mi antiguo hogar.

Estamos cerca de mi parada, así que procuro relajarme y no comenzar a hiperventilar. Odio el transporte público. Lo odio con toda mi alma. Tener que sentarme junto a desconocidos, apretarme contra ellos y aspirar sus sudores es algo que me repugna hasta límites insospechados. Muchas veces me planteo venir en coche, pero la verdad es que aparcar en el centro puede convertirse en un auténtico infierno. Y no puedo permitirme llegar tarde al trabajo día sí y día también.

Cuando me bajo del autobús, una ráfaga de viento azota mi rostro, restregándome un intenso olor a zumo de uva que me deja paralizada.

—Es tu imaginación, Julie —me digo a mí misma en voz alta con los ojos cerrado—. Respira hondo, todo está en tu cabeza.

Cuando abro los párpados, diviso a un par de transeúntes que se han quedado observándome como si estuviera mal de la cabeza. Y la verdad es que empiezo a pensar que algo no va muy bien en mí. ¿Qué diablos me ocurre hoy? Primero, sueño con Brett y con los viñedos. Y ahora siento ese olor a uva tan intenso que inundaba la bodega cuando, tras la vendimia, se procedía a su prensado. Ese olor que simboliza mi infancia, mi adolescencia y una pequeña parte de mi juventud.

Comienzo a caminar con lentitud hacia la inmobiliaria, sintiéndome aletargada y extraña, como si, en mi interior, supiera que algo no va como debe de ir. Hace diez años que dejé atrás el condado de Chelan para mudarme a la gran capital en busca de un futuro más prometedor. Fue duro dejar atrás a mi madre —y a Brett, claro—, pero sabía que tenía que escapar de aquel pueblucho minúsculo de montaña si quería crecer y no estancarme. En Chelan más de un veinte

por ciento de la población gana menos del salario mínimo establecido, otro treinta por ciento vive al día y otro cincuenta por ciento gana más dinero del que el resto de la población ganará juntando todos los ingresos de su vida. La cosa no está demasiado compensada y allí solamente se diferencian dos clases de personas: los ricos y los pobres. Los que acuden a veranear a Lake Chelan y tienen una mansión en la colina o los que sobreviven al invierno en la vieja casita que heredaron de sus antepasados. Yo pertenezco a esa segunda clase. A la clase pobre. Mi madre, desde muy niña, se había dedicado a limpiar las casas de los ricos. Y aún con esas, nosotras habíamos sido afortunadas. El dinero que llegaba a casa mensualmente había sido el suficiente durante todo el año como para poder pagar las facturas y mantener la casita en pie. Nuestra casita. Sailor's Rest. Mi abuelo la había construido con sus propias manos en la cima de la colina, junto a una bodega que con el paso de los años había ido ganando fama e importancia hasta hacerse de oro. Y esa bodega, hoy en día, pertenece a los Harris. En resumidas cuentas, a Brett, el chico con el que hoy he soñado. Dejar atrás Lake Chelan fue una cuestión de supervivencia. Sabía que, si me quedaba allí, terminaría echando raíces y jamás saldría de Sailor's Rest. Brett tenía un futuro prometedor y una cuenta bancaria con muchos ceros que aseguraban su buen porvenir, pero yo no tenía nada. Solamente a mi madre.

Quizás ésa sea la principal razón por la que he evitado acudir a visitarla todos estos años. Me sentía culpable por haberla dejado y regresar allí solamente me hubiera hecho sentir peor.

Eso sí, todas las semanas le escribo una carta y le cuento cómo va todo por la capital. Sí, podría llamarla por teléfono —también lo hago—, pero mi madre sigue siendo una de esas personas románticas que adoran recibir correo postal, olerlo y sujetarlo entre sus manos antes de desgarrar el sobre para leer su contenido. Sé que con esa carta semanal la hago inmensamente feliz y... ¿Por qué engañarme? Escribirla se ha convertido en algo terapéutico que a mí también me viene muy bien.

—Buenos días —saludo al entrar por la puerta.

Piper está revisando unas carpetas en el escritorio de la jefa.

—Dios, Julie... ¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma.

Y a decir verdad, tengo la sensación de haberlo visto.

—Una pesadilla. No he dormido muy bien —le cuento, masajeándome las sienas después de lanzar el bolso sobre mi mesa—. ¿Qué pasa? ¿Qué buscas?

Piper remueve los papeles que tiene frente a ella.

—Tengo una posible venta... Hoy ha venido un cliente en busca de algo muy peculiar y me suena que, hace tiempo, archivamos una vivienda que podría encajarle.

—¿Qué vivienda?

Me siento en mi silla y voy encendiendo el ordenador.

—No pienso decírtelo, por si acaso —sonríe—. La jefa aún no ha llegado, así que aprovecha para tomarte el café.

Que “la jefa”, no esté la primera en la oficina es algo que no suele verse muy a menudo. Aún así, después de los tres cafés que ya llevo encima, tengo el estómago revuelto y decido pasar del cuarto. La sobredosis de cafeína no me asusta, pero la úlcera estomacal sí.

Reviso mi agenda y compruebo que hoy tengo que enseñarle varios apartamentos a una pareja que me está volviendo loca de remate. Por mucho que busque, no encuentro nada que les termine de gustar. Y lo peor de todo es que tengo la sensación de que, al final, terminarán sin comprar nada, yo perderé la comisión de venta y habré perdido una semana dando vueltas por la ciudad para nada. Piper pega un gritito de felicidad y sacude una hoja en su mano. Yo intento deducir qué

vivienda está a punto de vender —parece algo grande—, pero no llego a atisbar nada. Frunzo el ceño y le lanzo una mirada malhumorada en el preciso instante en el que mi teléfono móvil comienza a silbar en el interior de mi bolso. Me apresuro a cogerlo mientras mi compañera da saltitos de felicidad por la oficina, provocándome. ¿Cómo diablos consigue llevarse todas las buenas ventas?

—¿Sí? —pregunto, respondiendo la llamada del número privado que tengo en la pantalla.

—¿Julie Ward? —inquire una vieja voz masculina al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—Julie... soy Tom Wilkens. Le llamo desde la administración del hospital de Chelan... —me explica mientras la sangre se congela en mis vena—. Es por su madre.

—¿Qué le pasa a mi madre? —susurro con un hilillo de voz.

—Lo siento mucho, Julie. Ha fallecido.

3

De pronto, mi diminuto apartamento de la capital se me antoja demasiado grande y frío. Demasiado impersonal, demasiado vacío, demasiado solitario. El olor a madera húmeda de Sailor's Rest acude a mi memoria mientras yo me esfuerzo por no venirme abajo y echarme a llorar. En realidad, aguantar la compostura no es difícil. No importa que me hayan llamado por teléfono para darme la noticia, porque yo todavía sigo sin creérmela. Si cierro los párpados con fuerza, puedo imaginarme a mi madre frente a los fogones con ese viejo delantal de margaritas que tanto le gustaba.

Mañana cogeré mi viejo coche y conduciré las casi tres mil millas que me separan hasta el lago Chelan. Y aunque sé que ella no estará allí para abrazarme con fuerza, yo desearé encontrarla en nuestro hogar. Porque no es posible. Mi madre no puede haberse marchado de este mundo sin decirme, ni siquiera, adiós.

Si no tuviera esa asombrosa capacidad para diferenciar los sueños de la realidad, juraría que esto solamente es una pesadilla. Pero como tengo esa capacidad, dedico mis esfuerzos a autoconvencerme de que debe de haber sido un error. De que todo debe de ser una gran confusión. Un año detrás de otro me he dedicado a prometer que, al próximo, iría a Sailor's Rest a visitarla, como si el tiempo fuera eterno y aún tuviéramos una infinitud por delante. Y ahora ya es tarde..., muy tarde.

Entierro la cabeza contra la almohada y me esfuerzo por ahogar un grito de frustración mientras la voz de mi madre resuena en mi interior: "conseguirás todo lo que te propongas, Julie". Siempre me decía lo mismo. Ella había sido la primera en animarme a venir a Washington D.C porque, en el fondo, sabía muy bien que mis aspiraciones jamás llegarían a buen puerto en Chelan. El lago podía ser un lugar de ensueño, pero si te quedabas allí atrapado tenía la asombrosa capacidad de destruir todos tus anhelos, deseos y propósitos. Pero a decir verdad me avergüenza confesar que en todos estos años lo único que he conseguido es abandonar los estudios sin éxito y trabajar como una esclava en la inmobiliaria, con un sueldo que a duras penas llega para pagar este pequeño apartamento en el que, los meses de verano, uno no puede ni respirar aquí.

—Lo siento tanto, mamá... —murmuro con los ojos empañados en lágrimas, mientras mi cabeza procesa que jamás volveré a verla y mi corazón se niega a creerse una sola palabra.

4

Mi viejo escarabajo no es que sea el vehículo más seguro y más fiable de Washington, pero arranca y consigues llevarte de un lado al otro sin dejarte tirado. Y eso ya es mucho. Terminó de cargar el equipaje en el maletero y me subo en el asiento del conductor para poner rumbo al condado de Chelan. Después de diez años... regreso a casa.

Hoy me he despertado con tres certezas absolutas: mi jefa me pondrá de patitas en la calle en cuanto tenga opción, mis sueños son, sin duda, predictivos y mi madre ya no está en este mundo. Nunca más volveré a verla, ni a abrazarla, ni a aspirar el aroma floral de su perfume. No volveré a escuchar su risa ni su forma tan graciosa de estornudar cuando se pone nerviosa —cualidad que, he de confesar, he heredado de ella—.

Cuando me subo en el asiento del conductor, estiro el mapa sobre el salpicadero y marco la ruta que pasa por Wisconsin y Minnesota con un rotulador rojo. Es un poco más larga que la que cruza Illinois, pero a mi parecer mucho más bonita. Y la verdad es que no tengo ninguna prisa por llegar a Lake Chelan. Sé que es algo que debo hacer, pero creo que una vez cruce el umbral principal de Sailor's Rest y aspire el olor que impregna mi hogar de la infancia, me derrumbaré. Me derrumbaré de verdad. Creo que en ese momento seré plenamente consciente de que mi casa está vacía, y todavía no sé si estoy realmente preparada para afrontar esa situación.

Así que arranco mi viejo trasto y me pongo en marcha, con calma. Conducir siempre me ha parecido algo terapéutico y, si se hace entre imponentes montañas, todavía más. Enciendo la radio y dejo que la cadena de pop que se ha sintonizado en primer lugar inunde el ambiente con las canciones que actualmente están de moda. Ni siquiera las conozco. El trabajo me deja muy poco tiempo libre para disfrutar y, cuando tengo un rato de paz, lo único que me apetece es leer un buen libro y descansar en el sofá.

Treinta minutos después, cuando estoy atravesando un imponente banco de niebla que desciende de las montañas, mi pequeño escarabajo decide poner a prueba mi paciencia y termino en la cuneta, con un motor que prácticamente echa humo. Decido no ponerme nerviosa y me bajo del coche para coger aire fresco y respirar hondo. No es la primera vez que esto me ocurre, y como norma general, después de unos minutos de descanso el escarabajo vuelve a arrancar sin problemas. Bueno, a decir verdad, no siempre. Una vez me dejó tirada en el centro comercial y tuve que pedir una grúa. Y otra vez se me paró en mitad de Pennsylvania Avenue, colapsando el tráfico matutino y obligándole a la policía a actuar. Pongo la mano sobre el capó, que está ardiendo, y suelto un gruñido de desesperación.

—No puedes dejarme tirada en la montaña, ¿eh? —le digo, antes de propinarle un par de golpes en la chapa.

Me siento junto al escarabajo y contemplo mi alrededor. Mi hogar. Puedo respirar el olor de la humedad y de la vegetación que me rodea. Incluso, si presto atención, puedo percibir el cantar de algunos pájaros poco madrugadores y algún roedor que está cerca de donde estoy.

Vuelvo a casa y ella no está. Nunca más estará. Y lo único que sé con seguridad absoluta es que, a pesar de llevar casi diez años sin verla, por primera vez en mi vida la estoy echando de menos de verdad. Por primera vez, sé que mi error de dejar Lake Chelan sin ella ha sido irreparable.

—Te quiero mucho, mamá... —murmuro en voz alta, mirando al cielo.

Espero algún tipo de señal divina, pero no ocurre nada. Una lágrima sigilosa se desliza por mi mejilla y yo me apresuro a retirármela de un manotazo. Llorar no es aceptable. Llorar es para los débiles. Y aunque no me importa hacerlo siempre y cuando sea en la intimidad de mi hogar, desde muy pequeña descubrí que llorar en público de nada servía. Uno, ante todo, siempre debe de ser fuerte.

Pero... ¿Seré capaz de ser fuerte cuando Brett Harris se cruce en mi camino? Diez años sin ver a ese chico de sonrisa pícaro y besos frutales con el que compartí mi adolescencia y mi corazón. Y aunque sé muy bien que forma parte de mis recuerdos y de mi historia, le he olvidado. Bueno, en realidad, puede que quizás “olvidar” no sea la palabra adecuada. Mejor dicho: lo he superado. He dejado de ser aquella Julie indecisa que se pensaba que, sin él, no era nadie.

Vuelvo a subirme al coche y sin mucha esperanza, giro la llave. El motor carraspea, quejándose por mi insistencia. Pero no arranca.

—¡Joder! —escupo, propinándole un manotazo al volante con desesperación.

El pueblo de Chelan no está demasiado lejos, pero ir a pie puede llevarme más de una hora. Demasiado para alguien que no está acostumbrado ni a subir las escaleras caminando. Me hundo en el asiento cuando veo la primera gota de lluvia salpicar el parabrisas y decido que, llegado este punto, lo único que puedo hacer es esperar y tener paciencia.

Y como tener paciencia no se me da demasiado bien, termino quedándome dormida en el asiento del conductor con las luces del coche encendidas. Un par de horas después, cuando me despierto, es imposible saber si mi escarabajo arranca o no porque el maldito coche se ha quedado sin batería. “Genial, Julie... ¡Muy lista!”, me recrimino a mí misma, desesperada. Mi teléfono móvil continúa sin cobertura y, llegados a este punto, creo que debo de comenzar a pensar en un “plan b” cuanto antes. Esperar pacientemente a que ocurra un milagro no parece el consejo más sabio que puedo darme.

Dos bocinazos ensordecedores me hacen saltar sobre mi asiento. Miro a mi izquierda y veo un coche granate detenido en mitad de la carretera.

—¿Eh, necesitas ayuda? —pregunta un chico, asomando su cabeza por la ventanilla.

Cuando me ve, sus ojos se abren como platos. Y aunque no puedo verme a mí misma, supongo que los míos también.

—¡Julie! —exclama, riéndose a pleno pulmón.

—¿Julie? ¿Qué Julie? —pregunta una voz femenina de fondo.

—Joder... ¿Qué Julie va a ser? ¡Julie Ward!

Yo suelto otra tremenda carcajada mientras ella, Monique, se asoma sobre Jonas con una sonrisa de oreja a oreja. Me apresuro a bajarme del coche. Ellos hacen lo mismo. Jonas, que parece estar en un estado de sorpresa e histeria, me coge en brazos y me estruja contra su cuerpo con fuerza mientras Monique le golpea con el puño en el brazo y le dice que ella también quiere saludarme.

—Pero... ¿Qué diablos haces aquí? —me pregunta mi antigua mejor amiga antes de envolverme en un cálido abrazo.

Tengo que tragar saliva antes de responder.

—Mi madre ha fallecido —consigo decir con un nudo en la garganta.

La repentina felicidad que nos había invadido desaparece de un plumazo.

—Vaya... Sabíamos que estaba muy mal, Julie. Lo siento mucho —murmura Jonas en voz baja. Pestañeo con incredulidad.

—¿Sabíais que estaba muy mal? —repito, incapaz de ocultar la angustia.

La lluvia que minutos antes había comenzado se ha intensificado y, aquí fuera, vamos a terminar empapados de pies a cabeza. Pero a ellos no parece importarles y a mí, en realidad, todavía menos. El cúmulo de emociones que me invade es tan intenso que la lluvia me resulta refrescante y estimulante. Me hace sentir que, de algún modo, todo esto que me está pasando es real.

—Sí... Ya sabes... el cáncer. Todos sabíamos que llevaba varios meses en el hospital —me explica Monique—, pero creíamos que saldría adelante, claro —señala con pesar.

¿El cáncer? ¿Varios meses en el hospital? La información se agolpa en mi córtex cerebral provocándome una sobrecarga neuronal. Me quedo paralizada.

—Todos no... Yo no lo sabía —consigo decir cuando soy capaz de recuperar el aliento.

Jonas y Monique se dedican una mirada cómplice que yo no soy capaz de descifrar. ¿Lástima? ¿Sienten lástima por mí?

—¿Podríais... llevarme al pueblo? —pregunto, procurando dibujar una sonrisa y dejar de lado mi pesar—. Mi coche me ha dejado tirada.

Ambos asienten con una sonrisa, encantados por cambiar de tema y dejar esa conversación tan incómoda que estábamos manteniendo. Jonas se apresura a cambiar mis bolsas de viaje de un maletero a otro y, mientras tanto, Monique y yo nos ponemos al día. Al parecer, Lake Chelan ha cambiado mucho desde que yo me marché.

5

Comienzo de las fiestas

Envolví mi pañuelo de las fiestas y lo deslicé por debajo de mi cabello antes de anudarlo en mi cabeza a modo de diadema. Monique también lo llevaba así. Aquel verano estaba siendo tan caluroso que colocárnoslo en el cuello podía resultar asfixiante. Como en cada agosto, aquel veintiuno se daba el pistoletazo de salida a las fiestas de Chelan. Nuestras fiestas. No había nadie menor de veinte años que no estuviera deseando durante todo el verano la llegada de dicha semana.

Monique se frotó las manos, inquieta, antes de coger una piedra del suelo y lanzarla al lago con fuerza. La vi caer a unos metros de distancia, creando un surco redondo en las calmadas aguas de Lake Chelan antes de hundirse y perderse para siempre en sus profundidades.

—¿Me vas a contar qué es lo que te ocurre? —pregunté, escrutándola de hito a hito con el ceño fruncido.

Monique y yo no teníamos secretos. Nos conocíamos demasiado bien como para poder ocultarnos nuestras inquietudes.

—¿Irá Brett a las fiestas?

Su pregunta me pilló desprevenida.

—Creo que sí —respondí con poca seguridad.

Aunque cada año que transcurría Brett tenía más capacidad de decisión propia, sus padres continuaban manipulándole para que no se mezclase entre la gente del pueblo. Preferían que acudiera a las barbacoas comunitarias donde las familias de veraneantes asaban costilla y hablaban de los últimos cambios políticos antes de que se juntase con nosotros para beber vino rancio y emborracharse hasta altas horas de la madrugada. La diferencia entre Brett y el resto de los chicos ricos era que, a diferencia de estos últimos, él pasaba todo el año en Chelan. Y ésa era la razón por la que Brett era diferente a pesar de su posición superior.

—No pareces convencida.

—¿Me vas a decir qué te pasa, o no? —respondí, hastiada porque esquivase mi pregunta.

Monique dibujó una sonrisa traviesa en los labios y volvió a frotarse las manos de esa manera tan suya.

—Esta noche... lo haremos —confesó, mordiéndose el labio con picardía.

—¿Haréis... qué?

—¡Julie! —exclamó de forma juguetona, propinándome un pequeño empujón.

Entonces comprendí de lo que me estaba hablando.

—¿Lo haréis? —repetí, con curiosidad.

—Sí, esta noche. Joey y yo hemos hablado de ello y... estamos preparados.

Me quedé en silencio, pensativa.

Brett y yo llevábamos juntos varios años, pero pocas veces habíamos sacado aquel tema entre nosotros. Él no solía insistir al respecto y yo estaba convencida de que tarde o temprano la oportunidad surgiría, sin necesidad de presionar. Yo estaba a punto de dejar atrás los dieciséis años atrás y presentía que el momento iba llegando, aunque a decir verdad no me preocupaba lo más mínimo.

—¿Dónde? —quise saber, curiosa.

Que Monique fuera a perder la virginidad antes que yo era un alivio, porque al día siguiente podría interrogarla al respecto para ir preparándome.

—En el coche de Jonas. Se ha marchado un fin de semana fuera y Joey le ha pedido permiso para cogerlo prestado...

Dejó el final de la frase en el aire y yo, simplemente, asentí. Un cosquilleo nervioso me recorrió de pies a cabeza mientras me imaginaba dónde tendría lugar mi primer encuentro sexual con Brett. Podría ser en Sailor's Rest, mientras mi madre limpiaba alguna casa de la vecindad.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —admitió, aunque su sonrisa evidenciaba que era esa clase de nerviosismo que uno tiene cuando anhela algo demasiado.

—¿Y crees que te dolerá?

Monique se encogió de hombros.

—Supongo. Pero por lo que veo en las revistas porno, después termina siendo placentero.

—¿Has estado leyendo revistas guarras? —pregunté, espantada.

Mi amiga soltó una carcajada tan fuerte que las montañas nos devolvieron el eco de su risa. Al final, yo también terminé riéndome a pleno pulmón. Unos minutos después, cuando conseguimos recuperarnos del ataque de risa y miramos hacia el horizonte, nos dimos cuenta de que la enorme noria de Lake Chelan ya estaba en funcionamiento. Entre las montañas, podían verse las cabinas más altas desfilando una detrás de otra con los más de ochenta kilómetros de longitud del lago a sus pies. Suspiré hondo y pensé en Brett y en que, casi con seguridad, aquella noche nos veríamos de nuevo. Hacía muy poco que sus padres habían descubierto que éramos algo más que simples amigos y no parecían estar muy contentos con que su único heredero mantuviera una relación con la hija de la chica de la limpieza. Aún así, tampoco habían presionado a Brett más de lo necesario para que rompiéramos. Según me había contado, el padre le había dicho que a su edad también había tenido "caprichos inapropiados". Yo todavía no sabía si aquello era bueno o malo, pero tenía pensado dejar que las cosas fluyeran por sí mismas. Según decía mi madre; cada vida es un barco que, inevitablemente, tiene preparado el puerto al que debe llegar.

Y, además, estaba convencida de que, si Brett y yo debíamos estar juntos, lo estaríamos. Nada ni nadie podría remediarlo.

6

Jonas y Monique se han ofrecido a llevarme hasta Sailor's Rest. Hasta mi casa. O al menos, hasta la que había considerado mi casa. Ahora que mi madre no está en este mundo, dudo mucho que pueda ser capaz de soportar estar allí. Recordándola. Sintiéndola en cada esquina sin poder verla, ni tocarla, ni sonreírla.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo, Julie? —pregunta mi antigua amiga.

¿Sabéis esa sensación que se tiene cuando llevas mucho tiempo sin ver a alguien que antiguamente era importante para ti pero que, cuando vuelves a coincidir con ella en la vida, todo vuelve a ser como antes? Supongo que sabéis de qué sensación os estoy hablando. Pues bien, con Monique y Jonas no me está sucediendo lo mismo. En realidad, me da la impresión de que en Chelan las cosas han cambiado demasiado y de que, de algún modo, ya no soy ni volveré a ser parte de ellas.

—No lo sé —respondo con sinceridad—, la verdad es que no lo he pensado. Tengo que poner al día los papeles de... —resoplo sin ser capaz de terminar la frase, dejándola en el aire.

Decir “la muerte de mamá” resulta demasiado doloroso.

Monique aparca su coche frente a Sailor's Rest y detiene el motor. Aunque la lluvia ha cesado con rapidez, el ambiente ha quedado impregnado en un frescor húmedo que se asemeja bastante a una fría mañana de invierno de Lake Chelan. Me quedo mirando muy fijamente nuestra cabaña de madera. Nuestra casita. Nuestro hogar. Al hacerlo, puedo recordar a mi madre repasando con un pincel el nombre del buzón una primavera tarde. Yo estaba bebiendo una limonada en el porche que mi abuelo construyó mientras ella engordaba cada letra de “Sailor's Rest” para que las lluvias del próximo invierno no fueran capaces de borrarlas. Sailor's Rest: descanso del marinero. Ahora que lo pienso, nunca jamás le pregunté por qué decidieron ponerle aquel nombre a la casa. A fin de cuentas, nuestra pequeña cabaña se sitúa en el alto de la ladera con vistas al lago. Un lago en el que, como mucho, puedes encontrar algún pescador con chalupa. Pero ningún marinero. Supongo que todas esas inquietudes quedarán para siempre siendo una incógnita.

Jonas baja mis bolsas del maletero y las coloca sobre el césped mojado. Yo le dedico una sonrisa y decido volver a la realidad.

—Gracias por el rescate —bromeo, estrechando a Monique entre mis brazos—, y me alegro de verte. Estás tan guapa como siempre.

Y no miento. Monique siempre había sido una de las chicas más atractivas de Lake Chelan. Y lo sigue siendo. Alta, guapa, delgada, morena y de ojos verdes. Sigue conservando una sonrisa pícaro capaz de cautivar a cualquiera y, de una forma incomprensible, desprende cierto aire misterioso que llama la atención de hombres y mujeres por igual. Monique es única, siempre lo fue. Quizás, por esa misma razón, siempre me resultó incomprensible que Brett se hubiera fijado en mí antes de ella.

—Supongo que nos veremos por el pueblo, ¿verdad?

—Seguro —le digo, sonriente.

Jonas se despide de mí con la mano y ambos vuelven a subirse al coche. Me quedo donde estoy unos segundos, observando cómo desaparecen carretera abajo y procurando encontrar las fuerzas suficientes para volver a entrar en esa casa. Diez años sin pisar ese suelo. Diez años sin escuchar el crujir de la madera hinchada en invierno.

Cojo las bolsas y doy un paso al frente. Intento encontrar en mis recuerdos la misma imagen que tengo ante mí. Todo parece estar muy parecido, a excepción de las flores del jardín, que han desaparecido. “Ya sabíamos lo del cáncer...”. El cáncer. A mi madre se la ha llevado un maldito cáncer del que todo el mundo sabía algo, menos yo. Contengo las lágrimas, diciéndome a mí misma que estos días pasaré el suficiente tiempo sola como para llorar desconsoladamente y sacar todo este rencor y sufrimiento de mi interior.

7

La noche que todo cambió

Sailor's Rest no estaba demasiado lejos de la bodega de los Harris. En realidad, ambos lugares estaban muy próximos y unidos por un mismo sendero común. Me quedé a unos pocos metros de la bodega, esperándole, sentada sobre una roca mientras observaba las luces de las atracciones inundar el cielo de Chelan. Estaba anocheciendo, así que el ayuntamiento no tardaría demasiado en apagar todas las luces del poblado para que todos los ciudadanos pudiéramos contemplar el espectáculo de los fuegos artificiales en todo su esplendor.

—Por fin puedo escaparme —gritó Brett, descendiendo a paso ligero hasta llegar a mí.

Me levanté de la roca para saludarle. Ambos nos fundimos en un fuerte abrazo que duró unos segundos, antes de besarnos apasionadamente en los labios. Su mano se posó en mi muslo desnudo y ascendió lentamente, de forma pícara y atrevida, hasta mi trasero. La excitación me recorrió la columna vertebral y pensé en Monique y en lo que esa noche Joey y ella harían juntos.

—¿Bajamos?

Asentí con la cabeza, ronroneándole en el cuello justo antes de separarme de él. Brett rodeó mi cadera con su brazo y ambos echamos a caminar colina abajo. En algún momento, eché la mirada atrás y pude atisbar las luces encendidas de la bodega. A poca distancia, podía distinguir Sailor's Rest. Me imaginé que mi madre estaría en el salón, leyendo, y que se quedaría despierta hasta muy tarde solamente por esperar mi regreso.

Brett y yo vivíamos lejos de Chelan. O al menos, lejos del poblado. Éramos los únicos aislados del resto y, quizás por esa misma razón, habíamos terminado compartiendo mucho tiempo. Y enamorándonos. Enamorándonos mucho y muy lentamente.

Cuando volví la mirada, lo hice hacia él. Aquel verano Brett se había puesto más moreno que otros, seguramente porque pasaba buena parte del día pasando las horas muertas en la enorme piscina que sus padres habían construido detrás de la bodega. Tenía las mejillas levemente quemadas, sonrojadas. Vestía una camiseta blanca de tirantes y unas bermudas, acompañadas de unas simples chancletas. En él no se podía encontrar esa nota de elegancia que el resto de los Harris derrochaban. Brett era más natural. Más único. Su cabello moreno también había crecido desde la última vez que se lo cortó, y aunque no lo tenía largo, las puntas se le habían aclarado notablemente en comparación con la raíz.

De pronto, las luces del poblado se apagaron y unos instantes después, la noria y las atracciones se detuvieron y todo quedó sumido en un total silencio. Se escuchó un fuerte petardazo, seguido de otros dos. Y después las primeras luces de colores comenzaron a inundar el cielo de Chelan. Brett y yo ya estábamos a los pies de la colina cuando comenzaron los fuegos artificiales. Él tiró de mi mano y ambos echamos a correr hacia la orilla del lago.

—¿Los vemos desde el agua? —preguntó con una enorme sonrisa.

—¿Desde el agua? —repetí, sin comprender.

Le vi desatar una de las barcas del muelle con rapidez, riéndose pícaramente. No sé de quién sería esa barca, pero de los Harris no era. Nos subimos en ella y Brett remó hasta situarla en lugar privilegiado, a varios metros de la orilla del lago. Nos tumbamos en la superficie, Brett debajo y yo sobre él, para poder observar los fuegos cómodamente. Era precioso. Parecía que las luces caían sobre nuestras cabezas. Sentí sus manos rodeándome la cintura y sus labios, húmedos, besándome el cuello. En ese momento me pregunté a mí misma si Brett y Joey habrían hablado sobre el tema de las relaciones sexuales. Y de paso, me pregunté a mí misma si estaba preparada para perder mi virginidad. Por alguna razón, creía que sería un momento muy doloroso, y aunque una pequeña parte de mí deseaba pasar por ello y poder dejarlo atrás cuanto antes, otra parte más grande aún temblaba de miedo con solamente imaginárselo.

Guiada por un impulso, me di la vuelta y me dejé caer sobre él para poder besarle frente a frente. Sus labios se abrieron para recibirme y su lengua inundó mi boca. Escuchaba el petardazo de los fuegos sobre mi cabeza, pero ya no los veía. Me concentré en Brett. En sus manos deslizándose por debajo de mi vestido hasta apretar mis nalgas. En la intensidad con la que me besaba. Decidí que me iba a dejar llevar. Que estaba preparada para ello. Y, por lo que intuía bajo su pantalón, él también estaba muy preparado. Me mecí suavemente, rozando mi sexo con su entrepierna. Un calor abrasador ascendió por mis entrañas y el beso que nos estábamos dando se intensificó aún más. Se transformó en algo salvaje y primitivo. Un ansia con el que, hasta el momento, jamás nos habíamos besado. Ya no quedaba ninguna ternura en nuestros actos, sino más bien una imperiosa necesidad de satisfacer nuestros deseos. Nuestros anhelos. Sus manos se posaron sobre mis pechos, sus labios humedecieron mi clavícula, mi cuello, mis labios. Sudábamos y nos movíamos de forma desesperada, como si temiéramos que aquel instante pudiera detenerse y llegar a su fin. Brett me sacó el vestido por la cabeza y me quitó el sujetador. Yo, que hasta entonces nunca me había visto desnuda frente a él, intenté cubrirme los pechos con pudor. Pero él retiró mis manos y acercó su boca a uno de mis pechos. Sentí un cosquilleo recorrerme entera y un fuerte dolor instalarse en mi bajo vientre. Gemí de placer mientras él mordía mi pezón y tiraba de él, volviéndome loca. Me rocé con más fuerza contra él, restregándome. Estaba tan húmeda que podía sentir mis braguitas, que eran lo único que llevaba puesto, mojadas. Le retiré de un empujón y, nerviosa, le apremié para que se desnudara. Mientras lo hacía, levanté la mirada al cielo y observé la oscuridad y las luces de las palmeras que dibujaban los fuegos artificiales. Después me senté sobre él, tras quitarme las bragas. A esas alturas ambos estábamos en igualdad de condiciones. Él se hundió lentamente en mi interior y clavé las uñas con fuerza en su espalda, ahogando un grito de dolor. Brett lo sintió y se quedó muy quieto, abrazándome. No nos movimos en un rato, ni siquiera dijimos nada en voz alta. Nos quedamos de esa manera; él clavado en mí, yo sentada sobre él. Ambos abrazados en silencio mientras nos besábamos con ardor. Cuando el dolor fue quedando atrás, fui yo la que comencé a moverme. Brett gemía y su aliento en mi cuello me excitaba aún más. Al principio los movimientos fueron lentos y descompasados. Extraños. Pero mientras nuestras lenguas jugaban y mi deseo aumentaba, encontré placer en el dolor y comencé a restregarme contra él con más fuerza y más fluidez. Él gemía. Gritaba. Y aunque yo no era consciente, mis gemidos también se mezclaban con los suyos.

La traca final resonaba sobre nosotros mientras, de forma inexperta e inconsciente, explotábamos de placer.

8

Olor a madera mojada. Creo que es el recuerdo más fuerte que tengo de Sailor's Rest. Y para ser sinceros, también es lo único que no ha cambiado. Mi madre, que siempre fue muy dada a las manualidades, había transformado la decoración por completo y el interior prácticamente estaba irreconocible. Me planté en la entradilla para observar las fotografías que descansaban sobre la mesa de madera que había bajo el espejo con forma de sol. La Julie de esas instantáneas poco se parecía a la que ahora mismo veía frente a mí en el reflejo. Una de las fotografías era del día en el que me marché. Mi madre y yo nos abrazábamos frente a Sailor's Rest mientras mis maletas, ya preparadas, descansaban junto a nosotras. Ella estaba joven y llena de vitalidad, y yo... Yo aún tenía muchos sueños y creía que todos se terminarían cumpliendo. Lucía el cabello muy ondulado y muy largo. Ahora mi mata rojiza queda a la altura de mis hombros y estoy mucho más delgada que en esa fotografía. Lo que no es bueno, porque esos kilos que tenía entonces hacían que mis curvas fueran mucho más femeninas de lo que son ahora.

—¿Mamá? —pregunto en voz alta, con la vaga esperanza de que su voz salga desde algún rincón de la casita.

Pero no ocurre.

Ella ya no está. Y supongo que tarde o temprano tendré que hacerme a la idea y comenzar a asumir que, ahora, estoy sola en el mundo. Mucho más sola de lo que jamás hasta entonces había estado.

Dejo las maletas en una esquina, enciendo la chimenea —a pesar de que hace un calor relativo— y me acurruco en el sofá. La chimenea encendida también me recuerda a mi madre. Y a los duros inviernos de Lake Chelan. Como sé que dormirme será imposible, me permito echarme a llorar hasta quedarme vacía. Llora. Llora tanto que, al final, me siento mareada, pequeña y perdida. Mi madre ya no está. No volverá. Y todos estos malditos años en Washington DC solamente han servido para ser desperdiciados. Para distanciarme de ella. Para perderla del todo.

Al final, consigo quedarme dormida. Lo hago en el sofá y no me despierto hasta que las primeras luces de la mañana se filtran desde el cristal. Y aún con esas, me siento tan dolorida y aletargada por el llanto de ayer que ni siquiera me esfuerzo en levantarme hasta que, un par de horas después, suena el timbre de la entrada.

De forma inevitable, el corazón me da un vuelco mientras mi mente recrea la imagen de Brett. Pero no, no es él. Se trata de Wilkens. El pobre hombre, que no está muy joven, ha subido caminando toda la colina junto al notario de Chelan, así que cuando les abro la puerta me lo encuentro hiperventilando y apoyado sobre sus rodillas para poder recuperar el aliento. Les pido unos segundos para lavarme la cara y, cuando mi aspecto ya es medianamente presentable, hablamos de los papeles, de la herencia y del funeral que tendrá lugar mañana con un buen café sobre la mesa. Mi madre, muy previsor, había dejado hasta el último detalle atado antes de decirle adiós al mundo. Había dejado todo resuelto, sí. Pero se había olvidado de decirme adiós.

En el fondo, mientras hablo con ellos, comprendo que no estoy en posición de juzgarla. Yo

misma había evitado acudir a Sailor's Rest para eludir el dolor, así que una parte de mí comprende que mi madre no se sintiera preparada para la despedida. Una despedida que, sin duda alguna, no habría sido fácil de procesar.

Cuando Wilkens y el notario se marchan, vuelvo a quedarme sola en mi casa. Sí, Sailor's Rest ha pasado a ser de mi propiedad en un abrir y cerrar de ojos. Con una simple firma. Así que ahora, esta vieja cabaña que me regaló los mejores años de mi infancia me pertenece.

Acaricio la madera del marco del salón mientras escruto las impasibles aguas del lago Chelan. Dejo que mis dedos recorran las circunferencias casi perfectas que forman las vetas de la madera, pensativa. Esta maldita cabaña y este lago eran lo único que mi madre obtuvo en su vida. Bueno, en realidad, también me tuvo a mí. La culpa por no haber estado presente cuando realmente me necesitó me carcome con tanta fuerza que, guiada por un impulso, me calzo las deportivas y salgo corriendo de Sailor's Rest como alma que lleva el diablo y echo a caminar a paso ligero hacia el lago. Mientras desciendo la colina, mil recuerdos acuden a mi mente. En muchos de ellos estoy con Brett, en otros con Monique, pero en la gran mayoría aparece mi madre. Cuando llego al embarcadero estoy hecha un mar de lágrimas, pero Chelan ofrece una paz imperturbable que me permite desahogarme sin temer que alguien pueda estar mirándome desde detrás de un arbusto. Así que no me contengo. Además, que no sea época de turismo ayuda a conservar la serenidad del lugar. Lloro. Grito. Y me arranco la ropa a tirones, con rabia. Me quedo en ropa interior y, sin pensar en lo fría que puede estar el agua, salto al lago. Y en efecto, el agua helada de Chelan recorriendo mi piel resulta reparadora y reconfortante. Me devuelve a la vida, a la realidad.

Echo a nadar, alejándome varios metros del embarcadero sin mirar el bulto de ropa que he dejado sobre él. Sin miedo a que cualquier extraño pueda robarme las llaves de casa o el móvil. Esto es Chelan, no Washington D.C. Aquí los violentos atracadores que acechan en busca de una oportunidad han sido sustituidos por pescadores de bien con la piel curtida del sol. Como mucho se puede encontrar algún vecino cotilla, pero esos suelen merodear más por el pueblo de Chelan y no por la colina, donde cada casa está separada por varios kilómetros de distancia. Excepto la mía y la de Brett. Brett. ¿Se habrá enterado de que mi madre ha fallecido? ¿Acudirá mañana al funeral? ¿Seguirá pensando en mí de vez en cuando o me habrá olvidado por completo?

Supongo que diez años son demasiados años para seguir conservando los recuerdos que compartiste con alguien que te dejó atrás.

9

Las sirenas

Cuando los fuegos terminaron, las luces y la vida de Chelan resurgió entre la oscuridad. Sintiéndome extraña y un tanto dolorida, me vestí en total silencio mientras observaba las cabinas de la noria desfilan, una detrás de otra.

Era extraño. Habíamos compartido el momento más íntimo de nuestra existencia, pero ninguno de los dos sabía qué decir ni cómo actuar entonces. Así que, simplemente, decidí dejarme guiar. Regresamos a la orilla y Brett atracó el bote lo más cerca posible. Me ayudó a descender de él, y cuando nuestras manos entraron en contacto una chispa de electricidad estática nos recorrió de pies a cabeza. Nos separamos de golpe, nerviosos, y después nos echamos a reír de esa forma absurda en el que suelen hacerlo las parejas enamoradas. En ese instante tuve la certeza absoluta de que todo iría bien entre nosotros. Para siempre.

—Te quiero muchísimo, Julie —confesó, mirándome fijamente a los ojos.

Supuse que ésa era su forma de decirme que, lo acababa de suceder entre nosotros, había sido maravilloso. Y, a decir verdad, estaba de acuerdo. Mi primera experiencia sexual había sido mucho más placentera y romántica de lo esperado.

—Yo también te quiero —admití con los ojos empañados por la emoción del momento.

Iba a añadir algo más, pero el sonido de las sirenas captó mi atención, distrayéndome.

—¿Policía?

Ambos dirigimos la mirada hacia el sendero principal, pero no vimos nada. Brett sujetó mi mano con fuerza antes de echar a correr. Nunca lo sabré a ciencia cierta porque jamás llegué a preguntárselo, pero creo que él también experimentó ese mal presentimiento que me apretó el pecho, obligándome a hiperventilar. El sonido de las sirenas se intensificó. Se escuchaban más de una, lo que solamente podía significar una cosa: fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido, había sido grave.

—¡Corre, Julie!

Yo movía un pie detrás del otro, mareada, mientras todo daba vueltas a mi alrededor. Brett iba muy deprisa, pero me obligué a sacar fuerzas de mi interior para poder seguir su ritmo sin hacer ninguna pausa.

Casi habíamos llegado a la bajada del puerto cuando comenzamos a ver las luces policiales y las de la ambulancia. No habíamos tardado más de diez minutos en llegar, pero para cuando lo hicimos la policía ya se había encargado de acordonar la zona para detener el tráfico y que ningún transeúnte extraviado pudiera meter las narices en el asunto. En realidad, no era necesario. Los únicos que habíamos escuchado el sonido de las sirenas habíamos sido Brett y yo, ya que el resto de Chelan continuaba disfrutando de la verbena y de las atracciones, donde la música amortiguaba cualquier otro ruido externo a la fiesta.

—¿Qué crees que ha pasado? —pregunté con el corazón desbocado y las manos temblorosas. Brett me estrechó entre sus manos, calmándome.

—Parece un accidente de coche...

Dejó la frase en el aire y, una vez más, supuse que su mal presentimiento era tan fuerte como el mío. Imaginé que Joey le habría contado que esa noche su hermano le había prestado el coche y, di por hecho, que Brett también rezaba porque las víctimas de ese accidente no fueran en un viejo Ford rojizo.

Cuando nos acercamos a la cinta policial, vi el cuerpo. En realidad, vi la camilla donde estaba depositado, cubierto por completo por una de esas bolsas de plástico negras en la que se transportan los cadáveres a la morgue. En Chelan todos nos conocíamos, así que fuera quien fuese la víctima, la desgracia de apoderaría del pueblo en aquellas fiestas de verano. Brett soltó mi mano y rodeó la escena para intentar divisar el coche accidentado, pero los coches patrullas y la ambulancia le impedían ver más allá. Le temblaban las manos. Lo sé porque, impresionada por ver cómo los sanitarios retiraban el cadáver, evité volver a mirar hacia allí y clavé la mirada en él. Brett también estaba asustado, pero lo disimulaba bastante mejor que yo.

—¡Regresad a casa, chicos! ¡Aquí no hay nada que ver! —gritó el jefe de policía Brown mientras charlaba con el forense.

Mientras yo asentía con la cabeza, Brett negaba.

Éramos los únicos espectadores de la escena del accidente, así que el jefe de policía Brown se acercó a nosotros para disuadirnos.

—Harris, por favor... No me obligues a llamar a tus padres —amenazó, ignorándome.

En Chelan todos nos conocemos desde siempre, así que el jefe Brown sabía que mi madre ni siquiera tenía teléfono fijo en casa. Amenazarme a mí, en este caso, habría resultado totalmente absurdo.

—¿Quién es, jefe Brown? —preguntó Brett con la voz titubeante.

En el fondo, temía recibir una respuesta dolorosa.

El jefe de policía negó lentamente con la cabeza y suspiró.

—Marcharos a casa, por favor —suplicó.

Brett esquivó su silueta, esforzándose por divisar el coche accidentado. Recuerdo que el corazón me latía con tanta fuerza que creía que se me saldría por las orejas.

—Jefe Brown, por favor... Dígame que no se trata de Joey Parsons...

El policía sacudió la cabeza con pesar y resopló, frotándose las manos con nerviosismo. No respondió a la petición de Brett, pero se dio la vuelta sin decirnos nada más y regresó con el forense con la cabeza gacha.

De ese modo, Brett y yo nos enteramos de que uno de nuestros mejores amigos acababa de fallecer.

10

Jamás había imaginado cómo sería el funeral de mi madre. Siempre había pensado que su tiempo en este mundo sería eterno y que tendría muchísimos años por delante para retomar nuestra relación donde la habíamos dejado y continuar disfrutando la una de la otra como cuando yo era una niña pequeña.

Pero hoy, cuando me he despertado en mitad de una pesadilla a las cinco de la mañana, con la cama empapada en sudor y la respiración agitada, he sido consciente de que la eternidad es algo efímero y muy frágil. Algo que un día tienes y que al día siguiente pierdes. Así de sencillo y doloroso.

Hoy es el funeral de mi madre. Aunque yo nunca me había parado a pensar en él, ahora lo hago. No sé cómo será, porque incluso eso dejó atado antes de irse. Me la imaginó resolviendo cada detalle y escogiendo su propio ataúd para ahorrarme a mí el dolor de tener que pasar por ello. Ella siempre fue así. Siempre me sobreprotegió. Y siempre quiso que mi existencia fuera lo más sencilla y bonita posible.

Me visto unos pantalones negros, una camisa gris y una americana a juego. Son las seis de la mañana. Aún es pronto. Me recojo el cabello rojizo en una cola de caballo sencilla y me esmero con el maquillaje para procurar tapar las horribles ojeras amoratadas que se han formado alrededor de mis párpados. ¿Cuánta gente acudirá al funeral?, me pregunto mientras perfilo mi mirada con el *eyeliner*. *Al parecer, todo Chelan estaba al corriente de la enfermedad de mi madre, así que supongo que, al menos los más cotillas, acudirán a la misa. Y en el fondo, rezo porque así sea. No importa si vienen por interés, por amor o por curiosidad, pero quiero que estén presentes para decirle adiós a mi madre. Para ella, Chelan siempre fue su hogar y los vecinos del pueblo fueron lo más parecido a una familia que tuvo.*

Desayuno un café bien cargadito mientras repaso un álbum de fotografías que he encontrado en el armario del salón. La mayoría de las instantáneas capturan mi tierna infancia, pero en alguna que otra está plasmada para la eternidad la belleza de la juventud de mi madre. No le duró mucho, a decir verdad. Antes de cumplir los cuarenta ya estaba estropeada y aparentaba muchos más años de los que tenía. Limpiar casas era un trabajo esclavo que requería un gran desgaste físico, y a ella le pasó factura muy pronto. En las familias más pobres de Chelan todos aportan en casa y trabajan, pero cuando yo cumplí los dieciséis y me ofrecí a acompañarla a limpiar se negó. Supongo que siempre quiso lo mejor para mí y que, por esa razón, me animó para que me marchase a Washington DC en busca de un futuro mejor.

¿Qué pensaría ahora de mí si conociera mi situación? En las cartas que le enviaba siempre evitaba darle detalles de mi situación. Es decir, en vez de explicarle que trabajaba a jornada completa por una miseria de sueldo y que vivía en un apartamento que no llegaba a los cuarenta metros cuadrados, le decía que por fin me habían subido las horas para completar la jornada y que podía permitirme mi propio apartamento y no tener que compartir el piso con otra gente. Adornar

con florituras mi propia realidad nunca se me dio del todo mal.

Retiro del álbum una de las fotografías de mamá y la colocó en un marco vacío que he encontrado entre los estantes para después metérmela en el bolso y prepararme para bajar al pueblo de Chelan. La misa tendrá lugar dentro de varias horas, pero un paseo no me vendrá mal. Además, aún debo resolver el asunto de mi coche. Cuando estoy cruzando el jardín, me quedo hipnotizada observando el buzón y recordando lo que Monique me dijo días atrás. ¿Cómo diablos no llegué a sospechar que algo iba mal al no recibir ninguna respuesta a las cartas que le enviaba? No sé por qué, imaginaba que mi madre estaría atareada. Una excusa absurda para sentirme mejor conmigo misma, porque en realidad la que no tenía tiempo y evitaba descolgar el telefonillo para realizar una llamada era yo.

Decido que auto torturarme ya no tiene el más mínimo sentido. Ella ya no está. Me acerco hasta el buzón y quito la tapa. Para mi sorpresa, el interior está vacío. No hay ni una sola carta; ni mía, ni de la compañía de gas, ni siquiera del banco. Lo que, además, me lleva a preguntarme si la Sailor's Rest tendrá alguna deuda pendiente de la que yo deba hacerme cargo. ¿Dónde está todo el correo postal de mi madre?

Cuando llego al pueblo de Chelan, espero a que los comercios levanten sus persianas y comiencen con la rutina matutina antes de dirigirme a la oficina postal. Rosa, la señora que lleva toda la vida encargándose de la cartería, me deja muy claro que mi madre continuó recibiendo cada mañana el correo a pesar de su ingreso en el hospital. Si las cartas han desaparecido, desconoce dónde pueden haber ido a parar. Antes de que abandone el local, me da el pésame y me pide que sea muy fuerte.

—Ella se merece ver tu sonrisa, esté donde esté.

Y aunque no se me ocurre qué responder y simplemente asiento con la cabeza, sé que esa frase no la olvidaré jamás. Porque tiene mucha razón: esté donde esté, lo único que mi madre merece son sonrisas de felicidad.

Mientras desayuno en la cafetería del tío Tom, aprovecho para llamar a la compañía de luz y de gas para corroborar que todas las facturas están al día. Y así es. También llamo al banco y compruebo que no haya ninguna deuda pendiente ni ningún préstamo abierto. ¿Cómo se las apañaría mi madre para hacerse cargo de todas las facturas y pagar el tratamiento del hospital? Me digo a mí misma que antes de regresar a Washington DC tengo que pasarme por el hospital para hablar con la administración y resolver todas estas dudas, pero antes de abandonar la cafetería ya estoy recibiendo una llamada de “la jefa” para presionarme y obligarme a regresar cuanto antes. Cuelgo el teléfono con la promesa de que volveré a la ciudad al día siguiente, a pesar de que contaba con poder quedarme en Chelan unos cuantos días más para poner todo en orden.

Después, acudo a la iglesia casi dos horas antes de lo indicado. El ataúd de mi madre, rodeado de flores y de coronas que los vecinos han ido enviando a lo largo de la mañana, descansa en la capilla. Me acerco a él con el corazón en un puño y deslizo la yema de mi dedo índice sobre la madera. Ella está ahí dentro, inerte, fría y pálida. Sin vida. Sin esas mejillas de color rosado que tanto la caracterizaban.

—Su madre dejó escrito que prefería que la misa se realizara con el féretro cerrado —me explica el padre Sam, acercándose a mí.

Me giro hacia él y le dedico la mejor de mis sonrisas, pero mis ojos llorosos me delatan.

—Mejor, yo también lo prefiero.

No sé qué aspecto tendrá ahora ni si la enfermedad que ha sufrido la habrá deteriorado en

exceso, pero a si he de ser sincera, prefiero recordar a mi madre de la misma forma en la que la vi por última vez. Vital, feliz, risueña. Con esperanzas, con un futuro. Verla pálida y muerta solamente destrozaría mi capacidad de volver a conciliar el sueño sin sufrir pesadillas. Saco la fotografía de mi bolso y la coloco sobre la madera del féretro. En ella mamá sale radiante, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo aún era muy pequeña cuando esa instantánea se tomó, así que no soy capaz de identificar al instante al que pertenece. Pero no importa. Sé que cualquiera que acuda hoy a decirle adiós, se alegrará de verla de ese modo.

El padre Sam me explica cómo transcurrirá la misa y aprovecha para hablarme de los pasajes de la biblia que leerá en voz alta para despedirse de mamá. A mí todo me parece bien. En realidad, tengo la sensación de que estoy en trance y de que mis sentimientos están anestesiados. O como poco, aletargados. Una hora antes de que la misa comience, la capilla ya está repleta de vecinos que han acudido antes de tiempo. Ver tantísimas caras conocidas reunidas por mi madre hacen que mi corazón se hinche de gratitud y amor. La querían. Todo el mundo adoraba a mi madre en Chelan, incluso los idiotas de los Harris, para quienes trabajó durante gran parte de su vida limpiando la bodega. Pensar en ellos me obliga a tener presente a Brett. Tanteo la mirada entre los presentes intentando encontrar su familiar rostro entre ellos, pero no está. O al menos, no le veo. Faltan quince minutos para que comience la misa y los bancos ya están llenos. En los primeros, esos que suelen ir destinados a la familia, se han sentado las amigas de toda la vida de mi madre. Bueno, ellas, y yo. La gente continúa asistiendo y esquinándose de pie, alrededor, para poder asistir a la despedida.

El padre Sam comienza a hablar de mi madre y yo, que hasta ahora jamás me había permitido derrumbarme frente a la gente, me echo a llorar de forma desconsolada. Una y otra vez, no dejo de repetirme a mí misma que culpabilizarme no servirá de nada. Fue ella la que no quiso despedirse de mí y la que me ocultó su enfermedad, así que, como poco, las culpas deberían de estar repartidas entre las dos. Pero ser objetiva y lógica tampoco me ayuda a sentirme mejor. Me enjugo el llanto cuando el padre Sam me pide que suba a decir unas palabras. No tengo nada preparado y el ambiente es demasiado emotivo y tenso como para permitirme relajarme e improvisar algo, así que simplemente repito lo que Rosa me ha dicho esta mañana: que mi madre, esté donde esté, se merece que cada persona aquí presente hoy sonría al recordarla. Sé que desde el cielo será feliz viendo que todo Chelan sonríe en honor a su recuerdo.

Cuando regreso al banco, me encuentro con Monique esperándome. Se sienta junto a mí, me abraza contra su pecho y oculta mis lágrimas mientras yo me permito deshacerme en sus brazos. Hace mucho tiempo atrás esta misma situación se dio a la inversa, pero de eso ya ha pasado mucho tiempo. Demasiado. Después de los años el recuerdo de Joey Parsons se ha quedado, simplemente, en eso. En un vago recuerdo que ha dejado de doler. ¿Ocurrirá lo mismo con mi madre?

—Con el tiempo duele menos, te lo prometo, Julie —asegura Monique, como si de algún modo hubiera podido leer mis pensamientos.

Cuando la misa termina, todos los vecinos de Chelan se acercan para abrazarme. Uno por uno. Jonas y Monique se mantienen a mi lado, como si a pesar de los años todo continuase siendo igual entre nosotros. Y a decir verdad, es un alivio saber que en estos instantes no estoy sola en el mundo. Cuando la capilla se vacía, tengo la sensación de que mi cuerpo ha recibido un enorme y reconfortante abrazo de todo Chelan. Bueno, de todo Chelan, menos de los Harris. Los malditos Harris. Diez años después Brett continúa carcomiéndome los pensamientos casi como el primer día.

—Te acompaño a casa, ¿vale? —me dice mi antigua amiga, sin soltarme la mano ni un solo segundo.

El calor de la amistad me hace sentir reconfortada y me obliga a replantearme varias cosas que daba por seguras. Como, por ejemplo, el haber pensado durante diez años que en Chelan no se me había perdido nada. Supongo que ese pensamiento fue el error más grande, pues no solamente dejaba atrás a mi madre, sino también a ella. Monique era, es y supongo que pasen los años que pasen, será, mi mejor amiga. Incluso me atrevería a decir que la única amiga que ahora mismo tengo.

Diez años en la capital me han dado para conocer a muchas personas, pero todas y cada una de ellas han estado de paso. Ninguna se ha tomado la molestia de quedarse el tiempo necesario para conocerme.

La subida de la colina la realizamos en silencio, de luto. Supongo que ambas estamos pensando, inconscientemente, en las dos personas amadas que ya no comparten la vida con nosotras. Mientras ascendemos, me siento tentada de romper el silencio y de preguntarle qué tal está. Es algo que debería haber hecho según la vi, pero que no hice. ¿En qué trabaja Monique? ¿Terminó los estudios? ¿Sigue viviendo con sus padres? En realidad, ya no sé quién es. La miro y veo la misma mirada nerviosa y fascinante que tenía hace diez años, pero en realidad sé muy bien que hace tiempo que dejó de ser la misma chica tentativa que tiempo atrás cautivaba a todo el que se le cruzaba. Ella es diferente. No sé por qué, pero puedo intuirlo.

Aunque tengo mil preguntas para hacerle, no digo nada en voz alta. Me da la sensación de que dedicar este tiempo a meditar en los que ya no están es una manera especial de mantenerlos vivos en nuestros recuerdos. Una especie de ceremonia en su honor que me niego a estropear.

Casi hemos llegado a Sailor's Rest y, cuanto más subimos, más frío hace. Me aprieto la americana contra mi cuerpo, rememorando la diferencia de temperatura habitual que suele haber entre el pueblo de Chelan, cuyo ambiente siempre está templado gracias al lago, y el alto de la colina. Se pueden apreciar unos cinco grados centígrados de diferencia, aunque la sensación térmica es peor aún.

—Julie... —susurra Monique, captando mi atención—, ¿quieres que le pida que se marche?

Mi amiga se detiene y yo, sin saber a qué se refiere, alzo la mirada del suelo y diviso a Brett Harris en mitad del sendero, apoyado sobre la piedra en la que yo solía esperarle cuando éramos dos amantes furtivos con el corazón repleto de deseos y anhelos. Se me pasan un millar de cosas por la cabeza, como, por ejemplo, que quizás no haya ido al funeral porque continúa influenciado por sus padres y que esta sea su manera de darme el pésame en privado. Quién sabe. Con él uno nunca podía estar seguro de nada.

—No, déjalo. Hablaré con él.

Monique tuerce el gesto en una mueca de desagrado. No parece muy contenta dejándome sola, pero yo le aseguro que estaré bien.

—Te veo mañana, ¿vale? Tenemos cosas de las que hablar antes de que vuelvas a marcharte a la ciudad.

Asiento y le prometo que así será antes de fundirnos en un nostálgico abrazo. Después, me quedo observando cómo se da la vuelta y se pierde sendero abajo.

Cuando vuelvo la mirada al frente y le veo ahí, sentado, esperándome, tengo la sensación de que he retrocedido diez años en el tiempo a través de un remolino que amenaza con engullirme y no devolverme al futuro jamás.

11

La pérdida

El jefe de policía no necesitó decir nada para decirlo todo. La falta de palabras fue suficiente para confirmar lo que los dos sospechábamos y tanto temíamos.

Miré a Brett. Temblaba de arriba abajo y me pareció que era más frágil que nunca. Yo me mantuve firme donde estaba, sin titubear, hasta que las rodillas me fallaron y me acuclillé para vaciar mi estómago sobre el frío suelo del asfalto. Fue entonces cuando vi las ruedas del coche de Joey, que habían patinado dejando tras de sí la estela de su muerte. Pensé en Monique y recé con todas mis fuerzas porque mi amiga estuviera bien mientras me la imaginaba unas horas atrás, nerviosa, pensando que aquella noche sería la más mágica y especial de su juventud. Una noche inolvidable. Una noche que, por desgracia, se grabaría para siempre en nuestras cabezas por motivos diferentes a los que debían de haber sido.

No sé cuánto tiempo pasé en el suelo, agachada, vomitando y conteniendo las arcadas que sacudían mi cuerpo. Cuando por fin me vacié por completo y fui capaz de incorporarme, me encontré a Brett llorando junto a su madre. El jefe Brown había cumplido su amenaza y había llamado a los Harris, aunque no sé muy bien si con el propósito de echarnos o de que algún adulto nos proporcionase ayuda psicológica. Fuera como fuese, la señora Harris ni siquiera se molestó en preguntarme si quería que me llevase a casa. Se limitó a arropar a su hijo y a empujarlo lentamente hasta subirlo al Mercedes Benz en el que el señor Harris esperaba pacientemente. Creo que esa fue la primera vez que comprendí que, a la hora de escoger a quién seguir, Brett siempre se decantaría por sus padres. Fue una lección dura, dadas las circunstancias, pero tampoco el culpé. Ambos estábamos en shock y acabábamos de perder a un importante amigo.

Yo me quedé en la carretera, mirando fijamente cómo la grúa sacaba el Ford Rojizo hecho un acordeón de la cuneta y cómo los forenses analizaban todos los hechos de la zona. Un cadáver. Solamente habían sacado una bolsa.

Poco a poco la noticia de que había ocurrido un accidente fue corriendo por Chelan y, unas horas después, las cabinas de la noria giraban vacías y el lugar del accidente se inundaba de espectadores curiosos y morbosos. Confirmé que Monique estaba viva cuando alguien, varios metros detrás de mí, gritó en voz alta que el muerto era Joey Parsons. Entonces escuché el grito desgarrador de mi mejor amiga y supe que estaba bien. Bueno, bien no. Estaba viva. Y eso era suficiente.

Me hice paso entre la muchedumbre. No tuvieron problemas en dejarme pasar porque todo el mundo quería estar en primera fila, justo detrás del cordón policial. Me encontré a Monique en mitad de un corcho, tirada en el suelo, llorando. Su llanto era tan desgarrador y desconsolado que el dolor por la pérdida de Joey aumentó aún más. Me acerqué a ella, la envolví en mis brazos y le

susurré al oído que todo estaría bien. Que yo estaría a su lado y que no la dejaría sola jamás. No sé si mis palabras consiguieron tranquilizarla o sí, simplemente, regresó a la realidad. Pero me miró muy fijamente, asintió con la cabeza y dejó de llorar.

12

¿Cómo saludas a una persona a la que llevas sin ver más de diez años?, me pregunto, acercándome lentamente a Brett después de comprobar que Monique no dará marcha atrás y nos interrumpirá. Este pequeño reencuentro quiero que sea nuestro y de nadie más. Aunque, en realidad, tampoco tengo demasiadas expectativas.

—Hola... —murmuro en voz baja, con la voz tirante, mientras le examino de hito a hito.

El cabrón de él está tan guapo como la última vez que le vi. Va vestido con un traje gris y una camisa blanca que le queda de miedo. El pelo alborotado, a pesar de estar peinado. Creo que es lo único que conserva de su rebelde adolescencia, donde todavía procuraba imponerse a la dinastía de sus padres. Me fijo en las arrugas que le marcan los ojos y la sonrisa y me pregunto si serán de felicidad o si, simplemente, las habrán dejado ahí el paso de los años. Él camina al frente, recortando distancias entre nosotros.

—¿Qué tal, Julie? —pregunta con la voz calmada y el tono controlado—. Me enteré el otro día de lo de tu madre. Lo siento mucho.

“¿Qué tal, Julie?” ¿Eso es lo primero que se le ocurre decirme?

—Sí, acabo de enterrarla —confirmo con la voz raspante, recuperando la compostura y la seguridad en mí misma—, esperaba ver a tus padres en la misa... A fin de cuentas, mi madre trabajó para ellos toda su vida.

Brett se frota las manos con nerviosismo y me dedica una sonrisa de medio lado.

—La verdad es que están de viaje, pero me han dado las condolencias para ti.

—Vaya... ¡Cuánto corazón! —respondo sin poder ocultar la ironía en mi tono de voz—. Pero supongo que no has venido solamente para eso.

No tenía expectativas y no pretendía ilusionarme, pero he de admitir que el reencuentro está resultando mucho peor de lo que podría haber imaginado. Brett desprende ese aire de egocentrismo y superioridad tan característico de los Harris. Derrocha tanta prepotencia como su padre, lo que inevitablemente me choca. Cuando dejé Chelan atrás ya le veía inmerso en un cambio, pero jamás imaginé que se transformaría en otro Harris sin corazón. ¡Por Dios! ¡Conocía a mi madre desde que era un niño!

—En realidad, tienes razón. He venido por otra razón... Puede que este no sea el mejor momento, Julie, pero tenemos que hablar —dice, señalando Sailor's Rest.

Me fijo, por primera vez, en la carpeta azul que tiene bajo el brazo. La había pasado por alto. Al final, la curiosidad me puede y le señalo la casita que tenemos a la izquierda.

—Pues charlemos —concluyo, encaminándome hacia el interior.

Mantengo la cabeza alta y evito desviar la mirada hacia él mientras noto su presencia, siguiéndome a través del jardín. Pongo a funcionar mi cerebro e intento averiguar qué diablos quiere Brett de mí, pero no se me ocurre nada. Parece evidente que no está aquí para hablar sobre

los viejos tiempos y recordar viejas anécdotas de la juventud, así que... ¿Qué diablos espera de mí después de diez años?

Abro la puerta con la mano temblorosa. Intento controlarme porque sé que él se tomará mi nerviosismo como un signo de debilidad, pero no puedo. Ver al chico que me robó el corazón años atrás pasa factura. O al menos, me pasa factura a mí. A Brett, en cambio, mi cercanía no parece turbarle lo más mínimo.

El olor a madera húmeda me da la bienvenida a Sailor's Rest y yo le indico a Brett que pase al salón.

—¿Un café? —pregunto.

Él sacude la cabeza en señal de negación.

—Será mejor que vaya directo al grano, Julie —dice cortante—. Siéntate. Seré rápido.

El corazón se me acelera mientras él, con total naturalidad, toma asiento en el sillón que muchos años atrás solía ocupar mi padre. Lo sé porque mi madre solía contármelo, no porque yo lo hubiera conocido. Yo me coloco frente a él, cruzo las piernas y coloco las manos sobre mi rodilla, expectante. Por mucho que intente averiguar qué es lo que pretende, no tengo ni la menor idea.

—Veamos... —dice, sacando de la carpeta varios papeles—, ayer estuve en el registro de propiedades y, según me han informado, los terrenos que delimitan la bodega con tu casa pertenecían a tu familia. En concreto, a tu madre. Ahora que ha fallecido... Han pasado a ser de tu propiedad.

Trago saliva mientras, internamente, voy atando cabos. Le miro sin poder creer lo que estoy viendo. Brett Harris, mi Brett, convertido en un tiburón de los negocios como lo es su padre. Capaz de desstripar a su primer gran amor por uno metros cuadrados de tierra, sin importarle que, tan solamente hace unas horas haya enterrado a mi madre. Me quedo paralizada, mirándole. Creo que él puede notar el espanto que desprendo.

—Sé que tienes mucho cariño a esta casa —continúa—, pero siendo realistas, Julie, ahora mismo se encuentra inhabitable —señala, repasando las paredes y el techo con la mirada—, y una reforma no merecería la pena. Tirarla y construirla de cero sería tu mejor opción, pero dado que ya no vives aquí...

—Lárgate de mi casa, Harris —escupo en voz baja, aunque aparentemente en calma.

Él frunce el ceño, seguramente preguntándose si me ha escuchado bien.

—Tú ya no vives en Chelan, Julie... Y mi familia y yo queremos ampliar las instalaciones de la bodega. Te aseguro que la oferta que tengo en esta carpeta te resultará muy tentativa.

Me levanto con parsimonia y, sin siquiera mirarle, señalo la salida. Es increíble. No ha podido ir a despedirse de mi madre, pero sí ha tenido tiempo para pasarse por los registros. ¿Quién diablos tengo delante y qué ha sido del Brett que yo conocí? ¿Acaso la sangre de los Harris hace efecto pasada la veintena?

—Julie, por favor... No seas impulsiva, estoy convencido de que querrás escuchar lo que tengo por decir.

—Lárgate ahora mismo, Harris. No voy a repetírtelo.

Mi voz suena tranquila e incluso yo me sorprendo al escucharla. En realidad, internamente, siento un fuego abrasador calcinándome las entrañas y tengo que contenerme para no saltar sobre su yugular.

Le miro y me sorprende ver una sonrisa tirante en su rostro, casi irónica. Algo me dice que no está tomándome muy en serio.

—Julie, por favor...

—¡Qué te follen, Brett! ¿Me has oído? ¡Qué te follen, joder! —exclamo con los puños cerrados, conteniendo la ira que me arrasa.

Su sonrisa desaparece de un plumazo y, tras titubear, se levanta y se encamina hacia la salida, dándome la espalda. Yo me quedo inmóvil, paralizada, hasta que escucho el sonido de la puerta principal cerrándose de golpe. Entonces, cuando me quedo sola, espero un tiempo prudencial y me acerco a la ventana para comprobar que se ha marchado. Después, estallo. Un grito desgarrador abandona mis entrañas y, dolida, me caigo de rodillas al suelo, llorando. Llorando a mares. La situación es tan surrealista que me cuesta creer que esta conversación haya ocurrido de verdad.

Sin pensármelo, cojo el jarrón que tengo en la mesita auxiliar y lo estampo con todas mis fuerzas contra la pared de enfrente. Los cristales saltan por los aires hechos mil añicos. Al igual que mi corazón.

13

El funeral

La mano de Brett se deslizó por el sofá hasta quedar sobre la mía. Ambos, en silencio, permanecíamos inmóviles en la pequeña salita de Sailor's Rest mientras mi madre terminaba de arreglarse para el funeral. Le miré de reojo, incómoda. Era la primera vez que alguien cercano a mí fallecía y no sabía muy bien cómo debía comportarme ni qué se esperaba de los invitados en un funeral.

Brett soltó mi mano para coger el tazón de leche y miel que mi madre había dejado frente a nosotros. Le dio un sorbo largo y volvió a depositarlo en la mesa.

—¿Cómo crees que estará Jonas? —me preguntó en un susurro.

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

¿Cómo iba a estar? Destrozado, supuse. Acababa de morir su hermano pequeño. El accidente había ocurrido la noche del día anterior, y desde aquel encuentro en el lugar del accidente con Monique, no había vuelto a verla. La había llamado varias veces, pero no había obtenido ninguna respuesta por su parte. Al final, decidí desistir y concederle un margen. Supuse que necesitaba estar consigo misma para comprender y asimilar que Joey no volvería a caminar junto a nosotros nunca más.

Observé el pantalón y la camisa de Brett. Se notaba que la ropa que él vestía era de calidad y que mi vestido, en cambio, tenía casi más años que Matusalén. Sus zapatos brillaban y los míos estaban desgastados. Pero eso a mí no me importaba, y a él tampoco.

—¿Qué les has dicho a tus padres? —me aventuré a preguntar.

Por lo general, no me interesaba escuchar las artimañas y excusas que Brett empleaba para escapar del yugo de los Harris, pero aquel día tenía un especial interés. Sabía perfectamente que la señora Harris odiaba a los Parsons y dudaba mucho que hubiera aceptado que su hijo asistiera al funeral de buenas a primeras. Para ella, los Parsons, al igual que yo, éramos la plebe. Una mentalidad anticuada y sin fundamento que resultaba irrisoria tratándose del siglo en el que vivíamos.

—No les he dicho nada... —murmuró en un suspiro—, simplemente me he marchado.

Nos miramos unos segundos.

Yo todavía esperaba una disculpa por su parte. Que el día del accidente me hubiera abandonado de esa forma era algo que todavía me costaba olvidar, aunque en realidad tampoco podía culparle. Sabía que sus padres podían ser, en efecto, muy persuasivos.

—¿Estáis listos, chicos?

Mi madre apareció en el umbral del salón, vestida con una túnica negra y un sombrero a conjunto. Nos levantamos de un salto, con las manos entrelazadas y la mirada nerviosa. Mi madre, que hacía tiempo que sabía que Brett y yo compartíamos algo más que una amistad, no se oponía

lo más mínimo. Al contrario de los Harris, ella nos apoyaba. En alguna ocasión me había dado una pequeña charla explicándome que las probabilidades de que lo nuestro terminase mal eran bastante altas, pero yo no me tomaba muy en serio sus advertencias y ella no insistía demasiado. Creo que ella sabía de sobra que, si algún corazón terminaba roto, sería el mío.

Se acercó a Brett y le recolocó el cabello rebelde correctamente antes de sonreírnos a ambos.

—Sé que queríais mucho a Joey y que le vais a echar mucho de menos, pero hoy los Parsons necesitan que seáis fuertes y que los apoyéis. Jonas, Monique... Os necesitarán a su lado, y ellos tienen más derecho que vosotros a llorar. No importa lo tristes que estéis, tendréis que poner el hombro y aguantar la compostura para que ellos no se derrumben. Lo entendéis, ¿verdad?

No sé si Brett comprendió a qué se refería mi madre o si, al igual que yo, estaba desconcertado. Ambos respondimos afirmativamente y después abandonamos Sailor's Rest para acudir al funeral.

Monique, Jonas y los señores Parsons estaban descompuestos. Ni siquiera escuché lo que el padre dijo durante la misa porque pasé la hora entera mirando cómo lloraban y se deshacían sin fuerzas. La madre de Joey intentó dar un discurso, pero los sollozos le impidieron hablar y el señor Parsons, que tampoco estaba mucho mejor, tuvo que llevársela al banco. Creí que estaba tan derruida que pensé que necesitaría asistencia sanitaria o que terminaría desmayándose en mitad del entierro. Pero no fue así. Todos sobrevivimos a la muerte de Joey. Todos menos el propio Joey. Mientras enterraban el ataúd, Brett se vino abajo y se echó a llorar por primera vez en todo el día. Su llanto fue tan contagioso que, al final, terminé uniéndome a él sin pretenderlo. Nuestro dolor arrastró a otros muchos presentes y el momento en el que comenzaron a tirar la tierra encima, fue el peor de todos. Mi madre nos apretó contra ella y, en voz muy bajita, nos aseguró que estos momentos tan duros nos unirían más que nunca y que llorar podía sanar el alma. Y aunque no lo sabíamos, tenía razón.

Dos días más tarde, Brett Harris se escapó de su casa.

14

Rescatar mi destartado escarabajo no ha sido sencillo. Mucho menos ponerlo en marcha. Pero después de una mañana intensa en el taller de Chelan, el viejo trasto vuelve a estar en marcha. Tengo las maletas listas, aunque eso no implica que yo esté preparada para marcharme de mi hogar. Si la jefa no se dedicase a llamarme cada dos horas exactas, me hubiera quedado un par de días más en Lake Chelan. No lo sabía, pero echaba mucho de menos el olor del agua dulce que desprende el lago, el ulular del búho que vive cerca de Sailor's Rest, la rutinaria y aburrida vida de la colina, la vida y el ajetreo diario del pueblo de Chelan... y a Monique. También echaba de menos a Monique. No importa el tiempo que pase fuera de Chelan, sé que tarde o temprano siempre terminaré volviendo.

¿Quizás sea esa la razón principal por la que no quiero ni escuchar hablar de la venta de Sailor's Rest? Supongo que sí. Esta cabaña que se cae a cachos la construyó mi abuelo con sus propias manos y, aunque me haya esmerado por dejarla atrás y poner kilómetros de distancia entre ella y yo, es mi hogar. Lo único que mi madre me ha dejado y lo poco que puedo conservar de ella.

Cojo la bolsa de viaje, la cargo en mi espalda y tras echar un último vistazo a la estancia me dirijo a la puerta. Al abrirla, me doy de bruces con Monique, que estaba en el otro lado a punto de llamar.

—Vaya, ¡qué oportuna! —se ríe, haciéndose a un lado para dejarme salir al exterior—. ¿Ya te marchas, Julie?

Suspiro hondo, dejando la bolsa en el suelo.

—Mi jefa me está presionando para que vuelva al trabajo, así que no puedo quedarme mucho más tiempo en Chelan.

Monique asiente de forma comprensiva y yo, que estoy a punto de cerrar la puerta, me detengo.

—¿Te apetece un último café? ¿Por los viejos tiempos?

Ella dibuja una sonrisa en el acto.

—Por supuesto que sí.

Mi vieja amiga me sigue hasta la cocina. Yo me apresuro a poner en marcha los fogones y lleno la cafetera. Mientras se hace el café, hablamos sobre Sailor's Rest. Monique quiere saber cómo mantendré la casa y si acudiré con más asiduidad para que no se deteriore y termine abandonada —como ocurre con muchas en la colina—, y aunque yo respondo que sí, que vendré muy a menudo, no puedo evitar preguntarme si no me estaré engañando a mí misma. ¿Tendré tiempo de venir? ¿Dejaré de lado mi vida en la ciudad para mantener esto a flote?

La cafetera comienza a silbar y yo me apresuro a retirarla del fuego para servir dos tazas bien cargadas con doble de azúcar. Siempre nos gustó el café muy dulce.

—¿Qué tal el otro día con Brett? —inquire, tomando asiento.

Yo me siento frente a ella y suspiro profundamente.

—Mal. Podrías haberme avisado de lo capullo que se ha vuelto... —resoplo, casi en un gruñido.

Monique dibuja otra de sus sonrisas, esta vez una nostálgica.

—Tiene mucha presión encima, Julie. Hace tiempo que se encarga él solo de llevar la bodega de Chelan... Sus padres abrieron otro par al sur del país y él decidió quedarse a cargo de esta —me cuenta—. El negocio ha crecido. Ahora tienen bicicletas de alquiler para recorrer los viñedos, organizan catas, han abierto un exclusivo restaurante en el sótano de la bodega y organizan bodas y comuniones.

—Brett siempre tuvo visión de futuro —suelto de malagana.

Por mucho que me esfuerce, ahora mismo sería incapaz de alegrarme por su dicha.

—¿Intento comprarte el terreno y Sailor's Rest?

—Sí, eso mismo —admito—. Y la verdad es que ni siquiera tuvo mucho tacto, ¿sabes? —le digo, procurando controlar mi mal humor y no pagar los platos rotos con ella—. Ni siquiera me preguntó cómo estaba ni se interesó por el funeral. Es increíble... ¡Increíble! Después de todo lo que mi madre hizo por él, Monique...

—Él quería mucho a tu madre, Julie —asegura antes de darle un sorbo al café—. Creo que la falta de tacto la tiene contigo y, aunque no te guste escucharlo, también creo que tú eres la razón por la que no ha ido al funeral.

Sacudo la cabeza en señal de negación, convencida de está equivocada. Lo mío con Brett quedó atrás hace más de diez años y, cuando me marché, casi resultó un alivio para él. En realidad, sé que así fue; solamente hay que ver lo bien que le ha ido todos estos años bajo el amparo de sus queridos padres.

—No es así. Ni siquiera... Ni siquiera le tembló la voz al hablar de ella.

Monique agacha la cabeza y remueve su taza con el ceño fruncido.

—Julie... No sé si hago bien en contarte esto, pero..., bueno, creo que deberías saberlo.

—¿El qué?

Monique suspira.

—Fue Brett quien pagó todos los tratamientos de tu madre y su estancia en el hospital. Él se encargó de todo mientras ella estuvo enferma...

¿Brett Harris pagó los tratamientos de mi madre? Me quedo en silencio, asimilando la información que acabo de recibir y procesándola. En realidad, ¿qué dice eso de él? ¿Qué tuvo piedad de la mujer que le daba de comer de niño y que ha limpiado su bodega durante más de treinta años?

—Eso no quiere decir absolutamente nada. Seguro que los Harris pretendían quedar de buenos samaritanos para lucirse frente a la calaña de su clase.

Monique, que no sabe qué decir, se mantiene en silencio unos instantes.

—Creo que no lo sabes, pero Jonas y yo estamos juntos desde hace unos años —suelta, sin venir a cuento.

—¿Jonas y tú...?

Ella asiente de nuevo.

—No ha sido fácil —me explica—. Creo que la gran mayoría de los vecinos no comprende cómo podemos estar juntos después de lo de... Joey —me dice—, pero la verdad es que somos felices. Cuando te marchaste yo me apoyé mucho en él y... Bueno, simplemente surgió.

—Me alegro por vosotros, Monique. Jonas es un chico estupendo —aseguro con sinceridad—, y después de lo que habéis sufrido, os merecéis ser felices.

—Gracias, Julie. ¿Sabes que Jonas y Brett todavía salen de vez en cuando a tomar unas cañas? No muy a menudo, pero todavía siguen manteniendo el contacto.

—¿De verdad? —inquiero, extrañada.

—Sí. Hablan de Joey, se cuentan anécdotas de la infancia o comentan los partidos de fútbol de la temporada. Nada interesante... Te lo cuento porque Jonas siempre me dice que Brett sigue siendo un buen tío.

Suelto una risa irónica.

—Lo siento, pero creo que no estoy muy de acuerdo con él. Ayer, cuando le vi... Me pareció la viva imagen de su padre. Directo al grano, sin rodeos. Sin sentimientos. Solamente vi un chico prepotente capaz de pasar por encima a cualquiera...

Estoy dispuesta a continuar despotricando contra él sin piedad, cuando mi teléfono móvil comienza a sonar de forma insistente, distrayéndome. Lo saco del bolso y compruebo, una vez más, que se trata de mi jefa. ¿Cómo se las consigue apañar para ser tan terriblemente pesada? Corto la llamada, silencio el teléfono y lo vuelvo a guardar donde estaba. Hacía demasiado tiempo que Monique y yo no compartíamos una charla, así que ya me preocuparé por enfrentarme al león de la selva en otro momento.

—¿Te reclama el deber?

—Algo así —me río, encogiéndome de hombros—. Ya sabes... Hay que ganarse la vida para poder pagar las facturas.

Monique asiente, levantándose de la silla y acercándose al fregadero para lavar su taza. Le pido que lo deje, pero sé que no me hará caso. La conozco muy bien.

—¿Sabes, Julie? Sailor's Rest es un sitio maravilloso para retomar la vida en Chelan y, por si no lo sabías, en la inmobiliaria de West buscan un agente comercial. Solamente te cuento todo esto porque yo estaría encantada teniendo de vuelta a mi mejor amiga —dice, guiñándome un ojo— y porque, además, creo que solamente tienes dos opciones posibles.

—¿Cuáles son?

Monique se acerca para recoger mi taza y poder lavarla.

—Seguir con tu antigua vida en la capital y vender todo lo que te ata a Chelan, o regresar al pueblo y solucionar los asuntos que tienes aquí pendientes.

Yo me río tontamente.

—Creo que sería incapaz de volver a vivir entre estas mismas paredes, Monique. Echaría de menos la vida real de la capital.

—Entonces... Si yo fuera tú, escucharía la propuesta que Harris tiene para ti. Puede que deshacerte de estas viejas propiedades te libere de una carga —me aconseja, secándose las manos con un paño.

—Sí, me lo pensaré...

Cuando salimos al exterior, ha comenzado a chispear de nuevo. Monique me pide que regrese con cuidado mientras yo cargo el equipaje en el coche. Después, intercambiamos nuestros números móviles. Le doy mi palabra de que, en caso de quedarme tirada con el coche, la llamaré a ella para que efectúe el rescate y nos fundimos en un rápido abrazo.

—Cuídate, Julie —me dice, despidiéndose de mí.

15

Al entrar en mi apartamento me invade una sensación de claustrofobia que no consigo quitarme de encima aún abriendo todas las ventanas. Sailor's Rest no es, lo que se dice, una enorme mansión, pero si te asomas a cualquiera de sus ventanas puedes ver el lago Chelan en todo su esplendor. Kilómetros y más kilómetros de agua, hierba, paz y montaña. Aquí es diferente. Desde el sofá, puedo escuchar el tráfico y observar la fachada de enfrente.

He llegado a casa mucho más tarde de lo que me había propuesto en un principio, así que al final he decidido que cogerme un día libre de más me vendría bien. A fin de cuentas, escaquearme de un buen sermón de la jefa ya era rematadamente imposible. Supongo que se piensa que las personas que trabajamos en la inmobiliaria debemos estar a su entera disposición y que, además, no tenemos sentimientos ni familiares. ¿La muerte de una madre? Eso no tiene la menor importancia si están esperando tres clientes para comprar uno de nuestros pisos, claro.

Decidida ahogar mis penas, enciendo la televisión dispuesta a distraerme las próximas horas. Pero no lo hago. Mi cabeza no deja de dar vueltas a la última conversación que tuve con Monique antes de dejar Chelan. Pienso en Brett y en lo cabrón que puede ser si se lo propone. Creo que, lo que más me ha afectado de todo, es que en el fondo yo sí deseaba volver a verle. No me había parado a pensar cómo sería el reencuentro, pero me imaginaba que habría alguna que otra sonrisa nerviosa, un “¿qué tal te va todo?” acompañado de “te veo muy bien” y quizás algo parecido a “¿estás saliendo con alguien?” Esa pregunta, seguramente, la haría yo. Después me sonrojaría y añadiría un “es por curiosidad, nada más”, mientras su risa nerviosa me delataría la respuesta negativa. Pero claro, eso era mucho pedir. Eso y que demostrase un poco de sentimientos hacia mi madre. Después de varias horas, consigo quitarme a Brett de la cabeza, pero no a Sailor's Rest. Sé que Monique ha sido muy sincera conmigo preocupándose por cómo mantendré la propiedad a flote. Sailor's Rest, como ya he dicho, no es más que una pequeña casita en la colina, pero sé que precisa de ciertos ingresos para que no termine en la ruina y se convierta en el picadero local de los adolescentes de Chelan. Pero venderla no es una opción. No sé cómo me las apañaré para sacarla adelante, pero no puedo deshacerme del único recuerdo que me queda de mi madre. No sin antes intentarlo todo.

Al día siguiente, con la cabeza un poco más despejada, me despierto pronto y con ganas de regresar a la rutina. Los recuerdos continúan palpitando dolorosamente en mi cabeza y tengo la sensación de que regresar al ajetreado día a día de la ciudad contribuirá a mantenerme ocupada. A no pensar más de la cuenta.

Después de un café doble cargado de azúcar y un buen zumo de naranja, me pongo en marcha y salgo a la calle. El frío de los primeros días otoñales acaricia la piel de mi rostro y me arrepiento, al momento, de no haberme puesto una bufanda o un fular. Aunque parezca que no, las mañanas cada vez son más frescas en la capital.

Cojo mi autobús habitual, que va hasta arriba de gente, y me bajo en la parada que me corresponde. La última vez que hice este trayecto me dijeron, segundos después, que mi madre acababa de fallecer. Pero no debo pensar en eso, no. Tengo que centrarme en el trabajo y en cómo afrontar el sermón que me espera de la jefa. Llego pronto a la inmobiliaria, pero para entonces ella ya está allí. Entro en silencio, me acerco a mi mesa y como no me dice nada, suelto un “buenos días” que prácticamente es un murmullo inaudible. Mi jefa levanta la cabeza del ordenador, me fulmina con su mirada de rayos láser y después les ordena a mis restos mortales que se sienten en la silla que hay frente a su escritorio. Yo lo hago temblando de miedo, aunque sé muy bien qué es lo que debo hacer: callar, asentir y, de ninguna manera, rechistar. Intentar explicarle que mi madre ha muerto y que tenía asuntos pendientes —sin entrar en el detalle de que debía llorarla en paz— no me solucionará nada. Y nunca, jamás de los jamases, debo decir que según el convenio laboral me corresponden estos días. Ni, por asomo, añadir que todavía me debe parte de las vacaciones del año pasado y todas las de este año. Eso nunca.

Me hundo en el asiento mientras ella comienza la reprimenda.

—Puedo comprender que te surjan situaciones de emergencia, pero jamás consentiré que mis empleados abandonen su puesto de la noche a la mañana sin antes consultarlo conmigo. ¿Lo entiendes, Julie? Este comportamiento me ha parecido muy impropio por tu parte, sobre todo el hecho de haber dejado a tu compañera con toda tu agenda sin cancelar. ¿Qué esperabas que hiciéramos? ¿Cómo pretendías que nos las apañásemos?

“No era una situación de emergencia, jefa. Es que mi madre ha muerto. Muerto. No volveré a verla, ¿lo entiendes?”. Os juro que me siento tentada de responderle, dar un golpe en la mesa y levantarme del asiento para salir corriendo en plan reina del drama. Pero no lo hago. Utilizo todo el autocontrol del que dispongo y me mantengo donde estoy con los puños apretados y la mandíbula tensa. Quince minutos después, abro la boca por primera vez para asegurarle que no volverá a suceder. “Puedes estar tranquila, solamente tenía una madre”, pienso, fulminándola internamente.

Cuando vuelvo a mi escritorio, Piper ya ha llegado y se ha puesto a trabajar. Ha entrado a la inmobiliaria tan silenciosamente que ni siquiera me había percatado de su presencia. Le saludo desde mi mesa mientras se enciende mi ordenador y ella me devuelve una sonrisa tirante. Supongo que su actitud tiene que ver con la campaña “anti-Julie” que la jefa y ella han planeado contra mí.

—Esto debe de ser un error... Esta no es mi agenda —musito, boquiabierta, observando la pantalla.

—Piper se molestó en modificarlo todo y en hacerse cargo de tus citas —me explica escuetamente la jefa.

Yo trago saliva, incapaz de creer lo que ha hecho.

Al parecer, mi querida compañera ha aprovechado mi ausencia para robarme a los clientes potenciales y pasarme a todos aquellos que solamente la hacen perder el tiempo. Casi todas las citas que tengo para esta semana son “alquileres”, porque Piper se ha apoderado de todas las “ventas” que teníamos abiertas. “¿No querías estar entretenida y no pensar?”, me digo a mí misma con retintín. A las once de la mañana me reúno con el primer cliente de la inmobiliaria. Es un viejo verde y aburrido que no deja de mirarle el culo y que quiere encontrar un bajo al que mudarse para no tener que subir y bajar escaleras. Por suerte, tengo varios disponibles para enseñarle. Así que conservo la esperanza de terminar pronto con él y poder tomarme un segundo café antes del mediodía. Pero me equivocaba. Tres horas después, llega la hora de comer, estoy cansada de dar vueltas y de que me miren el culo descaradamente y aún no he podido pasar al

segundo cliente del día. Además, como no consigo deshacerme de este pesado, he tenido que anular otras dos citas que, seguramente, eran mucho más prometedoras.

A las tres de la tarde, me quedo sin pisos ni bajos para enseñarle y me despido de él para regresar a la inmobiliaria. Un día totalmente perdido, sí. Aunque la comisión que recibimos por los contratos de alquiler es irrisoria, conservaba la esperanza de sellar varios acuerdos para ganar ese pequeño plus.

—¿Julie? —inquire la jefa en cuanto cruzo la puerta del umbral.

Cruzo los dedos porque no sea otra reprimenda.

—¿Sí?

—Han llamado por teléfono. Era para ti —me explica—. Al parecer, uno de tus clientes se ha decidido a comprar una de las propiedades que le enseñaste.

Abro los ojos como platos y, sin poder creérmelo, suelto una pequeña risita nerviosa ante la atenta y poco feliz mirada de Piper. No sé en qué momento se ha formado esta rivalidad entre nosotras, pero si pretende jugar, jugaremos.

—¿Ha dejado algún nombre para poder devolverle la llamada? —pregunto, apresurándome a sacar la agenda y mi lista de clientes.

—No. En realidad, solamente ha dejado su número. He intentado pasarle la llamada a Piper, pero él se ha negado. Ha dicho que quería negociar la propiedad contigo —me explica antes de entregarme un post-it con un número de teléfono.

—Vale. Gracias. Ahora mismo le devuelvo la llamada.

Tomo asiento en mi escritorio y, nerviosa, levanto el auricular del fijo. Rezo porque la jefa no descuelgue su telefonillo para espiar la llamada. Odio que lo haga y, además, me pone muy nerviosa. Suspiro hondo, preparándome mentalmente para confirmar una venta que me vendrá como agua de mayo y tecleo el número de teléfono que hay en el papel. Un tono. Dos tonos. Tres tonos...

—¿Dígame?

—Buenas tardes. Soy la agente Julie Ward, le llamo de la inmobiliaria —respondo, evitando que mi tono de voz delate algún tipo de entusiasmo poco profesional—. Mis compañeras me comentaban que ha intentado contactar conmigo, ¿verdad?

—Así es, Julie... —me responde una voz masculina, áspera y serena. Por mucho que lo intente, no consigo ubicarla entre mis últimos clientes—. Es por una propiedad que tenía a la venta. Me interesa muchísimo y estoy dispuesto a hacer una buena oferta por ella.

—Sí, claro, claro... ¡Perfecto! —exclamo, justo en el instante en el que me doy cuenta de que la jefa está espiando mi llamada—. ¿De qué propiedad está hablando? Primero, si le parece, vamos a ubicarla en los registros para asegurarnos de que no se haya vendido ya...

—Me parece bien, aunque sé de buena mano que aún no se ha vendido.

Me froto las manos mentalmente, saboreando mi postre antes de tiempo. Y al parecer, no soy la única. La jefa parece a punto de saltar en aplausos. Supongo que estará rezando porque se trate de un premio gordo.

—Dígame entonces, ¿de qué propiedad estamos hablando?

Se hace una pequeña pausa que a mí se me antoja eterna.

—Sailor's Rest —dice mi interlocutor con muchísima lentitud.

Y en ese instante, el mundo se me viene abajo.

Brett Harris está al otro lado del teléfono y me ha preparado una encerrona que, para rematar, mi jefa está escuchando. Creo que me estoy quedando sin respiración. No, no lo creo; lo puedo

confirmar. No puedo respirar... Empiezo a hiperventilar, nerviosa. ¿Cómo diablos ha averiguado Brett Harris dónde trabajo? ¡Es imposible! ¡Ni siquiera Monique lo sabe!

—¿Señorita Ward? ¿Está usted ahí?

Trago saliva.

Pienso. Pienso con tanta rapidez que mi cerebro echa chispas. No sé cómo, pero tengo que apañármelas para salir de este embrollo.

—Sí, estoy aquí —respondo, finalmente, bajo la mirada asesina de mi jefa—. Lo siento mucho, Harris, pero Sailor's Rest dejó de estar a la venta. No está disponible. ¿No hay ninguna otra propiedad que le pueda interesar? —inquiero, aún sabiendo muy bien cuál será su respuesta—. Tengo otras propuestas tentadoras que ofrecerle.

Tengo que jugar muy bien mis cartas porque, si no, estaré despedida antes de que termine mi jornada laboral.

El teléfono de Piper empieza a sonar, distrayéndome. Mi compañera deja de poner la antena a lo que digo y, a regañadientes, descuelga su llamada y se aleja un poco para atenderla.

—Sabe perfectamente que la única propiedad que me interesa en estos instantes es Sailor's Rest, señorita Ward. Estaría dispuesto a ofrecer una suma tentadora por ella. ¿No podría hablar con el propietario?

Me lo está poniendo muy difícil.

—Lo siento, Harris —le corto, casi de mal humor—, pero ya le he dicho que no está a la venta. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Mi jefa, que se queda boquiabierta ante mi respuesta, salta de la mesa y me señala con el dedo de forma amenazante. Aunque, si he de ser sincera, ya me da igual. A estas alturas creo que Brett ya se ha cargado cualquier posibilidad de ascenso que pudiera tener.

—Considérelo con calma, señorita Ward. Volveré a llamarla.

Y dicho esto, Brett cuelga.

Mi corazón late a la velocidad de la luz. No tengo ni idea de cuánto es eso, pero estoy segura de que va casi igual de deprisa.

—¿¡Qué diablos acabas de hacer, Julie!?! —grita mi jefa, antes de saltar sobre mí como un tigre agazapado que ha estado esperando tener a tiro a su presa.

—Yo...

Y justo en ese instante, Piper cuelga el teléfono con un inmenso grito de alegría que nos deja muy claro que ella sí que acaba de conseguir una venta en condiciones.

16

Estoy despedida. Estoy despedida. Estoy despedida.

Tengo la cabeza tan saturada de emociones que últimamente se bloquea con una cosa y no avanza más. Mi madre ya no está. Mi madre ya no está. Mi madre ya no está. Así una y otra vez, hasta que pasa a mi siguiente desdicha. Estoy despedida. Brett es un cabrón.

Siempre he escuchado decir que las desgracias nunca vienen solas, y aunque me parecía la típica palabrería de abuela, ¿qué queréis que os diga? Con este panorama por vida, empiezo a pensar que esa frase tiene más razón que un santo. Lo único que me queda es aferrarme con fuerza a aquello que se suele decir de que “no hay mal que cien años dure...”. Creo que la frase seguía, pero no la recuerdo. Y mejor, porque las segundas partes nunca fueron buenas.

Tengo abiertas todas las ventanas de mi apartamento porque el ambiente está tan cargado que casi no se puede ni respirar. Es terrible.

Me arrastro del sofá a la ventana y tomo una bocana de aire fresco. La noche es fría y parece estar en calma, cosa que yo agradezco. Necesito paz y pensar con tranquilidad.

—Piensa, Julie, piensa... —me digo en voz alta.

La situación es la siguiente: acabo de perder mi empleo, no tengo ni un mísero dólar ahorrado y no sé cómo pagaré el alquiler el mes que viene. Bueno, el alquiler y las facturas que deriven de Sailor's Rest, claro. Eso sin contar con que, en cualquier momento, tendré en mi buzón un recibo con el impuesto de bienes e inmuebles de Chelan. Menos mal que el señor Wilkens me ha advertido de ello, porque si no el disgusto habría sido peor.

Tengo que encontrar un trabajo cuanto antes si quiero salir de esta. Quizás, con un poco de suerte, puedan hacerme un hueco los fines de semana en la hamburguesería que hace esquina en mi calle. Sé que suelen tener un cartel con “se necesita camarera” y que únicamente aceptan a mujeres. El dueño debe de ser un machista sin escrúpulos que se dedica a pasear a sus empleadas con un uniforme de minifalda, pero el lado bueno es que ninguna suele aguantar más de una semana y que siempre hay un puesto disponible si se trata de carne fresca. Horrible, sí. ¿Pero tengo más opciones?

—Chelan...

Sí, esa sería la segunda opción. Volver a casa.

Pero volver a Lake Chelan implica muchas cosas. Por ejemplo, admitir que todos estos años buscándome la vida en la ciudad no han servido de nada y que soy una fracasada que no se sabe sacar las castañas del fuego. Significa volver a ser vecina de Brett Harris y tener que volver a verle con mayor asiduidad. Y aunque eso hasta hace poco no me resultaba un inconveniente, las cosas han cambiado. Si me lo vuelvo a cruzar, no podré contenerme y le arrearé un buen puñetazo. Que además tendrá muy merecido, sí. Volver a Sailor's Rest también significa que tendré que buscar un empleo en el pueblo, y a decir verdad el abanico de opciones no es muy grande. Pero, por otro lado, ganaría tiempo. No pagar un alquiler es un buen comienzo, dada mi situación.

Mi teléfono móvil empieza a sonar en algún lugar de mi diminuto piso y, con la esperanza de

que pueda tratarse de mi jefa después de haber recapacitado sobre su decisión, echo a correr en su busca. Lo encuentro en el sofá, enterrado debajo de todos los cojines. Y no, no es mi jefa. O mi ex-jefa, mejor dicho. Se trata de Monique.

—Hola, Monique —saludo, llevándomelo a la oreja.

—¿Qué tal, Julie? Solamente llamaba para comprobar que estabas bien. Supongo que después de tantos años te sentirás más arropada allí que en Chelan, pero me ha dado mucha lástima que no hayas podido quedarte unos días más...

Suspiro hondo, guardando silencio.

Diez años. Diez malditos años en la capital y ni una sola persona a mi alrededor que pueda considerar un amigo. Nadie.

—¿Estás ahí, Juls? Creo que se ha cortado...

—No, no. Estoy aquí —respondo con rapidez—. No se ha cortado, tranquila.

Puedo intuir la sonrisa de mi amiga desde el otro lado de la línea. Y oler la humedad de Sailor's Rest y escuchar las gotas de lluvia perturbando las calmadas aguas de Lake Chelan. Hoy más que nunca puedo sentir mi hogar.

—Bueno, solamente llamaba para eso... No quiero entretenerte.

—No, no me entretienes. En realidad, estaba a punto de llamarte yo —le digo, sorprendiéndola—. Quería que supieras que regreso a Chelan.

—¿Regresas? Pero, ¿para quedarte? ¿Cuándo?

El entusiasmo de Monique me provoca la primera carcajada del día y, de pronto, me siento bien. Me siento... liberada.

—Ya. Regreso ya.

Lo de mudarme a Sailor's Rest sonaba muy bien. Al menos en un primer momento. Pero mientras conduzco mi escarabajo cargado de bártulos en dirección a Chelan, no puedo evitar replantearme esta loca y descabellada decisión. "Veamos, Julie, ¿por qué decidiste marcharte de Chelan?", me pregunto a mí misma a la altura de Wisconsin. Pues, en primer lugar, porque las oportunidades y salidas laborales que Chelan ofrece son muy escasas. O, mejor dicho, nulas. En segundo lugar, porque vivir en lo alto de una colina sin tiendas, bares, comercios ni vida podía resultar abrumadora y deprimente por partes iguales. Estoy convencida de que tanta soledad terminaría derivándome en problemas psicológicos de gravedad. Y, en tercer lugar, porque en Chelan el mundo funciona de forma diferente. La cobertura móvil en Sailor's Rest es prácticamente nula, conseguir internet de forma fluida es misión imposible, la televisión sigue funcionando por antena, el repartidor pasa cada mañana a domicilio para entregar las botellas de leche —que provienen de vacas recién ordeñadas— y pan, y el supermercado más cercano está a varios kilómetros de distancia. Además, mejor no hablar de la cultura. Ir al cine o al teatro es algo que, por estos lares, uno ni siquiera considera posible. Vivir en la colina de Chelan es como estar atrapado en el pasado.

Y supongo que, por esas mismas razones, conduzco preguntándome cómo diablos he terminado tomando esta loca decisión.

Cuando llego a casa, está chispeando. Y hace un frío de mil demonios. En la colina el frío llega antes y dura más tiempo, así que los inviernos son largos y muy duros. Otra preciosa razón por la que esta mudanza me sigue resultando una idea... ¿descabellada? Pero supongo que ya es tarde para arrepentimientos. Estoy donde estoy y tengo que comenzar a enfocar mi vida desde este punto. Supongo que nunca será tarde para aceptar la oferta de Brett Harris y marcharme de Chelan sin mirar atrás, así que no tengo nada que perder.

Descargo el equipaje, que esta vez es mucho más voluminoso que la última vez, y deshago las maletas. Sailor's Rest necesita una buena limpieza y una renovación urgente de mobiliario, pero creo que aún no estoy preparada que reorganizar la casa. Ahora mismo, miro cada esquina y veo a mi madre entre estas paredes, colocando cada objeto a su antojo.

Decido que pasaré el resto del día en casa, pero cuando llega la hora de comer y mi estómago ruge, hambriento, comprendo que no me quedará más remedio que bajar al pueblo y sociabilizarme. La nevera está vacía y los pocos alimentos que quedan dentro se han puesto malos. Tendré que hacer una compra, aunque sea mínima, para poder subsistir lo que resta de semana.

Así que, tras una breve pausa para recuperar fuerzas y energías, me subo en mi viejo escarabajo y me encamino colina abajo hasta llegar al pueblo de Chelan. El verano ha llegado a su fin y eso se puede apreciar en las calles y en los comercios que han cerrado hasta la próxima temporada. Como aún falta media hora para que el supermercado local abra sus puertas, decido

dar un paseo y rememorar viejos tiempos por las calles de mi pueblo natal. Pero no he recorrido ni unos metros cuando, por casualidad, me paro frente a la inmobiliaria que hay en Chelan. Observo muy fijamente los anuncios de ventas y me sorprende que la mayoría de las viviendas sean enormes casas de veraneo. Hay pocos pisos locales y pocas casitas pesqueras, a decir verdad. “¿Cuánto dinero estaría dispuesto a pagar Brett Harris por Sailor’s Rest?”. Ni siquiera he llegado a escuchar la oferta que tenía para hacerme. Supongo que, si le vendiera mi propiedad, ampliaría las instalaciones de la bodega, los viñedos, el restaurante y tiraría abajo Sailor’s Rest como si no fueran más que cuatro tablas mal colocadas. Y sé que mamá, esté donde esté, no me lo perdonaría jamás.

No sé muy bien qué estoy haciendo, pero guiada por una corazonada abro la puerta y entro al interior de la inmobiliaria. Un señor de edad considerada levanta su mirada para observarme bien mientras se recoloca las gafas.

—¿Puedo ayudarte?

Así, de primeras, no le reconozco. Si es de Chelan, no lo sé. No consigo ubicarle en mis recuerdos de la infancia. No tiene mal aspecto. El poco pelo que le queda, canoso, lo tiene peinado hacia un lado. Viste una camisa de cuadros y unos vaqueros. En los pies, por debajo del escritorio, puedo ver que asoman unos zapatos de piel bien cuidados.

—La verdad es que... sí —respondo con poca seguridad, dando un paso al frente—. Me llamo Julie Ward y acabo de regresar a Chelan. Digo regresar porque, de niña, ya viví aquí... El caso es que acabo de mudarme desde la capital y estoy buscando trabajo. Hasta ayer trabajaba en una inmobiliaria allí, así que podría pedir referencias si desea... —le digo, rezando internamente porque no lo haga—. La verdad es que soy experta en ventas y...

—Perdona, Julie Ward, pero ahora mismo no busco personal —me corta, sin borrar su sonrisa afable—. Aunque, si tienes un currículum, le echaré un vistazo.

Me encojo de hombros.

—No he traído ningún currículum... Pero necesito un trabajo y vender casas es lo único que sé hacer —aseguro con una sonrisa—. Puedo vender cualquier cosa. Lo que sea. No hay cliente que se me resista ni propiedad a la que no consiga sacar partido.

El hombre deja el bolígrafo que tiene en la mano y me escruta muy detenidamente. Yo, que de pronto me he puesto muy nerviosa, tengo la sensación de que va a echarme a patadas de la inmobiliaria. En Chelan la gente tiene poca paciencia y es muy ruda, así que uno puede esperarse cualquier reacción posible.

—Así que puedes vender cualquier cosa, ¿eh? —inquire, levantando una ceja como un dibujo animado.

Yo aseguro que sí con un firme movimiento de cabeza, esforzándome por parecer segura de mí misma.

—Bueno, entonces... Tengo una propuesta.

¡Por fin! ¡Por fin la suerte me sonrío!

El dueño de la inmobiliaria se levanta de su escritorio y camina hasta mí con una sonrisa pícaro en los labios.

—Verás, tengo una propiedad parada desde hace tiempo. Es una pequeña casa al este de Chelan cuyos propietarios fallecieron hace tiempo. Los hijos desean deshacerse de ella, pero el problema es que ni la vendo, ni la alquilo.

¿Un reto? Me gustan los retos.

—¿Entonces me contrata? —pregunto, frotándome las manos.

—No exactamente. Te daré una quincena para vender o alquilar la casa, si lo consigues, te contrato.

Suena bien... ¿Dónde está la trampa, entonces?

—¿Y si no lo consigo? ¿Me pagarás por mis servicios esa quincena de trabajo?

Mi nuevo jefe sonríe maliciosamente y sacude la cabeza.

—No, no te pagaré. Pero eso no debería preocuparte mucho, ¿no? Has dicho que eras capaz de vender cualquier cosa.

Y así de tontamente, he conseguido otro puesto de trabajo provisional en menos de veinticuatro horas. Y sin siquiera esperar.

—Trato hecho, jefe —respondo, estirando el brazo para estrechar su mano y sellar el acuerdo con formalidad.

18

Kilómetros

Llevaba varios días taciturna y mi madre podía notarlo. Lo sé porque se esforzaba en hablar conmigo y en preocuparse por mi día a día. Yo no le decía qué era lo que me ocurría porque pronunciar mis temores en voz alta no iba a hacer que desaparecieran. Y tampoco me iba a hacer sentir mejor. Recuerdo que aquel día, para cenar, mi madre me había preparado un riquísimo pastel de moras. Pero ni siquiera lo toqué. Las semanas corrían, una detrás de otra, y el verano estaba punto de llegar a su final. Y eso me aterraba tanto que, por las noches, el simple hecho de pensar en ello me dejaba sin respiración.

Salí de casa pronto para no tener que soportar la cara de preocupación de mi madre y me dirigí al sendero, al lugar habitual donde solía esperar a Brett. Me apoyé sobre la roca y pataleé las piedras que tenía a mi alcance para estar entretenida mientras me decía a mí misma que había llegado la hora de tratar mis preocupaciones con Brett. La resolución de las mismas no dejaba opción a demasiados caminos, pero debíamos ser sinceros con nosotros mismo y afrontar el futuro que teníamos por delante.

Brett tardó en llegar.

Supuse que su tardanza se debía a otra discusión con la señora Harris, pero no pregunté. Aquella noche acudiríamos a ver una película de terror al cine al aire libre que el ayuntamiento de Chelan ponía cerca del puerto, y a su madre no solía hacerle mucha gracia. En realidad, lo que a la señora Harris no le gustaba es que fuera conmigo. Sabía perfectamente que llevábamos años saliendo juntos, y lo que un principio les había parecido un capricho sin importancia, empezaba a ganar trascendencia. Yo estaba convencida de que los padres de Brett se pasaban el día urdiendo un plan para separarnos y que, el asunto de su universidad, no había sido una simple casualidad. Me resultaba extraño y difícil de creer que con sus buenas calificación Brett solamente hubiera conseguido sacar plaza en una universidad que estaba al otro lado del condado. Y ese, por cierto, era el asunto que me tenía de cabeza y al revés desde hacía varios días. El verano terminaba y, en muy poco tiempo, Brett y yo tendríamos que separarnos por primera vez en nuestra vida.

—Siento llegar tarde, preciosa —susurró en mi oreja, atrayéndome hacia su cuerpo y besándome en el cuello.

Me encantaban esos besos juguetones de Brett. Hacían que el vello de mi cuerpo se erizase al momento y que mi mente pusiera en marcha mi más íntima imaginación.

Rodeé su cintura con mis brazos y me hundí en su pecho, permitiéndome unos instantes para saborear el aroma de su perfume y relajarme. La ansiedad aquella última semana había perturbado mi humor y sabía que, aquel día, estaba especialmente irritada con la vida. Pero no quería pagarlo con él. En el fondo, sabía que no tenía la culpa.

—Vamos a llegar tarde a la película —señalé, mirando el reloj de la muñeca.

Brett soltó una risita traviesa.

—¿Y acaso importa? Podríamos buscar un plan alternativo... —ronroneó, recorriendo mi espalda con sus dedos hasta detenerlos en la cinturilla de mi pantalón.

Me aparté de golpe y sacudí la cabeza en señal de negación.

—Me apetece ver la película —presioné—. Además, ya le he dicho a Monique que iríamos.

Él notó mi mal humor, pero no protestó.

Brett, como no, siempre estaba dispuesto a ceder ante todos mis caprichos y a hacerme feliz a cualquier precio. Muchas veces se quedaba conmigo hasta altas horas de la madrugada si yo se lo pedía, aunque hacerlo después le acarrearía varios días de morros y de reprimendas de la señora Harris. Yo era lo primero, y me gustaba que me lo demostrase. En el fondo, sabía con certeza absoluta que, si yo le pedía que no fuera a esa universidad, accedería. Pero aquella petición era demasiado egoísta, incluso para mí.

Eché a caminar sendero abajo, sin hablarle ni mirarle, y él corrió tras de mí hasta alcanzarme. Entrelazó sus manos con las mías y mantuvo mi ritmo hasta que prácticamente habíamos alcanzado la campa en la que se proyectaría la película. Entonces tiró de mi brazo, obligándome a detenerme, y me giró hacia él para besarme en la boca. Fue un beso largo e intenso, uno de esos que no se olvidan con facilidad. Recuerdo que, mientras nuestras lenguas danzaban, yo sentía ganas de aferrarme a él con mucha fuerza y echarme a llorar. No quería dejarle. No quería perderle. No quería que se marchase. Cuando me soltó, cogí una bocana de aire para recuperar el aliento mientras me venía abajo. Una lágrima rebelde, que no conseguí controlar, se deslizó por mi mejilla con tanta lentitud que Brett fue capaz de atraparla con un beso y hacerla desaparecer.

—¿Qué ocurre, Julie? ¿Por qué no me lo cuentas?

En realidad, me daba miedo su respuesta.

Sabía que una de las posibles soluciones era romper nuestra relación y, si todo seguía bien, quizás retomarla al próximo verano. Pero no sería fácil. Tendría que dedicarle a la universidad, al menos, los siguientes cuatro años de su vida. Prácticamente no nos veríamos nunca y, tarde o temprano, Brett terminaría enamorándose de otra chica mucho más lista y guapa que yo. Era inevitable. Y yo debía de ser realista y consciente de la realidad. A fin de cuentas, veníamos de mundos diferentes y teníamos oportunidades diferentes. Mejor dicho, él tenía oportunidades y yo no.

—Vas a empezar las clases en nada... —murmuré prácticamente en un susurro—. ¿Qué vamos a hacer?

Jonas y sus amigos, que pasaban muy cerca de nosotros, comenzaron a silbar para tomarnos el pelo. Tanto Brett como yo decidimos ignorarles. De fondo, además, ya habían comenzado los créditos de la película y la mayoría de Chelan se había sentado en su correspondiente lugar.

Brett torció el gesto en una mueca de disgusto y me sujetó la mano con fuerza.

—No lo sé, Juls. A mí también me preocupa.

Su respuesta, en lugar de tranquilizarme, me inquietó aún más. Que él no tuviera una respuesta clara resultaba todavía más angustiante.

Me separé de Brett y me encaminé en dirección a la campa con la sensación de que haber sacado el tema a flote no había servido absolutamente de nada. Él no sabía qué sería de nosotros y yo tampoco. Y ahondar en el asunto podía conllevar a una ruptura antes de tiempo. Sentí la presencia de él tras de mí, pero no me giré hasta que llegué a un hueco libre.

—¿Aquí? —pregunté en un susurro, dejando claro que prefería dejar el asunto de lado.

La película ya había comenzado y nosotros seguíamos de pie, molestando a los espectadores

que sí estaban concentrados en el principio de la trama.

—Juls... Lo solucionaremos —me dijo con seguridad—, como siempre. Pero no merece la pena que nos preocupemos por las cosas antes de tiempo, ¿no crees?

Sacudí la cabeza en señal de negación y me senté. Alguien detrás de nosotros protestó porque no podía ver bien y Brett, a regañadientes, hizo lo mismo.

—¿Juls?

—Vale. Me parece bien.

En realidad, ¡qué fácil resultaban las cosas para Brett! Era él quien se marchaba a otro sitio y quien estaría entretenido conociendo un nuevo lugar y otras personas. ¿Cuánto tiempo tardaría en olvidarse de mí? ¿Una semana? ¿Un mes?

Ambos fijamos la atención en la película, aunque supongo que ninguno de los dos prestaba la suficiente atención a los sucesos como para conseguir hilarlos. Teníamos la cabeza ocupada en otros asuntos.

Cuando ya llevábamos diez minutos en silencio, Brett acercó su boca a mi oreja y murmuró que me quería. Sé que solamente intentaba hacerme sentir bien, pero a mí ese tipo de reacciones despreocupadas no me servían en absoluto. Quería soluciones. Quería saber que no me olvidaría, que todo iría bien. No pretendía crear un drama del asunto, pero sin darme cuenta comencé a llorar en silencio. Necesitaba sacar de mi interior todo el malestar que me había estado torturando durante aquellas semanas. Brett se dio cuenta al instante y deslizó su brazo para sujetar mi mano.

—Escúchame... —murmuró con la voz titubeante—, te escribiré todas las semanas, te llamaré por teléfono y te veré cada fin de semana que venga a visitar a mis padres. Nos las arreglaremos, Juls. Sé que no será fácil, pero lo haremos. Así que deja de llorar, por favor...

Hipé, controlándome, pero no conseguí detener el llanto. Una vez había abierto el grifo, cerrarlo no iba a ser tan sencillo.

—No es tanto tiempo —aseguró—. En realidad, estaré tan concentrado estudiando que los días pasarán volando. Vendré a verte a menudo, lo prometo, y las vacaciones de semana santa y las de navidad las pasaré aquí, en Chelan. Será como... un descanso para echar de menos a Brett Harris —rio, aunque su broma no tenía ninguna gracia—. Y antes de que queramos darnos cuenta el año habrá terminado y comenzará un nuevo verano.

Yo, aún insegura, le miré muy fijamente.

—El problema es que esto no se solucionará resistiendo un solo año, Brett. Aunque tus notas sean brillantes, no te sacarás la maldita carrera en un año.

Un chico que veía la película a poca distancia de nosotros chisteó por segunda vez para que nos callásemos. Pero a Brett no pareció importarle.

—Solamente será un año —me dijo muy seriamente—. Mandaré nuevas matrículas y buscaré una universidad que esté más cerca. En DC, por ejemplo. Y me sacaré el carné de conducir para poder venir a verte los fines de semana, Juls. Lo solucionaremos sobre la marcha, como siempre hacemos. Pero tenemos que ver cómo evolucionan las cosas y buscar soluciones a los problemas cuando lleguen, no antes. No sirve de nada que nos preocupemos antes de tiempo.

Su forma de afrontar las cosas me resultaba un poco tranquilizador. Y que tuviera pensado cambiar de universidad, aún más. No sabía si los Harris permitirían que su brillante plan para separar a su hijo de mí se fuera al traste, pero intentarlo merecía la pena.

—¿Me llamarás? ¿Todos los días?

Brett aflojó los músculos de su cuerpo, que hasta entonces habían estado en tensión, y asintió con una sonrisa tierna en los labios.

—Te llamaré siempre que pueda. Y te escribiré. No me vas a echar de menos porque seré el novio más pesado de este maldito planeta.

Yo dudé. En el fondo, quería y necesitaba creerle.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, Juls.

Y aunque entonces yo no lo sabía, aquella fue la primera vez que Brett Harris prometió algo que no me cumpliría jamás.

19

Sailor's Rest está hecha un verdadero desastre.

Sé que tengo que poner en orden la casa y ordenar mis pertenencias si pretendo vivir aquí, pero por ahora sigo sin verme capaz. Los armarios están repletos de trastos que mi madre utilizaba, de cajas con recuerdos o de ropa. Y no me imagino sacando todo eso y dejando la casa... desnuda. O al menos, sin su esencia. Así que abro la maleta en el suelo, de par en par, y saco el pijama del fondo, dejando el resto de la ropa por tirada por la habitación.

Me digo a mí misma que mañana me ocuparé de, al menos, sacar mi ropa de la maleta y de vaciar las bolsas. Aunque en el fondo sospecho que me estoy mintiendo a mí misma.

Al menos, tengo la nevera llena y los armarios bien cargados de latas de conservas. Y eso no es poco. Si algo he aprendido viviendo en el alto de una colina es que las tormentas aquí pueden durar días y semanas, así que uno siempre tiene que ser previsor y anteponerse a las inclemencias del tiempo.

Saco una manta de lana del armario de la habitación de mi madre y me traslado al sofá. En este televisor solamente se ven seis canales, pero por ahora no necesito más para estar entretenida. Cuando cobre mi primer sueldo en la inmobiliaria de Chelan, compraré un nuevo televisor con una antena potente que tenga mayor alcance. Y una calidad de imagen super moderna. Me acurruco en una esquina y cierro los ojos unos segundos para relajarme. Pero mi ratito de relax no da para mucho porque, unos segundos después, el timbre de la entrada suena haciéndome dar un respingo.

Me arrastro envuelta en la manta hasta la entrada y me coloco de puntillas para poder ver por la mirilla. Se nota que esa puerta la construyó mi abuelo y que era un par de palmos más alto que yo.

—¿Monique? —inquiero, quitando el cerrojo para abrir.

Y mi amiga levanta una botella de vino en una mano y una bolsa con lo que parece comida china en la otra.

—¿Te apetece una cena de viejas glorias?

Yo suelto una risotada y asiento, haciéndome a un lado para dejarme pasar.

Como aún no sé dónde guardaba mi madre las cosas, necesito su ayuda para localizar los manteles y preparar la mesa de la sala para la cena. Después nos sentamos sobre la alfombra y nos preparamos para cenar arroz tres delicias y rollitos de primavera. Mi amiga, muy emocionada, me cuenta que han abierto un restaurante chino en uno de los pueblos vecinos y que, si el tiempo no es muy malo, reparten a domicilio hasta Chelan. Yo dudo que el repartidor llegue hasta mi casa, pero aún así es una buena noticia. Tener comida china cerca siempre es algo bueno.

Charlamos de tonterías. Le explico que, si todo sale bien, dentro de medio mes tendré un puesto de trabajo en la inmobiliaria de Chelan y podré echar raíces oficialmente en el lago. Mientras ella me habla del señor Fox, el dueño de la inmobiliaria, yo me adelanto para

descorchar la botella de vino. Pero al ir a hacerlo, me quedo a cuadros. No es un vino cualquiera, no...

—Brett suele llevarle alguna botella a Jonas cuando se ven —me explica a modo de disculpa—, así que solamente tenemos su vino en casa.

—No pasa nada —concluyo, restándole importancia y procediendo a abrirla—. ¿Jonas y tú vivís juntos?

Monique asiente con la cabeza.

—Sí, desde hace cosa de tres años. La verdad es que nos va bastante bien...

—Me alegro —aseguro con sinceridad.

Un silencio incómodo se forma entre nosotras y yo, por mucho que me esfuerce, no consigo identificar dónde he metido la pata. ¿Acaso he dicho algo que le haya sentado mal?

—No nos juzgues, por favor —suplica mi amiga, dándole un sorbo al vino.

—¿Yo? ¡No, por supuesto! —exclamo al momento—. Me alegro mucho por vosotros, Monique. Os merecéis ser felices.

Ella suspira con alivio, aunque yo aún sigo sin comprender a qué se refería.

—No ha sido fácil. Los padres de Jonas no han visto con buenos ojos nuestra relación... Bueno, ni sus padres, ni la mayoría de los vecinos de Chelan —me cuenta con pesar—. Hemos sido la comidilla del pueblo todos estos años. Al parecer, no está bien visto que el hermano del difunto tenga una relación con su antigua novia...

—Vaya, Monique... Lo siento —respondo—. ¿Os ha afectado mucho?

Ella sacude la cabeza en señal afirmativa.

—Intentamos mantenerlo en secreto unos años, pero al final todo salió a la luz. Con el tiempo nos hemos ido haciendo inmunes a los cuchicheos...

Le doy un sorbo al vino y, de pronto, los mil aromas de la bodega de los Harris acuden a mi mente. Los viñedos, la vendimia, la época de prensado... Me veo a mí misma corriendo detrás de Brett de niña, jugando entre las botellas de vino y midiendo cada movimiento para que ninguna terminase hecha añicos en el suelo. Los recuerdos golpean mi mente con tanta fuerza que duelen. Duelen porque son felices, muy felices.

—Ya sabes que en Chelan la gente puede llegar a ser muy mala. No deberíais haberles tomado en cuenta... Se aburren —le digo, restándole importancia—. Cualquier novedad es digna de ser el cotilleo del mes.

Monique suelta una risita y me da la razón antes de cambiar de tema. Mientras cenamos, nos ponemos al día y nos hacemos un breve resumen de lo que ha sido de nuestras vidas estos últimos años. Yo me doy cuenta de que, en el fondo, tengo poco que contar. No he conseguido alcanzar ninguna de las metas con las que partí de Chelan, así que de alguna forma podría considerarse un fracaso en toda regla. Monique, en cambio, parece haber conseguido una estabilidad emocional. Trabaja en el centro de jubilados de Chelan como auxiliar de enfermería, ha encontrado el amor y ambos gozan de salud y un techo bajo el que vivir. Les va bien, o al menos, lo suficiente bien como para no poder quejarse demasiado.

Cuando estamos a punto de terminar la botella de vino, comprendo que trasladarme a Lake Chelan será mucho más difícil de lo que había imaginado. Aunque no por los motivos aparentes; el duro invierno, la soledad, la búsqueda del empleo, el dinero... No. Será mucho más duro porque cada conversación y cada olor me recordarán a las dos personas que más he amado y que he perdido: a mi madre y a Brett.

20

Hacía mucho tiempo que no bebía alcohol, así que mi cuerpo, que no está muy habituado, se niega a salir de la cama hasta que los rayos del mediodía se filtran a través de la ventana para obligarme a despertar. A regañadientes, abandono el calor de las mantas y me arrastro hasta la ducha para conseguir despejarme. Me cuesta, pero un par de horas después soy un ser humano digno.

Hoy no tengo nada que hacer. Mañana tendré que ir a ver la vivienda con mi primer cliente, pero por ahora mi único plan es reordenar mis pertenencias y encontrarles un hueco entre todo este caos. Que a mi madre le encantase la decoración rústica y las manualidades ha derivado en que no haya un solo hueco sin un objeto de su propia cosecha. Sí, lo de ser minimalista no era su fuerte.

Sé que, por mucho que me duela, tendré que deshacerme o almacenar en un trastero buena parte de estos recuerdos. Y estoy dispuesta a ello, pero me gustaría conseguir adaptar Sailor's Rest a mí sin que pierda su esencia.

Decido empezar a vaciar los armarios y las cajas que están a mi alcance cuando escucho un ruido provenir del exterior. Al principio pienso que se trata de una rata o un mapache, pero después percibo unos golpes contra la puerta que me desconciertan. Me asomo por la mirilla y no veo nada ni a nadie, así que me visto con la bata de casa y salgo al exterior en busca del culpable.

—Así que tú eres el que está causando tanto revuelo, ¿eh? —pregunto en voz alta bajo la atenta mirada de un gatito pequeño que no tendrá más de un par de meses de vida—. ¿Y tú mamá? ¿Dónde está?

El pequeño felino se enrosca entre mis piernas, ronroneando, y yo doy un paso al frente con cuidado de no pisarle. Rebusco en el jardín, pero no veo a su madre por ninguna parte.

—¿Quieres quedarte conmigo? —inquiero.

El pequeño libera un fuerte maullido que yo traduzco como un “¡sí, claro!”, y los dos pasamos a casa. Es una verdadera suerte que el día anterior me armase de provisiones, porque tengo leche de sobra para alimentar a mi nuevo compañero al menos durante una semana. Coloco un cazo en el fogón para calentar su alimento mientras Misi, que así le he bautizado, recorre la casa como gato cotilla que es para conocer el que será su nuevo hogar. Sí, me lo voy a quedar. Es precioso, y aunque siempre he querido tener un animal de compañía, el ajetreo de la ciudad y las pocas horas que pasaba en el apartamento hacían que me lo pensase dos veces. Ahora ya no tengo excusa. Ha sido él quien ha aparecido en mi puerta.

—¿Te gusta? Allí pondré tu nueva camita —le digo, señalando un rincón que hay frente a la chimenea—. Y en la cocina tendrás tu caja de arena y tu leche.

Misi, que parece entender todo lo que digo, me responde con otro maullido.

En las próximas horas el gatito me roba el corazón. Es juguetón, simpático y muy cariñoso. Justamente todo lo que necesita una persona para recuperarse de un corazón roto. Y eso resulta reconfortante.

Un rato después, cuando estamos los dos tumbados en el sofá echándonos una siesta, vuelvo a escuchar unos sonidos bastante similares que los que Misi ha hecho cuando estaba fuera. Una parte de mí se siente tentada a ignorarlos, porque sé que si es su madre y tengo que devolverle a la calle se me romperá el corazón en otros mil pedazos y, llegados a ese extremo, ya no tendrá ninguna cura. Pero Misi salta del sofá, se sienta frente a la puerta principal y maúlla con tanta fuerza que me veo obligada a abrir la puerta y a comprobar qué es lo que está pasando.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, boquiabierta—. ¡Maldito ladrón!

La rabia que durante estos dos días he contenido en mi interior resurge con fuerza y echo a caminar hacia el buzón de mi casa, donde está Brett con mi correo postal, con pasos agigantados y los puños apretados.

—No es... No es lo que parece.

—¿Me estás robando el correo? ¿De verdad? ¿Es qué no se te ocurren más maneras de hacerme la vida imposible? —pregunto a gritos, enfurecida.

Brett se queda mirándome con la mandíbula desencajada.

—Es que, yo... —tartamudea—, yo no... No esperaba verte aquí —concluye, señalando Sailor's Rest con el dedo índice—. Creí que seguías en la ciudad.

—¡Pues ya ves que no! —grito, quitándole mis cartas de un manotazo—. ¡No estoy en la ciudad porque, por tú maldita culpa, me han despedido!

Brett tuerce el rostro en una mueca de desconcierto. Parece que eso último tampoco se lo esperaba, pero en realidad su sorpresa no consigue que me apiade de él. Es un sinvergüenza. Otro maldito Harris, egoísta y traidor, que en lo único que piensa es en sí mismo.

—Yo no quería que te despidieran.

—¡Cabrón! —exclamo, dispuesta a darle la vuelta y a darle la espalda.

Pero no he caminado ni un metro cuando decido que aún me quedan muchas cosas por decirle y que este, como otro cualquiera, es el momento perfecto.

—¿Sabes qué, Harris? —suelto de malas formas—. Si pretendías que te vendiera la propiedad lo llevas claro, porque por tu maldita culpa este es el único techo bajo el que me puedo permitir vivir... —le digo, rabiosa, incapaz de contenerme—. Así que ya puedes volver corriendo y contarles a tus padres que me has jodido la puta vida justo después de que mi madre haya muerto. Se sentirán orgullosos de ti...

—Yo no... —murmura, sorprendido y un poco impresionado por mi agresividad.

Voy a volver a darle la vuelta, pero por segunda vez, vuelvo a pensarme las cosas y me acerco a él. Ni siquiera soy consciente de lo que estoy haciendo mientras mi mano vuela a su cara, pero unos segundos después, cuando veo la marca rojiza de mis dedos grabada en su mejilla, me siento bien. Me siento muy bien conmigo misma.

—Lárgate de mi maldita propiedad y no se te ocurra volver a pisarla, Harris.

Y sin perder más el tiempo, ahora sí regreso a casa.

Misi me está esperando en la entrada, maullando, feliz porque regrese y no vaya abandonarle. Cierro la puerta tras nosotros sin mirar atrás y apoyo mi espalda sobre ella, dejándome caer hasta el suelo. Misi se sube sobre mí y me ronronea en el regazo, mientras yo, que me he quedado vacía, me esfuerzo por llorar. Pero, a decir verdad, no me sale ni una sola lágrima. Brett Harris lo ha conseguido. Ha tardado diez años, sí. Pero por fin puede decir que ha hecho de mí una chica de hielo.

21

Un corazón roto

Aquel año, septiembre llegó con un millón de miedos enjaulados. Los tenía bien amordazados para que no hicieran más ruido del necesario, pero yo sabía que seguían allí, en el sótano de mis sentimientos. Encerrados. Encarcelados.

Los ignoré mucho tiempo. Sobre todo, cuando la primera semana de clases Brett me llamó todos los días. Entonces me dije a mí misma que todas mis preocupaciones habían sido absurdas e innecesarias y me permití relajarme. Pero cuando las semanas fueron pasando y las llamadas fueron distanciándose más en el tiempo, mis miedos comenzaron a salir a flote. Yo procuraba mantenerlos a raya, pero ellos aprendieron a quitarse la mordaza y a gritar. Descubrieron cómo hacerse escuchar, aunque yo no lo procurara evitar.

Octubre no fue tan malo, pero noviembre se transformó en una auténtica tortura. Mi madre sabía que yo cada día estaba más hundida, así que intentaba animarme diciéndome que la vida en una universidad no era fácil y que seguramente Brett no tendría tiempo ni para dormir. Yo le agradecía sus esfuerzos, pero en realidad sabía muy bien que me estaba mintiendo. Diciembre llegó con esperanzas vacías. Hacía más de quince días que no sabía nada de Brett y mi corazón estaba tan roto que algunos días resultaba doloroso, incluso, el levantarse de la cama por la mañana. Cada pedacito puntiagudo se clavaba en mí con fuerza y la realidad, poco a poco, iba desgarrándome internamente.

Aquel día en concreto, no hice absolutamente nada. Ni siquiera salí de Sailor's Rest para que me diera el aire, no. Me pasé el día deambulando de una esquina a otra, con un mal presentimiento. Había soñado con Brett, y aunque desde un principio había sabido que se trataba de un sueño, los sentimientos habían sido tan reales que las imágenes de mi cabeza parecían de verdad. Supongo que, si me hubiera parado a pensarlo, habría comprendido que aquella fue la primera vez que mis sueños resultaron ser predictivos. Pero no lo pensé.

Cuando mi madre llegó de trabajar, calada de pies a cabeza, se sentó frente a mí con el chubasquero chorreando sobre la madera del suelo y el cabello goteando en el sofá, y me dijo muy seriamente que tenía algo que contarme. Supongo que, en ese instante, mientras yo la miraba boquiabierto como las vacas al tren, ella misma se debatía consigo misma sobre si hacía bien o no en contármelo. Pero al final me lo dije: Brett había regresado de la universidad y estaba en la bodega, con sus padres, para pasar las fiestas navideñas. La verdad es que no supe si alegrarme o no. ¿Qué significaba que no me hubiera avisado? ¿Qué me ignorase de aquella forma quería decir que había decidido olvidarse de mí? No lo sabía, pero tampoco quería vivir con una duda eterna. Me levante del sofá, garabateé en un papel dos frases y le pedí a mi madre que, al día siguiente cuando fuera a trabajar, se lo diera de mi parte.

Había escrito: Te he echado de menos. ¿Te veré?

Sincero, directo y conciso.

Me prometí a mí misma que aquella sería la última que le escribiría si no recibía ninguna respuesta. Y a decir verdad, estaba preparada para hacerlo y olvidarle por completo, pero dos horas después de que mi madre se marchase a trabajar a la bodega, alguien tocó el timbre. Era Brett. Mucho más guapo, más fuerte y más atractivo de lo que yo le recordaba. Su cuerpo, que hasta entonces había sido un poco infantil a pesar de su altura, había ensanchado y agrandado. Estaba guapísimo, de verdad, así que solamente verle fue suficiente para que yo volviera a amordazar a mis miedos para acallarlos y lanzarme a sus brazos, sin pensar. Como una loca. Como una maldita loca enamorada.

Nos besamos como locos y nos arrancamos la ropa en el salón de Sailor's Rest. Mi madre no regresaría a casa hasta pasadas las seis de la tarde, así que teníamos todo el día para estar juntos. Las ansias y las ganas con las Brett me acariciaba y me mordía la boca hicieron que todo, absolutamente todo lo que había pasado en su ausencia, quedase en el olvido con rapidez. Comenzamos a hacer el amor en el sofá. Ambos desnudos, sudorosos y frenéticos. Él sentado y yo sobre él, cabalgando como una amazona. Quería sentirle, olerle, tocarle y disfrutarle. El instante era tan efímero que debía aprovecharlo al máximo, así que eso mismo hice. Dejarme llevar. Después subimos a mi habitación y la pasión desenfrenada del momento dejó lugar a un instante más tierno y romántico. Brett me tumbó sobre la cama y me dedicó un reguero de besos en el cuello antes de hundirse en mi interior. Lo hizo con suavidad, lentamente. Muy despacio. Mientras hacíamos el amor, me decía lo mucho que me quería, lo perfecta que era y cuánto me había echado de menos. Y yo quería creerle. Quería creerle porque él era mi vida entera, mi primer amor, mi mejor amigo, mi único compañero. Mi familia. Cuando mis amigas hablaban de que se habían echado novio me sonaba a un nuevo ligue del que presumir. Pero Brett era mucho más. Habíamos compartido la infancia como dos hermanos traviosos, la juventud como dos amantes inexpertos y, ahora, seguíamos creciendo juntos. Él era todo lo que yo conocía y todo lo que anhelaba tener en mi futuro.

Después de hacer el amor, pasamos la tarde tumbados en mi cama, tapados con el edredón hasta el cuello y con la ventana abierta de par en par. Las montañas que protegían a Lake Chelan se alzaban impetuosas frente a nosotros mientras nos acariciábamos y nos contábamos qué tal habían transcurrido aquellos primeros meses del nuevo curso. Para Brett habían sido fantástico. Encajar en la universidad había sido mucho más sencillo de lo que él había imaginado. Tenía muchos amigos, se había apuntado al equipo de fútbol y empezaba a ser popular entre la gente. Me lo contaba con una sonrisa inmensa, contento por sus logros. Yo me quería alegrar por él, claro que sí. E incluso, mientras me hablaba llegué a hacerlo. Pero cada vez que decía el nombre de uno de sus amigos nuevos comprendía que iba a ser muy difícil, si no imposible, que Brett abandonase a esa gente y esa universidad para trasladar sus estudios a otra más cercana a mí. Se había adaptado con mayor rapidez de la esperada.

Los temores aumentaron aún más, así que después de navidad fueron más miedos los que tuve que encerrar y amordazar en el sótano de los sentimientos. Tal y como ocurrió en septiembre, al principio las llamadas y las cartas fueron constantes. Brett me tenía presente y se acordaba de telefonar o de escribirme día sí y día también. Pero no duró demasiado. Para cuando llegó marzo, la rutina ya había vuelto a ser la misma que antes de las fechas festivas. Pero decidí tranquilizarme diciéndome a mí misma que, en efecto, mi madre tenía razón y Brett allí no tenía tiempo ni de respirar. Entre las clases, los exámenes, el equipo de fútbol y los amigos, el margen de tiempo que le quedaba era muy limitado. Pobre. Procuré mantener a raya la presión que sentía

en el pecho y aguanté día tras día. La Julie alegre y feliz que habitualmente solía ser en un pasado desapareció. Se desintegró sin dejar rastro. Estaba taciturna, no bromeaba, no salía con Monique y no me apetecía hacer absolutamente nada. Ni siquiera salir de casa. Los días se volvieron semanas y las semanas me parecían años. El tiempo parecía pasar con extremada lentitud, como si estuviera gastándome una broma. Pero después llegó mayo y las ilusiones se renovaron, o al menos parte de ellas. Faltaba menos de un mes para que Brett regresase a casa, y aunque llevaba más de un mes sin saber de él, esperaba que el reencuentro entre nosotros fuera tan bueno y tan intenso como lo había sido en navidades. Al verme de nuevo, recordaría lo mucho que me había añorado. Seguro.

A las seis en punto, todas las tardes, esperaba a mi madre en el umbral de la puerta y le preguntaba por Brett. Pero la respuesta siempre era la misma: que yo sepa, no ha regresado, Julie.

Aquel fue el peor verano de mi vida. Ni siquiera me bañé un solo día en el lago, ni me emborraché con Monique en las fiestas de Chelan.

Lo único que hice fue esperarle, y él nunca llegó.

El día amanece soleado, cosa que yo agradezco al abrir los ojos. Ver los rayos de sol filtrarse a través de la ventana me parece un buen augurio para comenzar la mañana.

Cuando me meto en la ducha, las imágenes del rostro de Brett con mi mano rojiza bien marcada acuden a mi mente y no sé si sentirme avergonzada o feliz. A decir verdad, hacía muchísimo tiempo que debía haberle dado aquel golpe. Así que, ¿de qué avergonzarme? Dicen que el tiempo pone a cada uno en su lugar y que termina dando lo que cada cual merece. Y supongo que, en ocasiones, el tiempo necesita una pequeña ayudita.

Desayuno con Misi con un tazón de cereales y me digo a mí misma que cuando finalice la venta que tengo hoy prevista debo pasar a por una lata de comida de gatos por el supermercado. Sí, sé que a los gatos les encanta la leche. Pero digo yo que de algo más tendrán que alimentarse, ¿verdad? Así puedo aprovechar para comprarle juguetes y la arena.

Me subo a mi escarabajo con tiempo de sobra para llegar la primera. Mi idea es recorrer la casa antes de que llegue el cliente para tener una pequeña base con la que trabajar. Lo sé, soy un desastre. Debía haberlo hecho mucho antes, pero, a decir verdad, no he sacado fuerzas para hacerlo.

“Tengo que vender la maldita casa y conseguir el trabajo”. Esa es la única frase que tengo en la cabeza mientras subo la serpiente zigzagueante de la colina que hay al otro lado. La casa está bastante más alejada de lo que Sailor’s Rest está de Chelan, y eso es muy mal asunto.

Por desgracia, aunque haya salido con mucho tiempo de antelación, llego a la par que el cliente y mis expectativas de poder prepararme un poco la visita se van a pique. Me quedo anonadada observando la vieja y derruida fachada del exterior. Está mil veces peor que Sailor’s Rest, así que nada más verla me invade un sentimiento terrible. Horroroso.

—¿Señorita Ward? —saluda el cliente de Fox, acercándose a mí con el brazo estirado.

Dibujo una sonrisa en el rostro y me encamino hacia él para estrecharle la mano. Es un hombre cincuentón y elegante. Conserva un atractivo innato y se ve que cuida su apariencia más de lo normal. No sé por qué, sospecho que venderle esta casa será una misión imposible.

—¿Pasamos al interior?

Asiento, nerviosa, y nos encaminamos hacia la puerta principal.

Primera sensación: mala. Las maderas del porche, crujen al caminar. Además, una de las escalerillas de la entrada tiene un tablón suelto y es un peligro. La puerta principal, al abrirse, parece que se te va a caer abajo. Y, cuando pasas al interior, la cosa no mejora. El salón principal tiene una bombilla colgando del techo, sin siquiera un paflón que la cubra. Hay animales disecados por todas partes, las alfombras son tan viejas que hace tiempo que dejaron de ser alfombras para ser, simplemente, nidos de ácaros, las habitaciones son oscuras, con camas viejas y colchas de los años de mi bisabuela, los dos baños con los que cuenta están para tirar abajo y, a

decir verdad, no encuentro ningún aspecto bueno que pueda explotar de este lugar. Es un desastre. Un auténtico horror. Cierto que el precio es muy competitivo, pero la casa está alejada de todo — ni siquiera se acerca a las mansiones de veraneo de la colina— y necesita una lavada de cara potente para poder ser habitada. El cliente, como no, sale espantado. Por muchas sonrisas que le dedique en la visita y por mucho que coquettee con él, ni siquiera consigo un triste “me lo pensaré” antes de despedirse de mí. Pero no puedo juzgarle, no. Yo también habría salido espantada de este lugar.

Fox no me lo ha puesto fácil. Vender este maldito inmueble será un reto muy grande, por no decir imposible. ¿Pero acaso pierdo algo intentándolo? No. Necesito el dinero y ahora mismo esto es lo mejor que tengo.

De forma que, decidida a agarrarme a este clavo ardiendo, me pongo manos a la obra. No será fácil, pero puede que redecorando la casa consiga hacerle un pequeño lavado de cara. ¿Cómo puedo venderla?, me pregunto, sentada sobre la vieja y destartalada escalera del porche. Está alejada de, absolutamente, todo. Y no es lujosa. Es una cabaña perdida de la mano de dios.

—Como un lugar de descanso... Un retiro de paz —murmuro para mí misma, antes de sacar el móvil para llamar a Fox.

Le pregunto si los actuales propietarios de la vivienda quieren conservar todos los muebles que hay en su interior y él me responde con una negativa. Le da igual el contenido y el continente, lo único que quieren es deshacerse de ella cuanto antes.

De esa forma, decido que dedicaré mi primer día de trabajo a hacer precisamente eso: trabajar.

Lo primero que hago es pedir sopitas a Monique, que a pesar de estar trabajando y no poder venir a ayudarme, manda a Jonas en su lugar. Me sirve. Lo segundo que hago es cargar todos los animales disecados que hay en esa casa en la furgoneta de Jonas para que se los lleve muy lejos de este lugar. Cuanto más lejos, mejor. Y lo tercero que hago es deshacerme de las alfombras, que apestan y le dan un aire muy lúgubre al lugar. Jonas se dedica a ir y venir, cargando y descargando en los contenedores todos los trastos que no pasan la criba. Casi a las nueve de la noche, muerta de hambre y de sueño, decido que el resultado es mucho más aceptable que lo que había encontrado al llegar. Puede que, quizás, con un poco de suerte, incluso consiga venderla.

—Tú la comprarías?

Jonas asiente con mucha seriedad. Tanta, que no sé si me está tomando el pelo o si habla en serio.

—Te ha quedado muy acogedora —asegura, señalando el salón. Y a decir verdad, he de admitir que el ambiente que desprende es totalmente diferente—. ¿Sabes, Juls? Tienes el mismo don para la decoración que tu madre.

Yo le devuelvo una sonrisa de agradecimiento y, tras apagar las luces, nos marchamos de allí. El día ha sido largo y ambos nos merecemos descansar.

De camino a casa, me digo a mí misma que Monique y Jonas se merecen un buen regalo a modo de agradecimiento. Pero claro, primero tendré que vender la casa, porque ahora mismo mi cuenta bancaria anda bastante escasa en cifras.

Agotada y deseosa de llegar a casa para acurrucarme junto a Misi en el sofá, aparco mi viejo escarabajo en el jardín concentrada en mis propios pensamientos. Hasta que le veo. Ahí está... Brett Harris, de pie, junto a la puerta de Sailor's Rest. Se me pasan un millón de cosas por la cabeza, como, por ejemplo, esperar dentro del coche hasta que se marche. No quiero verle. No quiero estar cerca de él. Ni siquiera necesito que se disculpe por haber hecho que mi vida se

transforme en un auténtico desastre. No. No lo necesito. Lo único que quiero es que desaparezca para siempre. Que vuelva a marcharse de Chelan y me deje vivir en paz, sin torturas sentimentales innecesarias.

Brett comienza a caminar hacia el coche y mi corazón se acelera, latiendo descompasadamente. Supongo que ignorarle no es una opción posible, así que la opción b es enfrentarme a él para que vea que no le tengo ningún respeto. Si tengo que darle otro tortazo bien dado, se lo daré.

Cojo la cazadora del asiento contiguo y con todos los aires de superioridad que soy capaz de desprender, me bajo del coche para encararle. Pero mis defensas se desmontan en un instante cuando observo su rostro de rendición. Conozco a Brett. No importa cuántos años pasemos sin vernos, le conozco bien. Y supongo que en muchas cosas ha cambiado y que el tiempo y las influencias lo han transformado en un miserable Harris, sí. Pero ese gesto...

—¿Qué quieres? —pregunto de forma cortante, dejándole claro que no estoy de humor y que no quiero que me haga perder el tiempo.

Espero que aproveche el instante para disculparse cabizbajo y que el momento transcurra con la mayor rapidez posible. Estoy agotada y ahora mismo, mi único anhelo es perderle de vista cuanto antes.

—He venido a disculparme, Julie... —me dice con la voz apagada.

Puedo sentir cómo, poco a poco, mi corazón se va ablandando. Su voz, su olor, los recuerdos del pasado... Todos los ingredientes de la escena actúan como un analgésico contra el dolor, haciéndome olvidar el daño que causó Brett en mí.

—Vale —admito, tragando saliva—. Disculpas aceptadas. Puedes irte.

Él se acerca un paso hacia mí, acortando las distancias, y yo doy un paso hacia atrás, manteniéndolas. No me gusta. No quiero sentimentalismos ni estupideces. No quiero volver a caer en el mismo juego de siempre, donde acababa con el corazón pisoteado y el rostro lleno de lágrimas. Principalmente, porque sé que ahora no soy tan fuerte y no lo soportaría.

—No pretendía que te despidieran, Julie... En realidad, ni siquiera era consciente del problema que te estaba causando. Creí que no tendría mayor importancia, no podía imaginar que te despedirían por mi culpa...

Lo dice de forma rápida y atropellada, como si temiera que pudiera cortarle en mitad del discurso y fastidiarle la disculpa que, al parecer, tanto había enseñado. Pero yo, que estoy un poco en shock, no digo nada. O al menos, no durante unos segundos.

—Me importa una mierda el trabajo, Brett —escupo finalmente, esforzándome por mantener la compostura—. ¿Sabes qué es lo que realmente me ha dolido? Que no vinieras al funeral de la mujer que te crio —señalo, rabiosa—, que no tuvieras la decencia de darme el pésame en condiciones, que no tuvieras un poco de tacto, un poco de sentimiento...

—No tienes ni idea de lo que he pasado, Julie —me corta, sin dejarme terminar—. Mientras tu estabas en la capital, viviendo tu vida en paz, yo estaba aquí, con ella, sufriendo y viendo cómo el maldito cáncer se la llevaba cada día más. Así que no me juzgues tan a la ligera, Juls.

Su confesión me deja K.O. ¿Así que Brett estuvo con mi madre en sus últimos momentos? No sé muy bien cómo sentirme ni cómo tomármelo, pero... En el fondo solamente puedo alegrarme por saber que no estuvo sola. Que tuvo a alguien querido junto a ella, aunque ese alguien no fuera yo.

—No lo sabía.

Al decirlo me doy cuenta de que acabo de dejar caer todas mis defensas. Que Brett, una vez

más, ha conseguido desarmarme.

—Sé que no tuve tacto y que he sido un desconsiderado, pero la verdad es que no sabía muy bien cómo comportarme... Esto, para mí, también es muy raro. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Tengo ganas de llorar.

Pero no son las mismas ganas de llorar que sentía cuando supe que mi madre se había marchado, no. Es diferente. Es una sensación extraña. Como si los sentimientos que albergo dentro me sobrepasaran, desbordándome. Arrastrándome.

—Bueno, pues... Acepto tus disculpas, Brett —le digo sin ser capaz de ocultar la congoja—, creo que puedes irte en paz.

Harris sacude la cabeza en señal de negación y levanta en alto una cesta que lleva en sus manos. Yo, tan rabiosa hasta este instante, ni siquiera me había percatado de que la llevaba.

—Déjame que te lo compense, por favor.

Pestañeo sin comprender a qué se refiere.

—¿Cómo?

Y de pronto, el gesto de pesadumbre de Brett desaparece y se tuerce en una sonrisa tierna y cómplice. Una sonrisa que, en efecto, también conozco demasiado bien.

—¿Puedo invitarte a cenar?

23

Las decisiones

Llegó septiembre, y llegó Brett.

Había pasado el verano de playa en playa y barco en barco, con sus ricos compañeros de la universidad. Un nivel de vida no apto y totalmente desconocido para mí. Mi madre, que durante años había previsto cómo terminaría aquella loca historia de amor que Brett y yo nos habíamos empeñado en conservar a pesar de las adversidades, no supo siquiera cómo conseguir levantar mi ánimo. Era inútil intentarlo, porque ni siquiera yo sabía cómo salir de aquel profundo pozo que había ido cavando a mis pies. Trepar hacia la superficie parecía una misión suicida, pero solamente tenía dos opciones: o recomponerme o terminar de hundirme a mí misma.

Fue entonces cuando comprendí que lo primero que tenía que hacer era abandonar Chelan y Sailor's Rest. Lo necesitaba. Necesitaba huir de ese maldito lago antes de que terminase ahogándome en sus profundidades. Y creo que mi madre sabía, tan bien como yo, que no era una cuestión de capricho, sino de supervivencia.

Una mañana, me desperté y bajé a desayunar con ella antes de que se marchase a trabajar. Eso era una novedad, porque como norma general yo procuraba quedarme en la cama hasta después del mediodía para que los días me resultasen más cortos y menos dolorosos. Mi madre solía decirme que estaba desperdiciando un verano precioso, pero eso a mí me daba lo mismo. De modo que, aquel día, cuando bajé a desayunar con ella, supo que algo había cambiado en mí.

—Tengo que contarte algo, mamá... —murmuré, un poco asustada al no ser capaz de prever cómo iba a reaccionar—. He decidido marcharme de Chelan, a la capital.

Ella me miró boquiabierta, asimilando la noticia sin saber muy bien qué decirme.

—Creo que necesito salir de aquí, de verdad. No... No voy a conseguir nada quedándome aquí atrapada —confesé con voz temblorosa—, y en la capital las oportunidades son mucho mejores. Quizás pueda permitirme un trabajo a media jornada y estudiar mientras tanto, no lo sé... Pero quiero hacer algo con mi vida. Quiero ser alguien en el futuro.

Y entonces, ella sonrió.

Durante meses, había visto cómo me había ido consumiendo sin ningún tipo de aspiración hasta que, aquel día, de la noche a la mañana, me había despertado para confesarle que quería viajar en busca de mis sueños. Mi madre siempre me había apoyado en todo, y en aquella ocasión no iba a ser menos.

—Dime algo, mamá...

Su sonrisa se ensanchó aún más, justo antes de estrecharme entre sus brazos.

—Me parece estupendo, Julie... Sé que conseguirás todo aquello que te propongas, cariño.

Y así fue como decidí dejar Chelan. De golpe. Sin pensarlo. Sin meditarlo. Sin pretenderlo.

Decidí que había llegado la hora de partir muy lejos al igual que mi padre, ese gran desconocido para mí, lo había hecho en un pasado. Mi madre no hizo ninguna comparación, pero sé que pensó en él y que, en su interior, rezó porque yo no le abandonase igual que él nos abandonó a los dos.

Lo peor de todo es que hice justo lo mismo.

Dejarla atrás.

Y no volver.

24

Dejar entrar a Harris en Sailor's Rest no ha sido una buena idea, aunque ya es demasiado tarde para arrepentirse.

—Siéntate en el salón, iré a por unos platos y unas copas... —le digo, dedicándole una sonrisa nerviosa.

Sí, ¿por qué negarlo? Estoy nerviosa. Muy nerviosa.

Hace diez años que Brett y yo no nos quedábamos a solas en una misma habitación, mucho menos en Sailor's Rest. La última vez que él se sentó en ese sofá, estaba desnudo y yo estaba sobre él. Esos recuerdos son tan perturbadores que tengo que esforzarme por sacármelos de la cabeza y recordarme a mí misma que esto es una simple cena de disculpa. Nada más.

Preparo la mesa lo mejor que soy capaz con lo que tengo: mantel, platos, copas y velas. Del resto se ha encargado él. Cuando me siento a su lado, mi pierna se roza con la suya y un millar de mariposas aletean en mi estómago con tanta fuerza que tengo ganas de vomitar. Los nervios me están pasando una mala jugada, cosa que en realidad no comprendo. ¿Por qué me siento así si han pasado más de diez años? ¿Si hace tiempo que le olvidé? ¿Si ya no siento nada por Brett? Me mira y me dedica la misma sonrisa nerviosa que tengo yo en los labios, así que necesito cerrar los ojos un par de segundos y hacerme una pregunta. “¿Sigues sintiendo algo por Brett Harris, Julie?”. La pregunta es muy clara, pero la respuesta no llega. A veces puedo ser un verdadero desastre. Tengo que serlo de verdad, pues ni siquiera soy capaz de sincerarme con mi propio subconsciente.

—Cuéntame... ¿Qué vas a hacer ahora que has regresado? ¿Vas a quedarte? —inquire él, sirviéndome una copa de vino.

La acepto de buen grado y le doy un largo sorbo antes de responder. Es increíble, pero el olor dulzón y afrutado del vino me recuerda a él. A la bodega, y a nuestra infancia correteando entre viñedos.

—La verdad es que eso es lo que pretendo... Pero no lo sé. No tengo nada muy claro —le explico, abriéndome y sincerándome con naturalidad, como si simplemente conversase con un viejo amigo—, primero necesito que el señor Fox me contrate en la inmobiliaria y después ya lo iré viendo...

—¿Vas a trabajar en la inmobiliaria de Chelan? —pregunta, sorprendido.

—Bueno, no lo sé... Primero necesito demostrarle que valgo la pena.

Brett pestañea varias veces.

—¡Vaya! No está nada mal... —asegura, anonadado—. La verdad es que el señor Fox gana casi más dinero del que ganamos nosotros con la bodega.

Abro los ojos boquiabierta.

—¿De verdad?

Brett suelta una carcajada descomunal y asiente.

—Sí, de verdad. Ese hombre se baña en billetes... —se ríe—, ¿no ves que la mayoría de las ventas que tiene son de veraneantes? Mansiones que valen unos cuantos miles, o millones. Y de

cada venta se lleva un buen pellizco que, al menos antes, no tenía con quién compartir.

Me quedo impresionada.

La verdad es que lo último que me imaginaba del señor Fox es que fuera un rico millonario que siguiese trabajando por... ¿aburrimiento?

—¿Sabes qué, Juls? Hagamos un brindis —me dice, levantando en alto su copa.

—¿Y por qué brindamos?

Soy consciente de que, poco a poco, me voy relajando. Ahora que la tensión principal ha desaparecido, estar con Brett se ha convertido tan fácil como en respirar. Me intento proteger a mí misma diciéndome que es lo mismo de siempre y que, cuando desaparezca, respirar sin estar a su lado volverá a ser tan doloroso como lo era diez años atrás. Pero no me escucho. No quiero escuchar esas cosas, simplemente quiero disfrutar del momento.

—¿Por Chelan y por sus oportunidades?

Levanto la copa hacia la suya y brindamos con una sonrisa.

—Por Chelan y por sus oportunidades —confirmo con una sonrisa.

Misi, que ha saltado al sofá y se ha acomodado junto a Brett, suelta un pequeño maullido que nos hace reírnos a pleno pulmón.

Y después, el resto de la velada es tan maravillosa como podía haber sido nuestra vida juntos. Brett me habla de la bodega. Me cuenta que hace tiempo que dejó atrás la dictadura de sus padres y que desde que se marcharon y él mismo lleva los negocios de Chelan, vive mucho más tranquilo. Me habla de mi madre, de lo buena que fue durante aquellos diez años con él y se me encoge el corazón. La conozco bien y sé que, en mi ausencia, fue en Brett en quien se apoyó durante todo este tiempo. A fin de cuentas, él era como otro hijo más para ella. Después le hablo de la capital, de los sueños perdidos y frustrados, y le explico lo duro que fue comprender que mi madre me había dejado sola en este mundo sin siquiera ser yo consciente de que estaba enferma.

—No estás sola en este mundo, Juls. Yo... —comienza, trabándose con sus propias palabras —..., bueno, tienes a Monique —se corrige—, a Jonas y... también me tienes a mí —concluye al final.

Lo dice mirándome a los ojos fijamente, sin pestañear.

—Tú puedes desaparecer en cualquier momento —me río, procurando restarle tensión y carga emocional al instante.

En ningún momento había pretendido que la conversación derivase hacia estos lares.

—Sé que no es excusa, pero siempre quise explicártelo y nunca tuve una oportunidad... Ese verano, el verano que no regresé a Chelan y que rompí la promesa que te hice... —hace una pausa para suspirar hondo y estira el brazo para sujetar mi mano entre las suyas—, bueno, fue mi madre quien lo orquestó todo. Esas vacaciones las diseñó ella para alejarme de ti.

—No eras un niño pequeño, Brett. Tenías casi veinte años, podías decidir por ti mismo y valorar lo que querías. Priorizar.

Me doy cuenta de que, en el fondo, tiene razón. Esta conversación debíamos haberla tenido diez años atrás, porque a estas alturas no tiene ningún sentido. Las cosas han cambiado y cada uno hemos rehecho nuestras vidas como hemos podido.

—Juls... —murmura otra vez, mordiéndose en labio con fuerza—, quiero que sepas que lo siento mucho. Muchísimo. Lo he sentido todo este tiempo.

Tengo ganas de llorar.

Sabía que esta cena iba a ser una mala idea, así que no entiendo por qué he sido tan estúpida de aceptar. Contengo el llanto y sacudo la cabeza en señal de negación.

—Da igual. Nada de eso importa a estas alturas.

Y lo digo con sinceridad.

Nada de lo que hagamos o digamos va a cambiar los últimos diez años de nuestras vidas, ni las decisiones que hemos ido tomando durante este largo tiempo.

Brett, que sigue mirándome muy fijamente, estira su brazo y acaricia mi mejilla con suavidad y ternura. Las malditas mariposas de mi estómago alzan el vuelo con más fuerza y yo tengo que esforzarme horrores por mantener la compostura. Puedo sentir cómo me tiemblan las piernas. Cómo mi cuerpo entero reacciona a su contacto y proximidad.

—¿Tienes frío, Juls? Estás temblando —señala, acercando su rostro al mío.

Sacudo la cabeza en señal de negación, aún con su mano posada sobre mi mejilla. Brett la aparta para ahuecar ambas alrededor de mi rostro, encarcelando. Acerca sus labios a mí, pero en vez de posarlos sobre los míos, los deja mi frente. Un segundo, dos segundos, tres segundos...

—No, no tienes fiebre —asegura con una sonrisa.

Mi mundo da vueltas mientras, internamente, me pregunto cómo diablos me he permitido llegar a esta situación. ¿Cómo me las he apañado para estar junto a Harris, en Sailor's Rest? Como si volviéramos a ser dos chicos inocentes con un futuro abierto y un millón de promesas en el aire. Brett apoya su frente sobre la mía y aspira hondo con los ojos cerrados. Yo, paralizada, ni siquiera soy capaz de moverme un solo centímetro. Todo es tan confuso... Tan extraño.

—Te he echado tanto de menos, Julie... Muchísimo —dice, aún sin abrir los párpados—. Cada segundo de estos diez años pensaba en ti y en el momento en el que regresarías a Chelan... —añade, justo antes de hacer una pausa para volver a aspirar—. Tu olor, tu tacto...

—Brett... No puedo... Yo no quiero...

Pero antes de poder decir nada más, me besa. Sus labios se posan sobre los míos y ese sabor tan conocido y añorado despierta todos mis sentidos. Mis manos se despiertan del coma y comienzan a moverse, enrocándose alrededor de su cuello y atrayéndolo con más fuerza hacia mí. Brett. Mi Brett. El que tantos sueños y lágrimas me ha robado a lo largo de mi joven existencia. Una excitación casi desconocida me invade y ardo en deseos de abalanzarme sobre él y arrancarle la ropa a tirones. Pero entonces, ¿qué ocurriría? ¿Una noche de sexo y un adiós para siempre? Ese beso, este beso tan intenso, el sabor de su saliva y su lengua jugando con la mía están significando la apertura de una herida que creía cicatrizada. Meterme con él en la cama sería casi igual que echarle sal a la piel en carne viva.

Me aparto de golpe, nerviosa y casi sin respiración. Ninguno de los dos sabe qué decir así que, simplemente, soltamos una risita nerviosa y fingimos que no ha pasado nada.

—¿Más vino? —me pregunta, mordiéndose el labio para seguir saboreándome.

¡Oh Dios, Brett!

¿Cómo diablos he sido capaz de sobrevivir diez años sin tenerle cerca?

—Sí, por favor —respondo, conteniéndome.

El resto de la velada transcurre con normalidad, pero ambos sabemos bien que estamos reprimiendo nuestros impulsos. Nuestros deseos. Nuestros instintos.

A las doce, cuando todos los relojes de Sailor's Rest marcan la medianoche, Brett se levanta del sofá y anuncia que debe marcharse. Y aunque me apena muchísimo, sospecho que este es el mejor final que podíamos haber pedido para esta cena.

—Te acompaño a la puerta —le digo, acariciándole la barriga a Misi.

Él sonríe con ternura y niega, antes de añadir un “conozco la salida, tranquila”, con una risita nerviosa. Cuando abre la puerta, murmura un “buenas noches, Juls” que casi no llega a mis oídos y

se va. Brett Harris... se va.

25

A la mañana siguiente me despierto con una resaca emocional y el olor a Brett aún impreso en mi cuello. Quizás esa sea la razón por la que declino la idea de mi ducha matutina y pase directamente al desayuno. Y también, quizás, solamente quizás, puede que la cena de ayer sea la razón del repentino buen humor con el que he amanecido hoy. Me siento radiante. Llena de vitalidad y con ganas de comerme el mundo.

Le doy a Misi unos cereales hechos puré y un vasito de leche y me tomo un buen café con doble de azúcar. Hoy es un día importante. Es la segunda vez que voy a enseñar la casa de la inmobiliaria, y esta vez, al menos, sé a qué atenerme. Además, conservo la esperanza de que el pequeño lavado de cara que le di sirva para algo más.

Cierro bien Sailor's Rest y me despido de Misi hasta dentro de unas horas. Cuando me subo en el escarabajo para encaminarme a la casa que debo vender, tengo un buen presentimiento. La sensación de hoy el universo está a mi favor y conspirará para que todo vaya como debe ir.

Esta vez sí que llego bastante antes que mi cliente, lo que me concede unos minutos de margen para airear la vivienda y prepararlo todo a mi gusto. Al entrar, el olor de las velas aromáticas que coloqué estratégicamente en el pasillo me da la bienvenida, sustituyendo a la humedad que se había incrustado en la madera. La casa parece otra muy diferente a aquella que vi por primera vez. Simple, minimalista, pero sencilla y coqueta. No parece una cabaña de mala muerte abandonada en mitad de la nada, sino una sencilla casita en mitad del bosque, salvaguardada por la tranquilidad de la montaña y del lago Chelan. He de admitir que los propietarios se han propuesto venderla un poco más cara de lo normal, pero creo que puedo conseguirlo.

El interesado llega a la hora, puntual. Es un hombre de unos cuarenta años poco hablador, pero bastante simpático. Me cuenta que es un escritor de éxito saturado por el estrés de la ciudad y que está buscando un retiro en el que poder inspirarse los fines de semana. Me froto las manos mientras le escucho, pensando que él es el cliente perfecto para un lugar como este. Comenzamos la visita sin más demoras y, mientras le voy enseñando estancia por estancia la vivienda, le cuento que yo vivo en Chelan, al otro lado de la colina y en una casita bastante similar a esta.

—Si lo que busca es paz y tranquilidad, sin duda Chelan va a ser su sitio. En verano suele haber más movimiento y ambiente, pero sobre todo en el pueblo. Aquí, en la colina, hay unas cuantas bodegas y varias casas de veraneo. Poco más —le explico, dedicándole la mejor de mis sonrisas—. Los inviernos son duros y suele haber bastante nieve, pero también son ideales para desconectar y disfrutar en plenitud de la estación...

Y mientras hablo con él y le cuento cómo es vivir en Lake Chelan, me doy cuenta de que me gusta este lugar. Mi hogar. En realidad, me encanta. Siempre pensé que era una chica cosmopolita

y que Chelan me resultaba demasiado abrumador, pero estaba equivocada. Brett Harris era quien me resultaba abrumador.

—¿Sabe qué? Yo viví diez años en la capital y, para serle sincera, no volvería a marcharme.

Y lo mejor de todo es que no lo digo para venderle la casa, sino porque así lo siento de verdad. Y transmitirle esa sinceridad es la razón por la que, al salir, me devuelve una inmensa sonrisa, fruto de todas las que yo le he dedicado, y me dice que se la quiere quedar.

—¿Se la quiere quedar?

El escritor asiente seriamente y me da un papel con una oferta bastante alta. No es todo lo que los propietarios han pedido, pero se aproxima bastante. Le aseguro que hablaré con ellos lo antes posible y me despido de él con un fuerte apretón de manos antes de encaminarme hacia el pueblo para poder hablar con Fox. Me siento tan feliz que, sin darme cuenta, voy cantando y riéndome sola en mi viejo escarabajo.

Cuando le dejo el papel con la oferta encima de la mesa, el señor Fox me mira con los ojos abiertos como platos y me pregunta si estoy bromeando. Al parecer, no apostaba un duro porque vendiera la casa, menos aún en un tiempo récord.

—¿Estás bromeando, Julie Ward?

Sacudo la cabeza en señal de negación, muy seria.

—No, hablo totalmente en serio. Sé que la oferta no alcanza el precio que estimaron los propietarios, pero si me permites dar mi opinión... Está bastante bien. La casa necesita una obra y la oferta del cliente se acerca a lo pretendido. Creo que deberían aceptarla.

Fox suelta una risotada tan fuerte que incluso yo termino contagiándome. Y eso que no tengo ni idea de porqué se ríe.

—¡Ya pueden aceptarla! ¡Es lo mejor que van a obtener! —exclama, histérico, levantando el auricular del teléfono para ponerse en contacto con ellos.

Yo sonrío, satisfecha conmigo misma y me siento frente a él a la espera de nuevas noticias. Los propietarios de la vivienda responden al teléfono y la negociación da comienzo. Fox es un experto en esto, así que no se anda con rodeos; les explica brevemente que esa es la mejor oferta que van a poder conseguir por la casa y que, dadas las condiciones en las que se encuentra, deberían estar felices por el precio que han conseguido. Al principio ellos no parecen muy satisfechos, pero unos segundos después, aceptan y el trato termina sellándose. Es increíble, ¡pero lo he conseguido!

Fox me sonrío de oreja a oreja y, antes de mandarme a casa a descansar, pronuncia las palabras mágicas.

—Julie, estás contratada. Mañana mismo comenzarás a jornada completa, así que te quiero aquí a las diez en punto. ¿Entendido?

—Entendido, señor Fox —respondo en un grito, incapaz de contener mi alegría.

Cuando me subo en mi pequeño escarabajo, dispuesta a regresar a casa cuanto antes para compartir estas buenas noticias con Misi, comprendo que mi buena suerte ya ha colmado el cupo diario. Mi coche no arranca. Lo intento varias veces, pero como no hay manera de hacerlo funcionar, decido encaminarme colina arriba por mis propios medios.

Mientras asciendo la enorme cuesta, me digo a mí misma que nada ni nadie puede estropear hoy mi buen humor. ¡He conseguido un trabajo! Y nada debería borrarle la sonrisa de la cara, al menos, durante las próximas veinticuatro horas. Ni siquiera la tromba de agua que empieza a caer sobre mi cabeza en mitad de la subida.

Al final, empapada de pies a cabeza y congelada, decido resguardarme bajo un pequeño

saliente de árboles hasta que lo peor de la tormenta quede atrás. Intento conservar la calma, pero según transcurren los minutos mi desesperación va a peor.

Cuando veo un lujoso coche negro acercándose colina arriba, no me lo pienso dos veces y salgo a la carretera para interponerme en su camino y suplicarle que me lleve a casa. El conductor pega un frenazo, derrapando levemente, y baja la ventanilla.

—¿Juls? ¿Te has vuelto loca? ¡Casi te atropello!

Brett Harris está al otro lado de la luna delantera, con una brillante sonrisa en los labios. Al parecer..., el universo ha vuelto a ponerse de mi parte, ¿no?

—Ha sido un acto desesperado —confieso, risueña, a pesar de que la lluvia vuelve a estar cayendo sobre mí—, volvía de la inmobiliaria cuando mi coche me ha dejado tirada.

—Venga, sube... Vas a coger una pulmonía.

No me lo pienso dos veces y rodeo el vehículo para subirme al asiento del copiloto. La verdad es que ha sido una verdadera suerte tropezar con Brett, porque si no, no sé cuánto tiempo me habría pasado ahí metida, esperando a que amainase.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —repito, sin comprender a qué se refiere.

—¿Has conseguido el trabajo o no? —inquire, recolocándose un húmedo mechón de cabello rojizo detrás de la oreja.

Creo que mi sonrisa lo dice todo, pero por si acaso, lo confirmo.

—Sí, lo he conseguido... He vendido la casa.

Brett sonrío de oreja a oreja, aprieta el volante entre sus manos y acelera el coche, saliendo disparado hacia delante.

—¡Pues vamos a celebrarlo!

26

Nunca jamás me acostumbraré a la casa de los Harris.

De pequeña, mientras mi madre venía a limpiar la bodega, yo pasaba las horas muertas correteando de un lado a otro. Jugando con Brett. Así que, de alguna manera, podría decirse que esta casa fue como mi segundo hogar. Pero la realidad es que nunca me llegué a sentir cómoda. Recuerdo el espantoso pánico que mi madre tenía a que, jugando, alguno de los dos rompiera alguna figura de la señora Harris. Hasta Brett tenía un miedo horrible a sus broncas. Por eso, siempre andaba con pies de plomo. Y ahora que los señores Harris no están, sigo teniendo esa sensación incierta de que, en cualquier instante, la señora Harris aparecerá en el umbral de la puerta y me preguntará quién me ha dado permiso para tocar esta toalla.

—Dúchate tranquila mientras voy a buscarte algo de ropa.

—En realidad, con secarme un poco el pelo será más que suficiente —aseguro a riesgo de parecer poco agradecida.

Brett da un paso hacia mí y acorta la distancia entre nosotros. Puedo sentir su respiración en mi frente cuando estira su brazo y acaricia la piel de mi cuello. La tensión se apodera de mis músculos como si se tratase de un acto-reflejo y trago saliva, desconcertada.

—Estás congelada. Te vendrá muy bien entrar en calor, Juls.

Y ahí está. Brett con su capacidad de bloquearme, paralizarme y desestabilizarme.

Asiento antes de que se dé la vuelta y me deje a solas. Nerviosa y con esa sensación extraña de que estoy donde no debo estar, enciendo los grifos de la ducha y me meto al interior. El agua caliente sobre mi espalda desnuda resulta reparadora, la verdad. Así que me repito varias veces que los Harris ya no viven aquí y que, ahora, es Brett quien lleva la bodega y la propiedad. Es extraño. Supongo que sacar adelante el negocio, la bodega el restaurante y los viñedos debe de conllevar una responsabilidad abismal. Una responsabilidad que, al Brett de mi pasado, le quedaría demasiado grande. Así que supongo que ya no es el mismo. Que ha cambiado. Ahora parece más... maduro y responsable, mucho más estable.

Salgo de la ducha y me enrosco en la toalla que Brett me ha dejado preparada. Mi ropa, empapada, está hecha una bola en un rincón del suelo. Suspiro hondo mientras un escalofrío me recorre de pies a cabeza en cuanto pienso en ponérmela de nuevo. Pero no, no es necesario. Un minuto después, mientras me estoy secando superficialmente el cabello, Brett llega con un pantalón y una camiseta. Parece un chándal suyo, seguramente de su época en la universidad.

—No es muy elegante, pero al menos estarás cómoda mientras cenamos, ¿no? —me dice, colocando unas zapatillas de andar por casa frente a mí.

Muevo la cabeza afirmativamente y susurro un leve “gracias” sin pasar por alto como Brett me devora con la mirada antes de dejarme a solas para que me vista. Cinco minutos después, salgo del baño sintiéndome un tanto ridícula por mi vestimenta, aunque a su vez extrañamente feliz por llevar puesta la ropa del chico que amo. ¡Oh, no! ¿Acabo de pensar eso? Acabo de pensar en que... ¿Le amo? En realidad, no. He olvidado a Brett. Me he preocupado por olvidarle cada día

de mi vida durante diez años.

—¿Bajamos a la bodega? —me pregunta, dedicándome una de sus sensuales sonrisas—. Tengo un vino de autor que me gustaría que probases —añade, tirando de mi brazo.

Yo le sigo, aunque tampoco me deja mucha más opción que hacerlo.

—¿Qué es un vino de autor?

—Un vino de mi propia creación... Una selección especial de uvas, un tiempo en bodega determinado... Es como mi propia obra maestra —explica, abriendo la puerta de la bodega para dejarme pasar a mí la primera.

Tomó aire, relajando, mientras un millar de recuerdos me vienen a la cabeza. Las barricas donde el vino está en proceso de envejecimientos están colocadas alrededor de la pared de piedra, una al lado de otra, en hilera. Al fondo, en un pequeño cuartito donde antiguamente los Harris hacían catas de vino, Brett ha preparado una mesa para dos repleta de velas. Esto, a decir verdad, ya no se parece en nada a la cena de disculpa de ayer. Esto parece una cita en toda regla, y a decir verdad. Asusta.

—¿Brett? No sé si debería irme a casa...

El olor a uva prensada, a vino, madera mojada y humedad despiertan mis sentidos de la misma manera que lo hace él. Me veo escondida, de niña, detrás de una de las barricas mientras Brett me buscaba por toda la casa. Entonces me encantaba sentir que él estaba detrás de mí, luchando por conseguirme y conquistarme. Y de algún modo, tengo la misma sensación que antaño. Y sí, es agradable. Me gusta pensar que Brett Harris sigue sintiendo algo por mí, que después de tantos años él tampoco consiguió olvidarme. Pero, por otra parte, puedo sentir el peligro flotando en el aire. Nuestro pasado es intenso y doloroso y no sé si sería capaz de soportar un corazón hecho añicos por segunda vez.

—No puedes ir a casa sin probar mi vino, Juls. Por favor —me dice tras servirme una copa.

“No la aceptes”. Pero yo, que soy muy tonta, ignoro a la voz de mi cabeza y cojo la copa. Brett se queda mirando, esperando a que lo pruebe, y yo bebo. Es fuerte, muy fuerte. Un vino con mucho cuerpo y carga, aunque de algún modo es muy afrutado y dulzón. Una mezcla que, al paladar, le satisface.

—¿Te gusta? —pregunta, acercándose a mí.

Yo muevo la cabeza en señal afirmativa mientras mi vocecita interna vuelve a repetirme que ha llegado la hora de irse a casa. Dejo la copa encima de la mesa y, con mucho pesar, decido que ha llegado el momento de ponerle fin a esta locura.

—Tengo que irme, lo siento —musito casi en un susurro, como si no lo dijera muy convencida—. Gracias por la ducha, la ropa y... el vino —añado, señalando la mesa—, pero creo que debería irme a casa.

Brett acorta las distancias entre nosotros, casi hasta quedar encima de mí.

—¿Te asusta?

Pestañeo, incrédula, sin comprender a qué se refiere.

—¿El qué?

—Lo que aún sientes por mí —me dice con mucha convicción—. Lo sé porque yo siento lo mismo, Juls... Porque no te he olvidado nunca y, tenerte aquí de nuevo, ha despertado en mí todo lo que mantenía dormido en el fondo de mi corazón.

Trago saliva.

Esa declaración de amor me acaba de sacudir como un tortazo bien dado, así que necesito controlar mi respiración para no empezar a hiperventilar. Brett sigue acercándose cada vez más.

Mi corazón late con fuerza, mi mente me grita que salga de allí cuanto antes y mis sentidos me incitan a abalanzarme sobre él y besarle. Besarle mucho.

—No te vayas, Juls... Por favor. No me dejes.

Su frase suena como una súplica. Bueno, en realidad, es una súplica.

—Es que tengo que irme...

Pero no soy capaz de añadir nada más porque sus labios presionan los míos. Sus manos recorren mi espalda mientras nuestras lenguas vuelven a reencontrarse en ese baile frenético que ambas conocen tan bien. Brett me levanta en brazos y yo rodeo su cintura con mis piernas. Me besa con pasión, igual que lo hizo el día anterior en Sailor's Rest. Y mientras lo hace, todo da vueltas y más vueltas a mi alrededor.

—Quítate la camiseta —suplica, separándose de mi un instante.

Sus ojos me traspasan la mirada, el alma y la mente. Y yo, que ya estoy totalmente perdida y rendida a sus pies, obedezco. Mis pechos quedan al aire y Brett se apresura a llevárselos a la boca. Juega primero con uno y después con el otro, mientras yo me estremezco en sus brazos, totalmente deshecha y entregada al placer. Camina al frente y me apoya sobre la mesa. Me mira de forma tan salvaje y primitiva que da miedo. Aunque sé muy bien que en el fondo no tengo nada que temer. Me quedo observando cómo se desnuda lentamente; primero la camisa, los pantalones y después los calzoncillos. Después me arranca el pantalón y vuelve a inclinarse sobre mí. Gimo de placer cuando separa mis piernas y su boca se posa en mi sexo. ¡Oh, Brett...! Diez años sin él. Sin recordar lo placentera que era la vida a su lado. Su lengua juega con mi clítoris, acariciándolo, succionándolo, tirando de él para hacerme perder la cabeza y gritar de placer. Puedo sentir cómo el orgasmo se va apoderando muy lentamente de mí, así que le aparto, pegándole una pequeña patada en el hombro. El gime, rabioso, y regresa a la acción sin hacerme caso.

—Oh, Dios, Brett... ¡Para!

Me tiembla el cuerpo. Tiemblo de arriba abajo mientras él me come entera. Puedo sentir cómo voy a explotar... Hasta que al final lo hago. Grito de placer mientras mi cuerpo responde con una fuerte sacudida. Después, levanta la cabeza y sonrío.

—Voy a hacerte esto toda la noche —asegura, retándome con la mirada—. Una y otra vez, Julie. Hasta que me digas que eres mía.

Me río tontamente, como esa adolescente enamorada que fui en un pasado. La convicción de su frase también me asusta y me gusta por partes iguales.

Después, vuelve a inclinarse sobre mí. Yo, que estoy aquí, semi-tumbada en la mesa, me siento expuesta y vulnerable. Brett me dedica un reguero de besos, subiendo por mi monte de venus y pasando alrededor de mi ombligo para acabar en mis pechos. Tira de mi pezón, mordiéndolo. Succionándolo. Chupándolo. Soplándolo. Todo da vueltas a mi alrededor de tal manera que estoy convencida de que, de un momento a otro, perderé la cabeza por completo. Y entonces me penetra. Lenta, muy lentamente. Mi cabeza se nubla y yo me entrego totalmente a él, abrazándome a su cuerpo y rodeando su cintura con mis piernas en alto. Clavo mis uñas en sus hombros y grito. Grito con cada embestida, con cada movimiento placentero que él tiene dentro de mí.

—No imaginas cuánto te he echado de menos... —gime, rodeándome con sus brazos y levantándose de la mesa.

Él de pie, conmigo encima, en brazos. Se mueve lentamente, subiéndome y bajándome mientras se come mi cuello a besos y yo intento controlarme sin ningún éxito. Puedo sentir que el orgasmo está a punto de llegar, está vez para los dos. Lo noto en sus movimientos, esos que tanto había extrañado y que tan bien conozco. Es como si nuestros cuerpos fueran dos piezas perfectas

capaces de formar un puzle. Mi cuerpo sudoroso se resbala entre sus brazos mientras él continúa dándome placer y cargando conmigo. Yo grito. Grito fuerte. Y él también gime mientras el éxtasis nos invade a los dos y nos atraviesa como un rayo.

Le abrazo con fuerza, negándome a separarme de él. Lo que viene a continuación me asusta tanto, que mantengo los ojos cerrados y rezo porque este instante no termine. ¿Ahora qué? Me vestiré, terminaremos la botella y... ¿cada uno a su casa? Si he de ser sincera, tengo ganas de llorar. Me arrepiento de haber sido tan débil porque sé muy bien que lo que viene a continuación dolerá todavía más.

Brett, que todavía me lleva en brazos, echa a caminar en dirección a la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunto, sorprendida.

Entonces se detiene, retrocede y me señala con la mirada las copas de vino y la botella.

—¿Puedes cogerlas?

Asiento, aún confusa.

Después de hacerlo, vuelve a encaminarse hacia la puerta conmigo en brazos.

—Pero... ¿qué estás haciendo, Brett? —pregunto, riéndome con nerviosismo.

—Llevarte a mi cama —me dice muy serio—, ese lugar del que no deberías de haberte movido en los últimos diez años.

Aunque se podría decir que Brett y yo hemos pasado más de media vida juntos, esta es la primera vez que duermo en casa de los Harris. Bueno, en realidad, dormir no hemos dormido demasiado. Pero supongo que eso es lo que menos importa.

Me siento bien. Me siento realmente bien. Me despierto con la mano de Brett en mi espalda, acariciándome lentamente mientras pasea sus dedos por mi piel desnuda. Me besa la cintura y yo, que estoy bocabajo haciéndome la dormida, sonrío internamente.

—¿Y ahora qué va a pasar? —pregunta él.

He evitado hacerme esa pregunta durante toda la noche, pero llegados a este punto creo que ponerla sobre la mesa no está de menos.

—¿Qué quieres tú que pase? —inquiero, tirando el balón sobre su tejado.

Él es quien se marchó y el que, en un pasado, tomó las decisiones erróneas. Creo que debe de ser quien se aclare en primer lugar.

—Quiero estar contigo, Julie. Quiero estar contigo todos los días, si me lo permites...

Y esa maldita sonrisa bobalicona se ensancha en mi semblante. No respondo, porque supongo que no hace falta responder. En el fondo, siempre hemos sido nosotros. Brett y Julie. Julie y Brett. Inseparables, dispuestos a comernos el mundo. A pelear por amor.

—Siempre he escuchado que las segundas partes no suelen ser buenas... —susurro en voz baja.

Brett suelta una enorme carcajada y asiente.

—Cierto, pero lo nuestro no es una segunda parte.

—¿Y entonces? ¿Qué es?

—Es una continuación —me dice, besándome en la nuca.

Me gusta.

Nunca nadie dice nada de las continuaciones, así que creo que podre aceptarlo. Me giro hasta darme la vuelta y Brett apoya la cabeza sobre mi pecho.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —inquire, mirándome de reojo.

—Tengo que ir a dar de comer a Misi y..., a trabajar —admito en voz baja, aunque en realidad eso es lo último que me apetece.

—Quiero que te quedes aquí conmigo toda la mañana, Juls. No quiero que te vayas.

Acaricio su cabello rebelde, enroscándolo entre mis dedos con ternura. Yo tampoco quiero irme, pero la verdad es que tengo responsabilidades que no puedo eludir.

—No puedo.

—¿Por qué no vuelves luego? —inquire, casi con desesperación—, podríamos cenar juntos. Ayer ni siquiera tocamos la comida.

Estoy a punto de responderle que me parece un plan perfecto cuando un golpe seco y ensordecedor en la planta de abajo me alerta de que no estamos solos. Me incorporo de un salto y

Brett hace lo mismo.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es? —pregunto, saltando de la cama para coger mi ropa y vestirme.

—No lo sé... No esperaba a nadie y los únicos que tienen llaves son mis padres.

Todo me da vueltas.

¿De verdad han escogido los Harris este preciso instante para volver de visita a Chelan? ¡Dios mío!

—Tranquila, Juls... No pasa nada —me dice con una sonrisa, cogiéndome de la muñeca—. Vístete tranquila, ¿vale? Bajaré y les diré que estoy contigo. Ya está.

El corazón me late con fuerza y me siento como una adolescente a la que han pillado con las manos en la masa. Brett lo ve todo muy fácil, pero sé que sus padres pueden ser unos despiadados si se lo proponen.

—Iré bajando para hablar con ellos, ¿bien?

—Bien.

Brett sujeta mi rostro entre sus manos y me besa con pasión antes de salir por la puerta. Yo, que sigo hecha un flan, me termino de vestir con rapidez y salgo detrás de él, dispuesta a abandonar esta casa cuanto antes.

Me detengo en el pasillo, antes de bajar las escaleras, para concederle un poco de privacidad a Brett. Sé que llevan tiempo sin verse y quiero darle un margen que para se explique, aunque sospecho que a los Harris las explicaciones no le servirán de nada. Escucho la risa profunda del señor Harris, así que incapaz de contener la curiosidad, bajo un par de escalones para poner la oreja.

—¿Con una chica? —pregunta, riéndose a pleno pulmón.

—Ay, Dios, ¡Brett! ¿De verdad?

El padre de Brett parece tomárselo con mejor humor que ella.

—Bueno, podemos volver en otro momento, hijo... Ahora esta es tu casa y no podemos pedirte que no traigas a dormir a tu novia. Ya eres mayorcito.

—Ya, vale... Os lo agradecería. Dadnos un poco de margen para desayunar tranquilos y despedirnos, después os veo.

—¿Quién es esa chica, Brett? ¿Por qué no nos habías contado que tenías novia?

—No le atosigues a preguntas, Ortens, deja que el chiquillo nos lo cuente a su debido tiempo...

—Es Julie. Julie Ward, madre.

El silencio se apodera de la bodega. La risa del señor Harris desaparece, como si alguien hubiera pulsado el botón de apagado.

—Estás bromeando, ¿verdad? —inquire el señor Harris muy serio.

—¿Brett? ¡Oh, no! ¡Otra vez con esa pordiosera, no! —exclama ella, histérica—. ¿Cómo has podido caer tan bajo de nuevo, Brett?

—Pensaba que la tontería ya se te había pasado...

Me quedo esperando a que me defienda, a que diga algo, a que responda o les mande a tomar por saco, pero Brett no dice nada y a mí la sangre me hierve en las venas. No estoy dispuesta a pasar por lo mismo... A volver a aguantar todo lo que soporté años atrás. Sé que, si no digo nada, la historia volverá a repetirse exactamente igual que en el pasado. Aprieto mi bolso con fuerza contra mi pecho y me encamino escaleras abajo. Tanto los Harris como Brett levantan la mirada, anonadados.

—¿Saben qué? Pueden estar tranquilos —les digo con una sonrisa de oreja a oreja,

conteniendo las ganas de echarme a llorar que me sacuden internamente—. Yo solamente había venido a decirle a Brett que, si quiere mi propiedad, es suya. Se la vendo —escupo, mirándole muy fijamente a los ojos—. Pueden hablar con el señor Fox, de la inmobiliaria de Chelan, para las negociaciones. Seguro que él está encantado de atenderles...

Y sin esperar una respuesta, les doy la espalda y me encamino a la puerta. Salgo de casa y el frío otoñal me sacude con fuerza, turbándome aún más. Entonces echo a correr colina abajo, hacia Sailor's Rest. Necesito huir de aquí. Las lágrimas se derraman por mi rostro, sin control. Tengo que marcharme de Chelan cuanto antes. Venderles mi casa, huir de todo esto y no volver jamás. Nunca. Sé que aquí siempre estará él, y aunque yo me esfuerce por no admitirlo, Brett Harris siempre ha sido y será mi maldita kryptonita. Mi debilidad.

Cuando entro en casa, Misi me está esperando en la puerta, feliz. Pero ni siquiera ver a mi querido gatito consigue devolverme el ánimo de vivir.

Me cuesta tanto hacerme a la idea de que Brett se haya quedado callado, sin decir nada... Una vez más, todas las promesas que nos habíamos hecho la noche anterior estaban vacías. Huecas. La opinión de sus padres siempre le pesó y le ha pesado más, y supongo que ese ha sido el principal problema de nuestra relación: los Harris. Ellos y su maldita mentalidad clasista.

Me meto en la ducha y froto con fuerza mi cuerpo, esforzándome por desprenderme del olor a Brett y a sexo que tengo encima. No quiero pensar en él, ni sentirle, ni verle... Solamente quiero que esta maldita pesadilla quede cuanto antes atrás. Son las nueve de la mañana y aún me queda una hora para llegar al trabajo, pero ya llevo llorando dos y todavía no he sido capaz de controlarme y calmarme. Estoy hecha un asco. Destrozada.

Por eso, cuando unos minutos después suena el timbre de Sailor's Rest, sé perfectamente quién es y por qué no debo abrir. Aún así, soy una masoquista muy débil, incapaz de contenerme. Me arrastro hasta la puerta y, sin molestarme en mirar por la mirilla, le grito muy fuerte que se marche.

—Ábreme, Juls... Por favor. Abre.

—No voy a abrir la puerta, así que lárgate, Brett. No quiero volver a verte.

—Yo no he dicho nada —dice con la voz ronca—, yo jamás te faltaría al respeto.

—Pero si permites que ellos me falten al respeto, ¿no? En cuanto a mí se refiere... ¡Es lo mismo, Brett! ¡Exactamente igual!

Mi corazón late con tanta fuerza que estoy convencida de que corro el riesgo de sufrir un infarto.

—No permitiré que vuelvan a decir nada de ti... Lo prometo.

Yo no respondo. Quiero creerle, sí. Pero no soy tan estúpida como para volver a caer en la trampa.

—Me marcharé de la bodega, dejaré atrás sus negocios y, si hace falta, no volveré a dirigirles la palabra, Juls. Lo prometo... Te quiero a ti.

“No le creas”, me repite una voz interna, una y otra vez.

Sé que son mentiras. Para Brett, prometer cosas es tan sencillo como respirar. Puedo asegurarlo porque lo he sufrido y comprobado por mí misma en un millar de ocasiones.

—Ábreme... quiero enseñarte una cosa.

—No... ¡Lárgate!

Y entonces veo cómo desliza un sobre blanco por la rendija que hay bajo la puerta. Me agacho para recogerlo cuando veo que desliza otro. Y otro más. Me quedo anonadada observando lo que son. Las cartas que yo le enviaba a mi madre a Sailor's Rest cuando vivía en la ciudad.

—Cuando ella enfermó yo me encargaba de pagar sus facturas, así que recogía su correo. Vi que todas las semanas llegaba una carta tuya y empecé a cogerlas para poder leerte.... Fue como

volver a tenerte cerca, a sentirte. A poder estar a tu lado —me dice al otro lado de la puerta—. Sé que hice mal en quedármelas, pero se convirtieron en mi adicción; saber dónde trabajabas, si había alguien en tu vida, si todo te iba bien... Te echaba mucho de menos, Juls. Tanto que era doloroso... Pero con tus cartas había días que conseguía mitigar ese dolor.

Abro la puerta y me quedo mirándole muy fijamente, incapaz de creerme lo que me está diciendo. Él aún porta varios sobres más en sus manos.

—¿Me echabas de menos? —repito, mientras Misi sale de casa para saludar a Brett.

Él asiente con la cabeza. Sus ojos, que están empañados en lágrimas saladas, me parecen más sinceros que nunca.

—Muchísimo. Y no quiero tener que volver a hacerlo... Tú eres todo lo que me importa.

—¿Y cómo sé que no es otra de tus mentiras, Brett?

Él sopesa mi pregunta unos instantes hasta que, finalmente, se arrodilla frente a mí con una sonrisa nerviosa en los labios.

—Porque, si me dejas, voy a demostrártelo cada día de mi vida hasta que la muerte me separe de ti —dice con mucha convicción—. Esto no lo tenía planeado..., así que no tengo anillo ni un discurso bonito preparado. Pero te quiero, te quiero muchísimo. Tú siempre has sido mi familia, mi mitad, la chica que me hacía sentirme una persona de verdad... Y si me dejas, quiero devolverte todo lo que has dado por mí...

—Brett, ¿qué haces...? —pregunto, incapaz de creer que esto sea verdad.

—Julie Ward... ¿Quiere casarte conmigo?

Le miro boquiabierto, incapaz de decidir si echarme a reír o a llorar. Creo que, al final, termino haciendo las dos cosas simultáneamente.

—Sí... —susurro con la voz cargada de emoción.

—¿Sí?

—¡Sí! —exclamo, mientras él se levanta del suelo para estrecharme con fuerza entre sus brazos.

Y aunque no puedo estar segura de lo que pasará, tengo la sensación de que por fin encontraremos la plena felicidad. En Lake Chelan, claro.

Epílogo

La vida en Chelan no está mal.

Ya han pasado cinco años desde que regresé a Sailor's Rest y la verdad es que acostumbrarme no ha sido nada difícil. Trabajar con Fox es fácil y se me da muy bien, aunque ocupa mucho más tiempo del que parecía en un principio. Pero no me importa, redecorar casas para venderlas me encanta y el señor Fox y yo hacemos un equipo estupendo.

Ahora que las aguas se han calmado, Brett y yo nos hemos trasladado a vivir a Sailor's Rest. Después de casarnos reformamos la vieja casita que construyó mi abuelo, aunque mantuvimos su esencia y ese cartel que mi madre pintó a brochazos para que los inviernos no fueran capaces de borrar su nombre. Es un buen sitio para vivir. Tranquilo, acogedor y repleto de buenos recuerdos que podremos contarle a nuestro bebé... Y hablando de él, creo que mientras os escribo el final de esta historia he sentido una de sus pataditas. La verdad es que viene guerrero, sí.

Si vais a preguntarme por los Harris, tengo poco que decir. Hace tres años que Brett les compró la bodega y el restaurante, así que ahora no tienen nada que hacer en Chelan. Que su hijo se casase con la pobre Julie Ward fue una alta traición que todavía no han olvidado... Aunque él, que es muy inocente, está convencido de que tarde o temprano aparecerán por aquí con una disculpa en los labios. No lo sé, pero espero que Brett esté en los cierto. Me encantaría que los Harris tuvieran que disculparse frente a mí, creo que sería muy divertido.

En cuanto a lo demás, me va de maravilla.

La vida me ha enseñado una lección muy valiosa y desde hace algún tiempo se ha convertido en mi lema por bandera: la vida no siempre nos tiene preparado un final feliz, pero si uno lo busca, termina encontrándolo. La clave está en no rendirse... nunca.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest